

ANTONIO PORPETTA: MEMORIA Y PRESENCIA

Salvador Pavía

SALVADOR PAVÍA

Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Granada con una tesis sobre «Ausias March y el mundo de los trovadores» (1972), es profesor del I.B. «Azorín» de Elda-Petret y del Centro C. de la UNED en Elda, que coordinó desde su fundación en 1980 hasta 1985.

Diplomado en Biblioteconomía y en Cinematografía por la Escuela de San Juan Bosco (Granada). Becado en trabajos de investigación bibliotecaria, ha dirigido la Biblioteca Municipal de Elda desde 1974 a 1984.

Ha escrito numerosos artículos sobre Azorín y sobre literatura alicantina en revistas especializadas (Anales Azorinianos, Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante, Canelobre, Upanel, Bitrir...) y ha publicado los siguientes libros:

Don Miguel Amat Maestre (Pascual Verdú) y los orígenes literarios de Azorín, (1986); *Rama de laurel*. Edición crítica de la poesía de Andrés Lloret (1987); *Apuntes para la Historia del Sufragio Universal* (1987); *Canciones del valle*. Edición crítica del libro de F. Mollá (1988); *Canciones del camino*. Edición crítica del libro de F. Mollá (1988); *El sombrero de tres picos*. Edición crítica del libro de Pedro Antonio de Alarcón (1989, 2ª edición 1991); *Mi manera de pensar*. Edición crítica del libro de Enrique Amat (1990); Introducción y selección de *Antonio Porpetta: Antología breve para estudiantes* (1992); *Petrel, los años decisivos: 1923-1939*. Premio de Investigación «Villa de Petret», 1991 (1993).

**ANTONIO PORPETTA:
MEMORIA Y PRESENCIA**

**ANTONIO PORPETTA:
MEMORIA Y PRESENCIA**

Salvador Pavía

ELDA, 1993

Sección de Publicaciones del
AYUNTAMIENTO DE ELDA

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Portada: *Mi homenaje a los poetas*,
óleo de José Lapayese del Río.

Coordinador de la edición: EMIDESA.
Empresa Municipal de Información, S.A.
Jardín de la Música, s/n. 03600 ELDA

© Salvador Pavía, 1993, de los capítulos I y II.
© Antonio Porpetta, 1993, de la obra antologada.
© EMIDESA, 1993, de la presente edición.

I.S.B.N.: 84-87962-02-5
Depósito Legal: M-11.371-1993

Composición, maquetación y cuidado de la edición:
AL, Servicios Empresariales.
Impresión: Gráficas Dehon.

INDICE

I.- BIOGRAFIA

1. El polen y la ceniza	17
2. Aquel paisaje abrasado de sol	20
3. Primeros escritos	28
4. El «Cantante-Abogado».....	34
5. Luzmaría: la estabilidad necesaria.....	36

II.- OBRA LITERARIA

POESIA

Introducción.....	43
1. Por un cálido sendero.....	49
2. La huella en la ceniza.....	57
3. Cuaderno de los acercamientos.....	63
4. Meditación de los asombros.....	69
5. Ardieron ya los sándalos.....	79
6. El clavicordio ante el espejo.....	91
7. Los sigilos violados.....	101
8. Territorio del fuego.....	111

PROSA

1. Ensayos y narrativa.....	121
2. Los cuentos.....	125

BIBLIOGRAFIA	129
---------------------------	-----

III.- ANTOLOGIA

Unas palabras sobre esta Antología.....	141
---	-----

POESIA:

De Por un cálido sendero:

Por un cálido sendero.....	147
Duda que amordaza.....	150
Muy cerca y muy lejos.....	152
Que no quiero.....	153
Canción de pena (A Miguel Hernández).....	154

De La huella en la ceniza:

Busco mi verdad.....	157
Niños sin azul.....	159
Quiero tender mis manos.....	161
Amanecer.....	162
Digo amistad.....	163
Tu huella encuentro, Dios.....	164
Tránsito.....	165
El río.....	167
Arbol.....	169

De Cuaderno de los acercamientos:

Nacida fue mi voz.....	173
Pájaro poema.....	175
Las huellas redimidas.....	177
Reencuentro con la casa.....	179
La palabra y el fuego.....	180
Aquella luz primera.....	182
Ahora.....	183
El secreto.....	184
Un día.....	185
Acertijo final.....	186

De Meditación de los asombros:

Museo de Ricas Telas.....	189
Iglesia-Monasterio de San Millán de Suso.....	191
Restos de las explotaciones auríferas.....	193
«Eude pictrix».....	195
Cementerio de peregrinos.....	197
«Micaelis me fecit, 1175».....	199
Manos sobre fondo rojo.....	201
«Julia Anula».....	203
Tumba vacía destinada a Roger de Lauria.....	205
«Aquí jaz doña Joana de Castro».....	207
Muñeca de marfil, siglo IV.....	209
«Princesa Cristina de Noruega».....	211
Castillo de Garci-Muñoz.....	213
Sepulcros anónimos, siglo XV.....	214

De Ardieron ya los sándalos:

Primer interrogante.....	217
El mar llegó contigo.....	219
El Sur.....	221
Monólogo con Mozart en tarde de lluvia.....	223
Evidencia desde la luz.....	225
Acceso a la renuncia.....	226
Asunción del olvido.....	227
La llamada.....	229
Naciste ya conmigo.....	233
Buscas toda la lluvia.....	235
La batalla.....	236
Apunte desde el sueño.....	237
Súplica del mar.....	238
Interrogante final.....	239

De El clavicordio ante el espejo:

Preludio.....	243
<i>El recinto primero</i>	244
La huida.....	245

<i>La sed</i>	247
El río.....	248
<i>El mar</i>	249
La isla.....	250
<i>El inicio</i>	251
El amor.....	252
<i>La imagen</i>	254
Dios.....	255
<i>La abuela</i>	256
La muerte.....	257
<i>La música</i>	259
El silencio.....	260

De Los sigilos violados:

Historia del hombre.....	265
La vieja dama.....	269
Las palabras.....	271
Teoría del tiempo.....	273
El niño.....	275
El esclavo.....	277
La almohada.....	278
Fugit tempus.....	279
La memoria.....	281
La herida.....	283

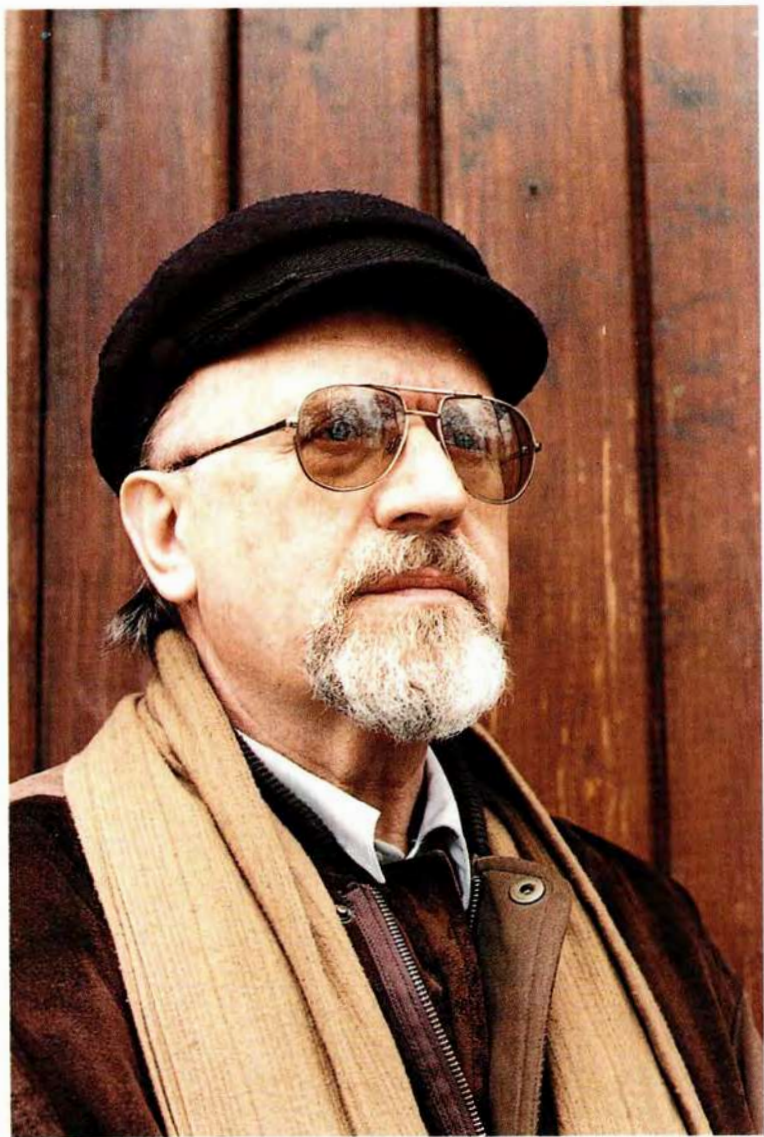
De Territorio del fuego:

Introito	287
Donde se dice del pelo de la amada y se describen los efectos que produce su contacto	288
Donde se dice de los ojos de la amada y de su extraña proximidad.....	289
Donde el poeta medita junto a la nuca de la amada	291
Donde se dice de la lengua y de su páfida hechicería	293
Donde los pechos lanzan su doble desafío que luego se convierte en júbilo	295
Donde las manos de la amada, con su destreza protagonizan una hermosa aventura	297

Donde se dice de las caderas y de esa magia que derraman.....	299
Donde el poeta posa sus manos en la cintura de la amada y absorto permanece.....	301
Donde el poeta contempla la espalda de la amada y más tarde descubre una esperanza	302
Hai-kais de la luna llena.....	303
Donde se dice de las piernas de la amada y el poeta en hiedra se convierte	305
Donde el sexo recibe la más ardiente dádiva y corresponde con igual generosidad	307

NARRATIVA:

Mi ángel de la guarda.....	313
La lección de Anatomía.....	319
Palmira.....	323
La biblioteca.....	329
El regreso.....	335
El día «D».....	339
Al aire.....	345



ANTONIO PORPETTA
(Fotografía: C. Heikkilä, Helsinki, mayo de 1992)

I BIOGRAFÍA

1. EL POLEN Y LA CENIZA

Sí. La vida da muchas vueltas para llegar a su destino. Una de las vueltas la dio el día que José Clérigo Roldán se dejó arrebatarse por la muerte poco después de que la fiebre se llevara al otro mundo a su todavía joven esposa. Se comentó mucho en Madrid. En los barrios populares y en los corrillos políticos, donde el señor Clérigo era muy conocido y apreciado: José se murió de amor, por no poder soportar la ausencia de Antonia Gonzalo de Liria.

Ella tenía 41 años; él, 47. Ella era toda ternura y elegancia, no en balde procedía de una antigua familia aristocrática: los Gonzalo de Liria y Marsala, con privilegio de hidalguía ya desde Pedro II de Aragón, en el siglo XII. El también venía de un linaje de héroes que habían dado su vida por Fernando VII y, después, por la reina castiza. Sin embargo, para José Clérigo, las alegrías de «La Gloriosa» y los aires revolucionarios del otoño de 1868 no le trajeron sino pesadumbres, pues su empleo como «Correo de Gabinete», es decir, de funcionario diplomático encargado de llevar la correspondencia oficial al extranjero, se tambaleó al empuje insurgente. La noble dama no lo resistió: poco más de un año después de la entrada de don Amadeo de Saboya, Antonia moría dulcemente en los brazos de su esposo.

Vivir ya no tenía sentido. En octubre de ese mismo año, 1872, José la siguió. La verdad es que tenía que haberlo pensado un poco, aunque sólo fuera porque dejaba cuatro niños y muchas deudas; pero ya se sabe que con las cosas del amor no se usa la balanza. De estos impulsos inconscientes -y de otros parecidos- se aprovecha la vida para ir avanzando.

Y he aquí que doña Carolina Clérigo Roldán, casada en Madrid con el eidense don Pedro Juan Amat, con el que había incrementado en mucho el patrimonio pero que no le había dado descendencia

cia, decide adoptar a los cuatro hijos de su desgraciado hermano. Laura, Eloísa, Carlos y Clotilde quedaron así bajo la custodia del rico comerciante en vinos y, probablemente, conocerían muy pronto las extensas fincas de viñedo, olivo y almendro, que don Pedro Juan poseía en Elda y Petrel¹. La gran mansión que tenían los Juan-Clérigo se llenó con las risas y los juegos de los cuatro niños, aunque será la mayor, Clotilde, la que la recibirá en herencia, además de otras propiedades en Madrid, a la muerte de su madre adoptiva en 1891.

Tenía entonces Clotilde 30 años y se trasladó definitivamente a Elda para regentar, altiva solterona, sus tierras. No era hermosa, no había vivido ninguna gran pasión. Un día de 1896, en uno de sus frecuentes viajes a la capital, la vida le cruzó con un joven, elegante «pollo-pera»: Florencio Porpetta Llorente era médico en Granada, agudo, simpático, prometedor en su carrera, delicadísimo con Clotilde... y ella creyó que el amor venía tan puro como en sus padres.

Clotilde y Florencio se casaron y fueron a vivir a Granada. Allí estaba la familia de él, descendientes de marinos napolitanos afincados por Carlos III en las costas de Motril. No fueron felices ni Florencio necesitaba más ventura que saberse dueño de las tierras y propiedades de su mujer. Vinieron los hijos sin amor y se marchó deprisa, en sus manos dilapidadoras, un patrimonio largamente cuidado. Florencio consiguió la cátedra de Anatomía en Madrid y comenzó una brillante carrera universitaria; allí quedó con el hijo mayor mientras Clotilde, con el pequeño, Antonio, volvió de nuevo a Elda. Eran los primeros años del siglo.

Debió de ser muy duro para aquella mujer, que había sido dueña de la espléndida casa de la mejor calle de Elda, vivir ahora a muy pocos metros, en una humildísima habitación, subsistiendo de su pequeñas rentas y bajo la mirada acusadora y las palabras maldicientes de una sociedad a la que siempre había sido extraña.

¹ De don Pedro Juan dice Lamberto Amat, en su «Historia de Elda», edición facsímil 1983, que era *persona llena de piedad y generosos sentimientos* (t. 1, pág. 204). Vuelve a citarlo posteriormente (t. 1, pág. 210) para agradecer su gestión en la terminación de la nave y cúpula de la Iglesia de Santa Ana.

Pero pudo más su voluntad. Dio estudios a su hijo Antonio -quien acabó el bachillerato con los P.P. Franciscanos de Onteniente- y aceptó su soledad cuando el muchacho quiso seguir la carrera de Medicina en Madrid, con el padre.

Tras acabar los estudios, el joven tenía todo un brillante futuro en la capital: su hermano era ya un conocido jurista, el padre le prometía una segura clientela... pero el flamante facultativo lo dejó todo y se encerró en Elda, con su madre sola, para no ser más que un mínimo médico de cabecera. Un excelente, esmerado, escrupuloso médico de pueblo, fiel al coraje y dedicación de su madre. En Elda conoció Antonio Porpetta Clérigo a Concha Román González y con ella se casó en 1929. Un año después les nacía una hija a la que se le puso el nombre de la madre; el 14 de febrero de 1936, inminente el triunfo del Frente Popular en el despeñadero de España hacia la guerra civil, nació su segundo y último hijo.

La vida había dado una vuelta entera. En su giro había unido, junto al Mediterráneo alicantino, el polen y la ceniza de viejas estirpes napolitanas y de antiguos linajes castellanos y aragoneses. La vida, cicatera y remirada, nos lleva y nos trae sin permiso y nos deja donde le viene en gana. Todo es cuestión de que luego nos creamos que sólo ese podría ser nuestro sitio y que sólo nosotros escogemos el sendero que pisamos. En 1936, en Elda, se podía haber sido zapatero, anarquista o concejal de sanidad: ya es empecinamiento extremo el que uno se fije que allí tiene el mar *a la distancia justa del grito y de la lágrima*, y que se obstine uno en hacerlo nacer en las cuartillas blancas.

La vida, polen y ceniza, seguiría jugando al despiste durante algunos años, pero dejaba el camino preparado para que ese recién nacido diera, en sus libros y poemas, testimonio de tantas ausencias.

2. AQUEL PAISAJE ABRASADO DE SOL

*Yo guardo en la memoria,
marcada por un hierro tenaz y dolorido,
mi infancia alicantina y su paisaje
abrasado de sol:
resecos pedregales, polvorientos olivos,
algún mínimo huerto
dormitando a la sombra de una higuera,
la desolada nota del cactus agresivo
y una sed irredenta en la mirada
que acartonaba el alma y hería el corazón...*

De «Niños sin azul», *La huella en la ceniza*.

En febrero de 1936 Elda vivió uno de los meses más convulsos de su historia. La agitación social alcanzó cotas extraordinarias. La victoria electoral del Frente Popular exacerbó todavía más los ánimos y, con la radicalización de la huelga del calzado, se produjeron incendios y tumultos que motivaron el envío de fuerzas del orden a la ciudad para salvaguardar los intereses y la vida de algunos empresarios.

En uno de esos días estremecidos, durante la madrugada del 14 de febrero, en su domicilio de la calle Jardines, 17, el doctor Porpetta atendió a su esposa en el parto de su segundo hijo. El niño fue bautizado en el lavabo de la casa, pues no estaban los tiempos para una ostentación religiosa de tal calibre. Recibió los nombres de Antonio María Federico.

La guerra fue dura para todos. Del médico Porpetta andan por ahí unas fotografías en las que se le ve atendiendo a heridos de guerra en el hospital provisional que se levantó en la actual Casa Grande del Jardín de la Música. La violencia de la retaguardia fue especialmente significativa en Elda durante los primeros meses de la guerra, pero la familia Porpetta fue respetada y la labor humani-

taria del médico fue apreciada por las autoridades republicanas y por los vencedores de la contienda ... aunque nadie le libró de un corto tiempo de privación de libertad.

Pasó el vendaval de la muerte y la vida continuó su ritmo. En el pueblo industrial volvieron a rehacer las fábricas de calzado, los almacenes de curtidos abrieron sus puertas y los talleres recuperaron su normalidad.

Crecí -dijo Antonio Porpetta a Rosario Hiriart²- en una modestia dorada, entre hermosas cómodas de caoba y desvenecijadas sillerías isabelinas, rodeado de un ambiente exterior de grandes fortunas industriales (que surgían y se derrumbaban con la misma facilidad) y de poca cultura en general.

El médico Porpetta participaba activamente en la vida cultural del pueblo. Su afición literaria se manifestó con frecuencia publicando artículos en varias revistas de la población: Elda Gráfico, Elda Extraordinario, Idella, Dahellos, Alborada... En estos escritos, Antonio Porpetta Clérigo aparece como un hombre sensible, culto, lector de poesía y filosofía y buen conocedor de la pintura española del XIX. Cita a Rubén Darío y Grandmontaigne, imita a Azorín, utiliza textos de Miró, adoba sus descripciones recordando melodías de Bach, Beethoven o del español Hilarion Eslava. Se muestra escéptico y sentimental; añora, sobre todo en sus colaboraciones para las revistas de fiestas, el tiempo pasado y la tradición religiosa aunque, al menos en los artículos que conozco, su devoción no pase de la epidermis de los actos litúrgicos.

Entre sus escritos me parece conveniente destacar aquí unas «Estampas del novenario», publicadas en 1932³. Cuando luego veamos los primeros escritos públicos de Antonio, podremos apreciar cuánto le deben a estas reflexiones paternas.

² Rosario Hiriart, *Antonio Porpetta: una voluntad poética*. Alicante, 1988, pág. 133.

³ Elda Extraordinario. Revista editada en septiembre de 1932 con motivo del centenario del nacimiento de Emilio Castelar.

Calle Nueva de Elda. Un día del Novenario de 1907, de 1909. A las 8 o a las 10 de la noche. Visión remota... La calle sin edificios modernos, sin Bancos, sin estridencias radiofónicas... Con la antigua fachada del Casino, con las casas viejas de muros grises o amarillentos, con los cuadrados negros de los porches, con algunas hornacinas de santos en las paredes agrietadas... A derecha e izquierda dos filas de luces de oro en los balcones (entre ellas algunas lámparas de aceite de macilenta llama). Al fondo, en la casa frontera, el altar en azul y blanco, con cresterías góticas talladas en madera y cuajado de brillantes reflejos... Viñeta romántica de arcaico sabor... Estampa antañona de secular prestigio...

Si por arte del azar llueve en uno de esos días, el hastío va extendiendo con premura por todas partes las nieblas de una fina melancolía. Los faroles de papel del Jardín del Casino, mojados y oscilantes, ofrecen un aspecto lamentable, una visión turbia de cosa agostada, muerta, como un lienzo de Millet. De los árboles caen lentas gotas como lágrimas; los charcos de las calles duplican lánguidamente las fachadas herméticas, y en ellos se retratan las iluminaciones ya marchitas con temblores de antiguos topacios. Unas ráfagas de viento frío y ya tenéis el detalle que faltaba para anunciarnos el invierno...

Bajo los arcos luminosos del Jardín del Casino, las eternas escenas repiten su conocido «cliché». En este túnel de luz flanqueado de macizos de verdura, la vida cobra una intimidad pueril y recogida. En los bancos se ven seductores grupos de muchachas, alternando la cálida gracia de las morenas con la fresca ingenuidad de las rubias. Vestidos rojos, blancos, verdes, que aparecen por los claros de los árboles... Excitadas pláticas varoniles de política o deportes... La divina armonía de una risa de mujer. Y el eterno y monótono pasar y repasar de las parejas de enamorados, como si cumpliesen gustosamente una peripatética condena.

Suele ocurrir que inopinadamente se apaga la luz, y es sorprendente entonces el efecto del Jardín envuelto en las gasas

plateadas de la luna. Los arcos de bombillas apagadas mienten aéreos collares de gotas de agua al pálido reflejo lunar. El rumor de las conversaciones en la sombra tiene un encanto vago y poético. Empiezan a brillar aquí y allá los chispazos de las cerillas taladrando la fosca negrura, encendidas por los novios cautos o por los precavidos papás. Por algunos rincones de penumbra propicia, el espíritu de Boccaccio hace gestos de alegría; y cuando nuestras retinas se van acostumbrando al sortilegio del nocturno, de pronto vuelve la luz, más esplendorosa que antes y escuchamos un ¡Ahhh! de sorpresa o desencanto lanzado por mil bocas al unísono, y todo el Jardín vuelve a su aspecto apoteósico de escenario de tercer acto de opereta.

El recogido clima de cultura que se respiraba en la casa del médico Porpetta contrastaba vivamente con el del resto de la población. Empedernido melómano, impulsó en sus hijos el amor por la música, especialmente la sinfónica. Recuerda Antonio que todas las noches se escuchaba música en un silencio religioso y *se nos inculcaba a mi hermana y a mí un gran amor y un gran respeto por todo lo que fuera creación intelectual*⁴.

Uno de los momentos de la niñez que más emerge en la memoria de Antonio es aquel de una madrugada en la que, no pudiendo dormir, salió hacia el cuarto donde ya estaba trabajando su padre. Lo vio de pie, inmóvil, mirando fijamente a través de la ventana abierta por la que entraba en oleadas el fresco aire de amanecida. Una melodía suave llenaba la habitación e iba creciendo. Era «La Mañana», de la suite Peer Gynt, de Grieg. Sin volverse, aquel hombre ensimismado acercó al niño al alféizar, desde donde se veía nacer el mundo: *-Hijo, esto es un amanecer. Aunque no lo hubieras visto, lo habrías sentido a través de los oídos. Después de ver un amanecer, sabrías que sólo así, con esta melodía, se puede describir el comienzo de la mañana.*

Esta anécdota, que define tan perfectamente a aquel médico singular, es también luminosa a la hora de entender posteriormen-

⁴ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 131.

te los poemas de Antonio y su preocupación por el ritmo descriptivo. La influencia paterna, evidente en tantos aspectos, fue decisiva, como veremos, a la hora de poner en manos del joven los primeros libros de poesía.

Por otra parte, doña Concha Román, la madre, puso todo su empeño en que aquel niño rubio, de ojos azules y piel extremadamente blanca, recibiera una educación de raíz religiosa. También es verdad que en los años cuarenta, y en Elda, no había muchas posibilidades de elección. Al acabar la guerra, que lógicamente no había de dejar huellas en un niño que tenía poco más de tres años cuando terminó y que la había vivido sin especiales carencias, Antonio comenzó su educación en el colegio que las monjas carmelitas tenían en la calle Colón. De allí pasó a la Escuelas Nacionales, donde tuvo como maestro a don José Uriel. De él recuerda su *ejemplo de hombría de bien y de vocación por el magisterio, a pesar de la regla de cuadradillo con que nos atizaba en las palmas de las manos cuando le hacíamos alguna trastada*⁵.

Este período de la infancia en el que se edifican los castillos a los que, ya de mayores, acudiremos para abrigar nuestros sueños, fue una etapa de luz y sombra para aquel niño «distinto». Distinto por su especial textura física, tan nórdica, tan diferente de los niños mediterráneos. Distinto por su especial sensibilidad, poco amigo de dar patadas a la pelota de trapo, retraído... y una pizca de «repelente niño Vicente», como él mismo confiesa. Su facilidad para escribir pequeños discursos y cuentos hacía que en el colegio fuera el encargado de recitar el poema de bienvenida al Gobernador Civil o al Obispo.

La anécdota la cuenta Antonio con verdadera gracia:

Yo, con siete años. Gran fiesta en Elda (no me acuerdo el motivo), con asistencia del Gobernador Civil de Alicante. Los niños de las diversas escuelas, en masa, para intervenir en el numerito de la bienvenida y el agasajo. Mucha alegría. Muchos nervios. Además de otros niños, intervengo yo recitando "una

⁵ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 135.

poesía". Al Gobernador le gusta, incluso se emociona. Me llama, me coge en brazos, me da un beso, aún emocionado. Me pregunta: ¿Cómo te llamas, hijo? Yo: Antoñito. El Gobernador: ¿Antoñito, qué, hijo? Yo: Antoñito Porpetta. El Gobernador: ¿Y qué vas a ser cuando seas mayor, hijo? Respuesta automática mía, sin pensármelo dos veces: Banderillero, señor Gobernador. Aún sueñan las carcajadas del Gobernador y de quienes estaban cerca.

Sin embargo, en su libro más autobiográfico -*El clavicordio ante el espejo*- se nos muestra a un niño introvertido, con frecuencia solo y feliz en su soledad, que pasea ensimismado por la orilla del río o goza imaginando aventuras entre los adarves del castillo desolado. Hay un poema en ese libro que, en su comienzo, me parece definir muy bien esa personalidad infantil embebida.

*La iglesia era una isla
para mi sed de niño: su frescura,
la noble dignidad de su silencio,
refugiaban mis sueños en las tardes
del fuego y la cansera.
Todo era lento allí, con esa fiesta
serena de vitrales, de arquertas,
de doradas vasijas, de retablos,
de blanquísimos lienzos,
de aromáticas hierbas olvidadas
en secretos altares.
Yo miraba el prodigio, deslumbrado,
ajeno a la liturgia y sus fervores...*

Si la palabra justa es el don del poeta -«el nombre exacto de las cosas», pedía Juan Ramón- con ellas resume Antonio Porpetta la extrema sensibilidad de aquel niño que se refugiaba en el silencio y la soledad de la iglesia recién reconstruida, para soñar a plena libertad sus ilusiones encendidas. Fíjese el lector en esa «fiesta» de los sentidos que en pocos versos agrupa el poeta: el frescor y el

silencio de la capilla frente al fuego y la cansera de la caliginosa tarde estival, la lenta luz traspasando los vitrales y dando vida a los arcos de piedra, a las vasijas doradas, a los retablos y lienzos blanquísimos de los altares. Todo impregnado del aroma del incienso, todo envuelto por el murmullo de la melodía litúrgica.

Mucho mayor fue, sin duda, el influjo de la casa familiar. No hay en sus poemas o en sus escritos en prosa recuerdo de juegos infantiles, de correrías adolescentes, apenas un leve resplandor que rememore los primeros amores..., pero sí se levanta en el centro de sus poesías, al menos en cinco de sus libros, *un dulcísimo aroma de tristeza* que emana del ámbito familiar de

*el brasero de cisco y sus contornos,
las sonrisas pacientes de mi madre,
la entrañable gramola de caoba
en donde pude descubrir por siempre
la absoluta hermosura del sonido,
compañero fundido a mis infancias,
el paternal cansancio, la lectura
a la luz del quinqué, los olivares
hinchidos de vejez, la dulce abuela,
su menudez de almendra y su blancura...*

(De «Crónica de una desolación», *La huella en la ceniza*).

Veamos la escena: junto al brasero, a la luz del quinqué, un niño lee o escucha la música de una gramola en medio de sus padres y de la abuela. Un padre al que se recuerda cansado por su trabajo; una madre -la única vez que es citada en sus poesías- a la que se evoca con el tópico distintivo de su sonrisa, y la abuela, Clotilde, quien fue su principal amarre con el ensueño y la fantasía. El niño no aparece jugando: lee, escucha. Y todo ello, esas escenas, termina el poeta,

*cual si fueran
ateridos retazos de intemperie*

*pasaron ante mí, ante el desgarró
de mi contemplación.*

Los estudios de Bachiller los hizo también en Elda, en el colegio privado «Santo Cristo del Buen Suceso», aunque los exámenes se realizaban en el Instituto de Enseñanza Media de Alcoy. Antonio recuerda con nostalgia y agradecimiento a don Juan Terrades, el profesor de Literatura que le supo incrementar la sensibilidad literaria y el gusto por la redacción. Fue entonces cuando comenzó la lectura continuada de poesía:

A los 14 años mi padre me dio a leer un libro de Miguel Hernández y sus poemas fueron una revelación para mí..., fue como una iluminación. Desde ese momento creo que amé la poesía (todavía recuerdo mi asombro ante «Hijos de la ira», de Dámaso Alonso, que cayó en mis manos poco después).⁶

Las lecturas fueron desordenadas, motivadas unas veces por la programación de la asignatura; otras, por la aleatoria elección de los libros paternos, en cuya biblioteca figuraba lo mejor de Azorín, Miró, Unamuno o los novelistas rusos.

Acabado el Bachillerato, el padre le envió a estudiar a Madrid. Allí residía su tío, Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho, Abogado del Estado, Notario prestigioso, y muy influyente en los medios jurídicos del país. *Su magnífica posición económica y su gran prestigio profesional eran un buen señuelo para que yo hiciera una buena carrera bajo su dirección...* y Antonio inicia sus estudios universitarios en 1952.

El traslado a la capital, el contacto con la vida universitaria, supuso un cambio rotundo en la personalidad del joven. Rebelde, disperso, enamorado... se derramó en múltiples actividades pero, sobre todo, fue el tiempo de su particular descubrimiento del alma castellana: con el pintor Luis Fernando Aguirre y con su hermano,

⁶ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 132.

el malogrado José Ramón, recorre los pueblos perdidos de la meseta leyendo a Berceo, Manrique y Quevedo.

3. PRIMEROS ESCRITOS

Y vinieron los primeros versos con los primeros amores, poemas que eran como un acto más en el juego amoroso, pero que no llevaron la continuación necesaria ni sirvieron para mucho más que para ser leídos en el círculo literario del Colegio Mayor donde residía. Ese despertar literario le llevó a participar, en 1955, en los Juegos Florales que organizaba el Ayuntamiento de Elda con motivo de las fiestas patronales.

El estudiante de 3ª de Derecho fue premiado por un trabajo en prosa que tenía por título «Visión lírica de Elda». El escrito muestra claramente que había ya un oficio, una práctica literaria en ese joven de 19 años, pero sorprende hoy, tras la lectura de algunos de sus poemas escritos treinta años después de aquellos renglones, sorprende, digo, encontrar en ellos el eco exacto de aquellos primeros aldabonazos. El artículo deja ver que aquel estudiante mediterráneo trasplantado a Madrid se sintió, como Azorín, atrapado por la belleza de los pueblos de Castilla, caminando por las pequeñas aldeas casi desiertas en busca del tiempo detenido en los derruidos claustros, en los desmoronados torreones, absorto ante un antiguo retablo o un abandonado puente romano:

Hay ciudades líricas por excelencia, -escribe en 1955- donde el tiempo se remansa, y sobre hombres y objetos se deposita un impalpable polvo de siglos como pátina gloriosa. Así Medina de Rioseco, Salamanca, Olmedo, Avila... donde las horas tejen impalpables tapices de silencio; donde la Fe y la Historia cristalizaron en monumentos eternos, a cuya sombra vegetan mansamente sus moradores.

Será necesario volver a este texto cuando hablemos de *Meditación de los asombros*.

En otro momento de su escrito, que por otra parte no deja de ser una exaltación de la tradición eldense, aflora su desasimiento de la realidad industrial, su alejamiento de envanecidos triunfos comerciales ganados a golpes de sirena. La descripción de la ciudad levantina es, como veremos, la que surgirá del cristal de la memoria, treinta años después, en *El clavicordio ante el espejo*.

De su artículo premiado, que publicó la revista eldense «Fiestas Mayores» en 1956, sobresalen párrafos como el siguiente:

En esta tarde de estío la llama del sol abrasa el pueblo. Las calles son ríos de luz y los cristales gritan su implacable alerta de lumbre. Las chicharras subrayan la modorra poniendo su pespunte monorrítmico en la tirante y cálida tela vespertina. Hay sombras azules sedantes, y se oyen gritos de melopea lejana en que se habla de jazmines en un dejo muy largo, y otro pregón de limón helado os trae la presentida dulzura, el regalo gratísimo, alivio de vuestra sed ardiente. Van pasando las horas con lentitud cansina, entre tolvanceras de polvo, píos de gorriones, y fragancias que llegan en ráfagas desde el campo abrasado. La iglesia está abierta. Hora de vísperas. Desde el campanario caen con languidez las campanadas del repique soñoliento y repetido. Dentro hay pocos fieles. El Clero entona el canto llano, alternando con el sochantre el diálogo monótono. Hay una grata frescura en las naves del templo. Se respira paz y emoción litúrgica.

El Premio en los Juegos Florales y su posterior publicación en la revista que dirigía Alberto Navarro le abrió también la posibilidad de colaboración en el semanario «Valle de Elda». «El Valle», como se le conoce en la provincia, es la publicación más importante de todas las que han existido en la ciudad zapatera. Comenzó a publicarse el 1 de septiembre de 1956, y en estos 37 años ha acudido puntualmente a la cita con sus lectores, que siguen agotando los 3.000 ejemplares que se editan. Sin duda, en «Valle» está

por excelencia la bibliografía más completa del acontecer y de las gentes de Elda. Lo sorprendente es que, desde su fundación, esta publicación modélica por tantas cosas, es obra de sólo tres personas: Eduardo Gras, Rodolfo Guarinos y Alberto Navarro; este último, alma del periódico y verdadero archivo viviente de la ciudad.

Pues bien, Alberto ofreció al estudiante-escritor la «corresponsalía» en la capital, que inmediatamente fue aceptada por el joven. A lo largo del último trimestre de 1956, «El Valle» publicó seis artículos de Antonio Porpetta, abriendo una sección fija con el título de «Crónica desde Madrid».

Se publicaron los días 20 y 27 de octubre; 3, 15 y 24 de noviembre, y el 1 de diciembre. Son artículos muy desiguales en la forma, alguno claramente escrito bajo la presión de un tiempo escaso y con el deseo de agradar a sus coterráneos: la entrevista a una cantante brasileña cuya singularidad radicaba en tener el nombre de Elda; los recuerdos que su amigo Agustín Sung, estudiante chino, tenía de la comarca del Vinalopó tras su estancia en la ciudad levantina; la charla con la pianista Amalia Sempere, extremeña criada en Elda y educada musicalmente por el maestro Francisco Santos. Sin embargo, cuando Antonio olvida ese deseo de agradar el chauvinismo provinciano es cuando consigue los mejores artículos.

El siguiente, publicado el 24 de noviembre, es un buen ejemplo de la fragua de un escritor:

He venido observando desde unos años que, precisamente durante estos días, se produce en Madrid un fenómeno de tipo atmosférico que no se repite en ningún otro mes del año: la niebla, una niebla intensa, densísima, que hace que la capital adquiera maravillosos aspectos poéticos. Comienza el fenómeno por la tarde, después de la puesta del sol, en que, poco a poco, las calles van inundándose del vapor acuoso y húmedo, hasta que, hacia las diez de la noche, llega a sus máximos efectos. A esa hora no hay cosa más encantadora que pasear por la Gran Vía. Entonces podremos ver que todo nos parece

distinto, como si estuviéramos en otro sitio muy lejano. Y también podremos apreciar una serie de sentimientos extraños que se manifiestan en nosotros: temor a algo desconocido, nerviosismo, tristeza... Hasta los espíritus menos sensibles apreciarán en su alma un cúmulo de oscilaciones espirituales. Y veremos los colores -rojos, azules, verdes, amarillos y blancos- de los anuncios luminosos envueltos en la neblina y difuminados en la altura. Y las fuentes, las estatuas, los edificios, habrán tomado formas nuevas, insospechadas. Y no descubriremos las portadas de los cines y teatros más que por un conjunto amorfo de puntitos de luz. Y la interminable sucesión de coches, con sus luces amarillentas, nos hará el efecto de que cerca de nosotros está pasando una extraña procesión de fantasmagóricas figuras. Y veremos a las gentes andar apresuradamente: parece que van de prisa porque tengan miedo de que sus almas sientan envidia de la niebla y, en un momento de descuido, vuelen hacia ella, diluyéndose en su espesura y abandonando a su dueño para siempre, dejándole despiadadamente a solas con su sombra.

Y oiremos vocear a los vendedores de periódicos, pero no los veremos. Y supondremos cerca de nosotros, por el sonido de sus silbatos, a los guardias de la circulación. Y oiremos un confuso conjunto de ruidos, de músicas, de palabras, de chirridos, de golpes, pero no sabremos de dónde vienen ni a dónde iban dirigidos. Y es muy probable que, después de una hora de estar dentro de este ambiente, nos compenetraremos de tal modo con él, que descubramos que la niebla, en realidad, ha pasado a formar parte de nuestra propia vida. Entonces, quizá notemos que todo ese conjunto de sensaciones ya lo habíamos experimentado otras veces, en muy distintas ocasiones... y nos daremos cuenta definitivamente de que no podemos prescindir jamás de la niebla, pues la vida es niebla, y, a pesar de todo, no queremos dejar nuestra vida. Sí, nuestra vida, lo reconozcamos o no, no es más que niebla, una niebla espiritual, que nos envuelve y nos domina, que nos aplasta y nos diluye... No podremos jamás prescindir de la niebla.

Y ese conjunto de ruidos, de voces, de luminosidad dispersa, si nos escuchamos un poco a nosotros mismos, sentiremos que nos dice algo, que no hace más que repetirnos cosas, hechos, situaciones que anteriormente nos habían ocurrido... y nos encontraremos a solas con nuestra vida, y, sin darnos cuenta, vagaremos mucho tiempo por calles desconocidas, mientras, inconscientemente, recorreremos con nuestro pensamiento aspectos nuevos de nuestra alma, recónditas facetas espirituales que nos asombrarán... y desearemos ardientemente que salga de una vez el sol, que se disipe totalmente lo oscuro, que vuelva a nuestras pobres almas la claridad vivificante que necesitamos.

Y volveremos apresuradamente a nuestras casas, apretando el paso hasta el máximo, con la mirada fija en un punto imaginario. De vez en cuando miraremos de soslayo a la niebla, medrosamente, temiendo que, de un momento a otro, nos vuelva a acusar implacablemente. Querremos estar a solas, en la cariñosa tibieza de nuestras sábanas y pensar, pensar, pensar...

Al día siguiente, con la claridad de la mañana, continuará la niebla, pero será muy distinta: blanquecina, alegre, optimista. Por detrás de su densidad comenzará a aparecer el sol, un sol pequeño, melifluo, indeterminado, que irá creciendo poco a poco hasta que, con el mediodía, se haya disipado por completo en un cielo de purísimo azul... Y nos invadirá una sensación de tranquilidad infinita, de paz interior, de descanso espiritual. Y daremos gracias a la niebla por habernos hecho sentir distintos, por haber descubierto en nosotros reacciones nuevas, por haber sido la causa de que nos enfrentáramos valientemente con nuestro espíritu...

Tendremos necesidad de hacer algo, de movernos en los más diversos sentidos, de dar rienda suelta a nuestros sentimientos. Unos escribirán cartas. Otros buscarán un sacerdote en la iglesia más cercana. Otros marcarán un número en el teléfono y sostendrán interminable conversación. Los más (ipóbroes de ellos!) marcharán inconsecuentes a sus negocios, a hundirse volublemente en cifras...

Yo no he tenido más remedio que sentarme ante la máquina de escribir y verter en un artículo todo lo que han leído ustedes.

Este texto, como algún otro de la serie, no parece que fuera redactado inicialmente para la sección del semanario, sino que formaría parte de aquellos escritos personales en los que Antonio va decantando su futuro, pues aunque está terminando la carrera sin ningún obstáculo, parece tener claro que no vivirá de las Leyes. Su vocación literaria no estaba, tampoco, en absoluto determinada. Escribe poemas que no publica, poemas que, como él recuerda, eran apasionadas declaraciones de amor o estaban llenos de fuerte contenido existencial. No hay constancia de ninguno de ellos y tal vez lo que en ese momento le faltó fue la voluntad de grupo, de buscar un hueco en el grupo de poetas y escritores que en esos años en Madrid habían de ser conocidos como «la promoción del 60».

Los escritos publicados en «Valle de Elda», como vemos, remiten a una búsqueda de estilo, a una preocupación por la forma poética que se manifiesta no sólo en el aluvión de recursos literarios aquí expresos sino también en la clara rima interna de alguno de los párrafos, incluso en la medida precisa de los períodos oracionales.

Las «Crónicas desde Madrid» acaban con un artículo sobre la preparación de la Navidad en las casas españolas, que publica el «Valle» el 1 de diciembre. Pero el 7 de enero de 1957, el semanario incluye una narración-entrevista a dos niñas que esperan ilusionadas la Noche de Reyes. Firma el escrito «Federico de Marsala», seudónimo que oculta a Antonio Porpetta. Marsala, recordemos, era el apellido de la familia de la que procedía su abuela Clotilde. Es este el único escrito que Antonio ha firmado, hasta hoy, con seudónimo.

Parece que fue esta la última colaboración para «Valle». Los exámenes de fin de carrera se amontonaban y la paciencia paterna tenía también un límite. Por otra parte, una nueva actividad le ilusionó de inmediato cuando comenzó a funcionar la primera emi-

sora de radio en Elda. Aunque esporádicamente y sólo reducido al período estival, Antonio intervino en espacios radiofónicos, comentando -poética o humorísticamente- noticias de actualidad en un artículo semanal que personalmente leía.

4. EL «CANTANTE-ABOGADO»

Terminada la carrera, y cumplido el servicio militar en Las Palmas de Gran Canaria, realizó unas oposiciones para un puesto administrativo en la Compañía Tabacalera. Era la manera de asegurarse unos ingresos que le permitieran independizarse de sus padres, aunque estos habrían deseado que el hijo preparase las oposiciones a Notario o Registrador de la Propiedad, o incluso que ingresase en la Escuela Diplomática, que, en definitiva, era lo que hubiera querido hacer Antonio. Pero él, que había viajado ya por Alemania y Dinamarca en compañía de los hermanos Aguirre y vivía un ambiente de libertad poco compatible con el proyecto de sus padres, logró de ellos esa especie de «transacción»: su trabajo en Tabacalera no impediría seguir preparando, ya con la tranquilidad de la autonomía económica, las largas oposiciones a Notario.

Evidentemente, este tipo de contratos paterno-filiales no prosperan cuando la vida, tan poco remirada ella, no quiere. Y la vida se interpuso en forma de Director Artístico de la compañía discográfica «La voz de su amo» al poco tiempo de haber comenzado el flamante abogado su trabajo en Tabacalera, en Barcelona. Es necesario decir que, durante los años en Madrid, Antonio había mostrado su disposición para la canción: tenía buena voz, tenía «oído», formado por muchas horas de audición sinfónica allá en la casa del pueblo. En las reuniones de amigos, en la Facultad, había cantado muchas veces y le habían predicho, medio en serio medio en broma, que tenía más futuro como cantante que como abogado. Ahora en Barcelona, un primo suyo, Francisco Figueras Román, le ofrecía la ocasión de hacer unas pruebas de grabación en los estudios donde era Director Artístico.

Antonio no lo dudó. Y durante tres años el «cantante-abogado» anduvo por las salas de fiesta de Cataluña, primero como «vocalista» en una de aquellas grandes orquestas (15 músicos) que amenizaban las salas de hoteles y casinos, y luego con su propio grupo musical pero, eso sí, cambiando su nombre por otro «más artístico», más eufónico, más en consonancia con la tierra y la tradición. Y, por otra parte, evitaba así un disgusto a sus padres, quienes tardarían en enterarse de para qué sirve una carrera de Derecho y una formación musical en Wagner y Mozart desde la infancia. Sin dejar el trabajo de Tabacalera, por las noches «Jorge Miranda y su conjunto» contribuyeron muy dignamente a la explosión musical de los años 60.

Fueron tres años durísimos, ya que mi actividad musical no era de mero aficionado sino completamente profesional, con largos contratos en salas de fiestas, frecuentes salidas fuera de Barcelona, actuaciones en radio y televisión, festivales... Lo que siento es que en aquella época no se estilaban los «cantautores» ni las actuaciones en solitario. Se cantaba para que la gente bailara, nada más. Pero era un mundo tremendamente divertido, con su ambiente desenfadado, los autógrafos, las cartas de admiradoras (guardo una colección todavía) y todo el oropel que acompaña a un cantante más o menos conocido, y yo lo era allí bastante por aquel entonces. Creo que, aparte de mi voz o del estilo con que yo actuaba, a la gente le «caía» bien aquello del «cantante-abogado», cosa absolutamente insólita en aquellos tiempos. Hoy ya no extraña a nadie ver a un ingeniero de Caminos tocando la batería o a una Licenciada en Historia disfrazada de «punk» dándole al micrófono. Fui un precursor⁷.

⁷ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 139.

5. LUZMARÍA: LA ESTABILIDAD NECESARIA

Un día conoce a la madrileña Luzmaría Jiménez Faro y la vida inicia otra de sus vueltas.

*Súbitamente, como un grito,
como una estrella rota en la penumbra,
como un cálido espejismo.
Así llegaste (...)
Fuiste tú, presente y verdadera,
distinta en la distancia
y en el tiempo
quien comenzó la senda inagotable
de un largo y vívido poema
hecho de luz y fuego,
de amor y sangre.*

(De «Así llegaste», *Por un cálido sendero*).

El 4 de marzo de 1961 se casan en Madrid, y aunque la actividad artística de él continúa en Cataluña durante un año más, cuando nace Paloma, la primera de sus dos hijas, decide el matrimonio dejar Barcelona y comenzar en la capital de España una nueva andadura. Antonio pidió el traslado en Tabacalera: *dimos un giro de ciento ochenta grados a nuestra vida y volví a ser un honrado funcionario, ayudado por otros «trabajillos» que me buscaba por las tardes para aumentar mis ingresos, como redactor de publicidad en una Editorial, administrador de fincas, etc.*

Era a finales de 1963. Dos años después, cuando ya había nacido la segunda hija y Antonio estaba cansado del rutinario trabajo en Tabacalera, aprovechó la oportunidad de ingresar como «ejecutivo» en unos Laboratorios Farmacéuticos. Mientras tanto, Luzmaría conseguía, tras una oposición, plaza en la Compañía que dejaba su marido.

Parecía que la vida se había estabilizado. Parecía que, con los 30 años, llegaba el tiempo de ordenar los recuerdos, de vivir sin sobresaltos. Antonio abandonó definitivamente la idea de unas

oposiciones a Notario; se olvidó de que su vocación frustrada había sido la de ingresar en la Diplomacia, aunque apagó el gusanillo estudiando Genealogía, Heráldica y Nobiliaria en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En «Laboratorios Alter», como Inspector de Delegaciones, desarrollaba un trabajo que le permitía satisfacer una de sus más fuertes pasiones: viajar. Sirviendo fielmente a la empresa, anduvo por muchos lugares de España y de Europa, conoció paisajes y gentes y su carácter se hizo más extrovertido, si cabe. Fue ascendiendo en la Compañía: Director de Relaciones Públicas, Director Adjunto de Exportación..

Iban pasando los años. Sobre los anaqueles, las fotografías de Barcelona se iban poniendo amarillas, el tiempo iba doblando los viejos microsurcos escondidos tras los nuevos libros de poesía, de geografía y de historia, que habían ido arrinconando a los voluminosos textos jurídicos. Viajes con los amigos del alma, asistencia a conciertos, tertulias en las que se van haciendo más frecuentes los temas literarios... Y, de pronto, en ese remanso de quietud el clarín de la muerte vino a llamar a la puerta. El 1 de mayo de 1972 José Ramón Aguirre, el amigo-hermano imprescindible, absolutamente leal, inseparable, el de los viajes, las tertulias y las partidas de ajedrez, muere de cáncer. La reacción de Antonio fue súbita: *Sentí la absoluta necesidad de escribir un poema. Y fue el primer soneto de mi vida (de los muy pocos que he escrito hasta ahora).*

Espéranos ahí

*Nosotros no podemos regresarte
porque a pesar de todo no te has ido,
estás aquí, en un recuerdo herido
que nos hace sentirte y respirarte.*

*Tu destino en la vida fue entregarte,
y quedó tu destino bien cumplido:
era tu corazón un ancho nido
y bastaba vivírte para amarte.*

*No nos puedes hablar, mas tu tañido
nos llega con el viento tan fundido
que nunca dejaremos de escucharte.*

*Espéranos ahí, en el florido
rincón de paz que Dios te habrá escogido:
un día subiremos a abrazarte.*

Este y otro soneto, «Que no quiero», con el mismo tema y destinatario, formarán parte de su primer libro: POR UN CÁLIDO SENDERO. Así, del dolor y del amor, como casi siempre en la creación literaria, comenzó a manifestarse una vocación poética definitiva: *A partir de entonces, aunque no con demasiada frecuencia, seguí escribiendo alguna que otra cosa, aisladamente, sin plan preconcebido, sólo cuando me apetecía hacerlo.*

Luego, un hecho tan aparentemente banal como adquirir una casa en el campo, creaba las condiciones para que el silencio y la soledad hiciesen el resto. La casa, situada a 50 kilómetros de Madrid, mira a la sierra de La Cabrera, tan plateada al amanecer, tan azul y rosa en las tardes de noviembre. En ella, una torre da nombre a la vivienda y señala el lugar de trabajo del poeta: «Torremozas», en recuerdo de aquella tatarabuela que pagó con la vida su propio grito de libertad ante los franceses. Joaquina de las Mozas, además de poner nombre a la casa de campo y motivar un bellísimo poema, «La palabra y el fuego», publicado por Antonio en su tercer libro, designó también a la editorial que en 1982 fundó su mujer. En aquel refugio, a partir de 1974

lentamente, como un despertar, Luzmaría y yo comenzamos a escribir poesía con más asiduidad, casi diariamente, ya planteándonos el hacerlo como una necesidad cotidiana. Fue una especie de milagro. Lo acabo de decir: un auténtico despertar. Porque la poesía estaba en nosotros desde hacía mucho tiempo: sólo faltaban las condiciones idóneas para sacarla a

la luz. Y allí se dieron. En Torremozas hemos escrito, tanto Luzmaría como yo, la casi totalidad de nuestros libros ⁸.

Este fue el comienzo, ya no abandonado desde entonces.

Luzmaría y Antonio iniciaron una nueva vida. No hubo temor al ir deslazando antiguas ataduras que servían de sostén económico. Torremozas, con un almendro alicantino recién plantado, fue lugar de reuniones literarias y almacén de versos. En 1978 se produjo la primera floración y la primera publicación, conjunta, de los poemas del matrimonio. Después, cada uno con sus libros y Luzmaría con la editorial en la que ha publicado la mejor poesía femenina de España e Hispanoamérica, habrían de contribuir decisivamente al panorama literario actual.

Para ello, la vida había tenido que dar, una vez más, una vuelta entera. Parecía que allí, en el desván de Somosierra y la Pedriza, las olas del tiempo hubieran ido varando voces, gestos, paisajes y figuras esperando el conjuro que convirtiese en brasa su ceniza; que allí, entre Guadalix y Torrelaguna, frente a la lejana mirada de un viejo monasterio benedictino, hubieran ido acumulándose en el correr de los siglos multitud de sueños, confiando pacientes en la llegada del poeta. Había tardado en llegar, Antonio tenía entonces casi cuarenta años, pero desde ese momento la voz del poeta comenzó a respirar fuertemente por la herida.

⁸ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 141.

II
OBRA LITERARIA

POESÍA

INTRODUCCIÓN

La obra de Antonio Porpetta se caracteriza por su extrema cohesión. Han pasado 15 años desde que publicó su primer libro y hoy su nombre es reconocido como el de uno de los pocos poetas con una «voz» más personal. Si sus circunstancias vitales y su tardía aparición literaria le pudieron separar de los movimientos poéticos propios de su generación, también ello le facilitó pasar por encima de rencillas y grupúsculos, de ismos y de manías. Por edad, bien puede ser adscrito a la llamada Generación de los 60, pero a ella sólo le une el afán por la palabra: la poesía de Porpetta es un fresco aire de libertad, de autenticidad por encima de culturalismos, venecianismos, experimentalismos u otras zarandajas que, intentando dar apellido a la poesía, le sustraen el nombre propio.

José Mas dice en su prólogo a *DÉCADA DEL INSOMNIO* que «el desajuste entre la fecha de nacimiento y la fecha de ingreso a la vida editorial, hace de Porpetta un autor marginal que planea sobre tres décadas o promociones, reteniendo de ellas lo que más le interesa y aportando su enfoque propio»⁹. Lo cierto es que Antonio ha construido su obra con independencia, ha hecho su particular edificio poético. No diré que extremadamente singular pero sí perfectamente reconocible entre todos los levantados en la última década, y los materiales están ya en su primer libro, en ese ingenuo y tierno poemario que es *POR UN CÁLIDO SENDERO*. Luego, en los siete poemarios restantes, escribiendo siempre desde el solar de la propia alma, va levantando un cuerpo poético sostenido por dos pilares: la angustia que produce el voraz paso del tiempo y el aferramiento a la vida por medio del amor; pero no es

⁹ José Mas. Prólogo a *Década del insomnio*, de A. Porpetta. Madrid, 1990. Pág. 69.

el amor aquí un concepto abstracto, espiritual o intemporal, sino el concreto acto de amor y el específico cuerpo femenino. La exaltación del sexo es la tabla de salvación frente al embate del tiempo. De ahí resulta una poesía netamente vitalista, sensual, luminosa, pero también desesperanzada y conmovida, que nos estremece hasta el escalofrío, único criterio en definitiva que determina el valor de toda obra artística o poética.

En los diferentes compartimentos del edificio poético de Antonio se alternan una melancólica añoranza y un ardiente erotismo, un sosegado temblor ante la caducidad y una exultante alegría por el instante que se goza, hedonismo y marcado ascetismo, dolor por el dolor ajeno e introspectiva contemplación, brasa y ceniza. Si pudiera concentrarse en tres palabras, diría que su poesía bascula entre Eros y Tánatos, siendo la aguja del Tiempo la que marca el vaivén.

Cada poemario supone el sedimento del siguiente y, así, toda la obra porpettiana, sus cuentos y aun sus artículos periodísticos -puede, en parte, exceptuarse su MANUAL DE SUPERVIVENCIA PARA TURISTAS ESPAÑOLES- mantiene una desusada coherencia en el panorama literario español. Esa coherencia la da, sin duda, la repetición de las dos o tres recurrencias señaladas. Se podrán llamar recurrencias u obsesiones, *no me preocupa* -confiesa Antonio-, *creo que es importante creer firmemente en algunas cosas, aunque exista el peligro de repetirse. Porque no son repeticiones, sino, quizás, reafirmaciones. Al menos, así quiero creerlo.*

Y en el plano formal la característica definidora es su marcado sentido del ritmo. Para ello Porpetta está particularmente dotado. La versificación está fundamentada en la alternancia del heptasílabo y el endecasílabo de rima libre; con ello y con originales aliteraciones consigue efectos sonoros nada frecuentes en la poesía española de hoy. José Mas ha estudiado bien los rasgos más sobresalientes del estilo porpettiano ¹⁰, pero quiero destacar, una vez más, lo que tiene Porpetta de escritor mediterráneo, tan cercano a Azorín y Miró.

¹⁰ José Mas, op. cit., págs. 38-67.

En Porpetta notamos la fruición de la palabra, la pasión por la frase bien acabada, donde todo es denso, donde, unas veces con el amontonamiento de conjunciones y otras con su supresión absoluta, se da entrada a series paralelas de nombres, adjetivos y verbos acumulados. La palabra, como en Miró, es «la misma idea hecha carne, la idea viva transparentándose gozosa, palpitante, porque ha sido poseída» y esa palpitación la hace pasar viva al lector para que este pueda compartir la misma posesión de la sustancia. Hacer, de simples fonemas, «divinas palabras» que a su conjuro levanten hormigueos sensitivos por su poder de evocación, por su misteriosa melodía. No es extraño, pues, que Antonio ponga especial énfasis en la lectura de sus poemas, verdaderos recitales de dramatización: la emoción de la palabra no está sólo en su significado sino en la misma pronunciación, en la magia de los sonidos. La palabra es, por lo tanto, el primer elemento de sensualidad pero también la única posibilidad de victoria frente al tiempo y la muerte.

Es evidente que estamos cerca de Quevedo y de Aleixandre, y alguien podrá ver dichas influencias, perfectamente asimiladas, en sus últimos libros, mientras que en otros aspectos formales recuerde a Darío o a Neruda, más al nicaragüense que al chileno, por su renovación idiomática. También Miguel Hernández ejerció un claro magisterio en sus dos primeros libros, aunque su influjo, según confesión de Porpetta, venía desde su primera juventud. Precisamente, a medida que la poesía de Antonio se desenlaza de la rima consonántica de Hernández, va encontrando su voz propia en la silva blanca, que será su estrofa habitual a partir de CUADERNO DE LOS ACERCAMIENTOS.

También con Azorín, y con Miró especialmente, lo une un alicantinismo visceral, una ansiedad de mar expresamente repetida en sus poemas. Porpetta nació a treinta kilómetros del Mediterráneo, *a la distancia justa del grito y de la lágrima* (verso que, al hablar de su origen, repite invariable en dos de sus libros) y la ausencia del mar *es tremendamente heridora para un mediterráneo y su añoranza surge con alguna frecuencia en mí*, escribió Porpetta para la Universidad de Puerto Rico.

El mar, como cuna, sepulcro, libertad y destino. También, muchas veces, como símbolo de la mujer amada, y ésta como trasunto de la belleza marina, hasta llegar a una total identificación. Es José Mas quien ha estudiado los símbolos porpettianos con ciertos detalles. Para mí, uno sobresale entre todos: la brasa y la ceniza. En ese doble símbolo antitético están contenidos todos los registros poéticos de una obra que surge de la conmoción que le produce la caducidad del esplendor y termina siendo un combate contra el silencio, la pugna por dejar una mínima huella en la ceniza de aquel fulgor. Puede que, al final, parafraseando a Leopoldo de Luis, toda su obra poética se convierta en una gran metáfora: la poesía es un camino en llamas del que sólo salvamos la ceniza, que es el poema.

Veamos ahora, más detenidamente, la estructura de cada uno de sus ocho poemarios publicados hasta el momento.

**Después de un tiempo oscuro,
de un caminar por los acantilados
tan sólo respirando la herida de las sombras,
nacida fue mi voz...
...Llegada fue la luz.**

**Los viejos lacres
que sellaban mis párpados
resquebrajados fueron...
... Fundidos ya los broncos eslabones
que antaño amordazaron mis umbrales,
abjuré del silencio y la costumbre:
como un antiguo rito se hizo voz el milagro
y habitó en mi garganta.**

1. POR UN CÁLIDO SENDERO

La poesía es lo único que hace plenamente libre al poeta. Con ella, rompe la soledad que le encadena y consigue una intensa y profunda comunicación con nadie.

(Intento de Poética III)

El empuje hacia la publicación del primer libro, además del lógico deseo, vino de los amigos que compartían las veladas musicales y literarias en Torremozas, aunque el momento clave parece que fue la asistencia a un recital de Acacia Uceta y Enrique Domínguez Millán, matrimonio de poetas. *Eran los primeros poetas de carne y hueso con los que hablábamos en nuestra vida*. Ellos les impulsaron definitivamente hacia la edición y, en marzo de 1978, Sala Editorial publicaba los primeros 35 poemas de Luzmaría y Antonio. Los 15 de ella, con un único tema central: el amor, ya como presencia o ausencia. En los de él, además del tema amoroso, está presente el recuerdo del amigo muerto y otro altamente significativo, que definirá su trayectoria posterior: la meditación sobre el hecho poético y la profunda convicción de haber iniciado un camino que ya no abandonaría. De ahí que el libro lleve un título tan esclarecedor: POR UN CÁLIDO SENDERO.

En uno de los prólogos más sinceros que conozco sobre la propia creación literaria, los autores refieren cómo, durante muchos años, fueron acumulando poemas para escapar de la dramática vulgaridad cotidiana, sin decidirse a publicarlos, *pero ha llegado un momento en que los versos invaden y ocupan de tal manera*

nuestra casa, apareciendo y desapareciendo súbitamente por todos los rincones, que ya se nos hace muy difícil el seguir encarcelándolos.

¿Por qué un libro conjunto? Aquello fue un acto de amor, una confirmación de mutua entrega, dijeron a Rosario Hiriart, y ya en el prólogo a su libro escribieron que siendo este el primer libro y sintiendo ambos la poesía de la misma forma visceral y medular, mutuamente integrados, aunque con muy diferente manera de expresarla, nos hemos decidido por una publicación conjunta en esta oportunidad, dejando el vuelo individual para futuras ocasiones.

Hay, efectivamente, una expresión formal muy distinta en los poemas de cada uno. La limpia, directa y personal manera de los poemas de Luz, intuitivos, sencillos en apariencia, repletos de intimismo y sinceridad, contrastan con los de Antonio, muy mediatizados por la lectura de Miguel Hernández. Son poemas en los que se aprecia la mezcla de una técnica en proceso de elaboración y una fresca espontaneidad de «puritito» principiante, como él mismo afirma.

«Los versos de Antonio -escribió M. Quiroga en Revista Nueva Estafeta- son un álbum de recuerdos, de la angustia medianera con el hombre implicado en el caos de cada día... Los de Luzmaría se identifican con cierta timidez perentoria, con un desusado afecto por las cosas sencillas..., y son también una imagen viva de cierta angustia vital, no por gozosa, menos patente y dolorida»¹¹.

Pueden servir como buen ejemplo de contraste estos dos poemas siguientes. El primero, de Luzmaría, tan simple en la construcción y de tan marcado ritmo, es un buen prototipo de los restantes poemas de la autora.

*Calla, no hables:
escucha el latido
que a golpes de sangre
te dice que vivo.
El pulso que oyes*

¹¹ Manuel Quiroga Clérigo: *Versos para la ternura y la esperanza*, en Nueva Estafeta Literaria, Madrid, octubre 1979.

*es tu nombre mismo
que va recorriendo
dentro de mi cuerpo
todos los caminos.*

El siguiente soneto es de Antonio. No es muy frecuente en los libros de Porpetta esta estrofa, pero en este, casi la mitad, nueve exactamente, son sonetos. En el segundo libro aparecen dos; a partir de entonces, ninguno. Este, y los que incluyo en la antología, dejan ver muy claro que Antonio no había encontrado todavía su propia voz.

*Me siento el corazón tan carcomido
que ya no es corazón, es un desierto
reseco, desolado y casi muerto,
hundido en el sopor y bien hundido.*

*Cubierto por la grama del olvido,
de si late o no late no estoy cierto,
no sé si duerme o si está despierto,
herido estoy de duda y bien herido.*

*Sólo tú con tu voz podrás salvarme
de este invierno feroz que se abalanza
y me inunda de nieve cada día.*

*Sólo tú con tu luz podrás guiarme
por un nuevo sendero de esperanza
dando a mi corazón nueva alegría.*

Los poemas de *Por un cálido sendero* están escritos a partir de 1970, si bien, y ateniéndonos a las palabras del poeta, Luzmaría y él leían y escribían poesía antes de conocerse. Antonio cuenta que en el equipaje del viaje de novios llevaban un poemario de Agustín de Foxá: «Cui-Ping-Sing». Con todo, las poesías de este primer libro no dejan de ser tentativas. Hay demasiada mimesis. Rosario

Hiriart cree ver «un marcado gusto por nuestros poetas modernistas y posmodernistas» y señala reflejos de José Martí y de Juana de Ibarbourou ¹². José Mas añade el nombre de Miguel Hernández ¹³, sin duda el más evidente, y no sólo por las «Tres canciones», tres sonetos dedicados al poeta de Orihuela, sino porque todo el universo poético, todo el vocabulario y la recreación metafórica de Hernández están en estos poemas porpettianos, pero sin la perfecta asimilación que habrá, por ejemplo, en los poemas de *La huella en la ceniza*. Ya es un dato que el libro, en su conjunto, lleve esta hermosa dedicatoria:

*A Juana, a Miguel, a Federico... a todos los que nos dieron
la viva sangre de sus versos.*

Confieso que no he sabido ver en los poemas de Antonio las influencias de la escritora uruguaya que otros críticos han señalado. Sí son evidentes en Luzmaría. Como muy escasas son, a mi parecer, las huellas de Lorca en estos poemas; quizá, a lo más, un eco lorquiano que viene retumbando, inevitablemente, en los versos de Hernández.

María Gracia Ifach habló del libro como «generosa e ingenua entrega»¹⁴ y es, creo, una buena definición. En esos rasgos de ingenuidad y de entrega amorosa insiste Antonio en sus conversaciones con Rosario Hiriart, pero destacando dos características que vale la pena precisar. Una: que el libro no es en verdad un libro, porque no mantiene una unidad poemática, sino un conjunto de poemas. Y quien haya seguido la producción poética de Antonio habrá comprobado esta evidente afirmación. Los poemarios de Porpetta mantienen la estructura clara de una narración u obra dramática ordenada al estilo clásico: presentación, nudo y desenlace. Y los tres momentos están íntimamente ligados y el libro-

¹² Rosario Hiriart, op. cit., pág. 14.

¹³ José Mas: *Década del insomnio*, estudio preliminar, pág. 15.

¹⁴ M. Gracia Ifach: *Por los caminos de la melancolía*, en Revista Nueva Estafeta, Madrid, abril 1980.

poema, en su sentido unitario, avanza en los distintos fragmentos de tal modo que el simple cambio de orden de una poesía puede alterar, altera, el resultado final propuesto. *Creo -afirma- que la sucesión de poemas, su encadenamiento y distribución según intensidades o intencionalidad, es una parte, muy importante, del conjunto*¹⁵. La cuidadísima estructura de orfebrería de *Ardieron ya los sándalos*, *El clavicordio ante el espejo* o *Los sigilos violados* corrobora esta afirmación.

Por un cálido sendero es el libro de menor unidad estructural pero en él subyacen intensamente las raíces, los temas e incluso los tonos de *La huella en la ceniza* y *Cuaderno de los acercamientos*, estos dos últimos publicados en el mismo año, 1980. Quiero decir que son fruto los tres de un mismo impulso poético, fruto de ese mismo compromiso con la llamada poética y consigo mismo, que le condujo a *sacar de mí, lo más pronto posible y autoexigiéndome mucho, la poesía que llevaba dentro..., a demostrarme a mí mismo -y quizás también a los demás- que aquella primera publicación no había sido un mero capricho ni un simple «juego», sino que escondía un universo mucho más amplio, seguro y duradero de lo que pudiera parecer a primera vista*¹⁶.

Acierta Antonio al considerar que en este primer libro está ya el universo poético que luego irá desvelando en sus poemarios posteriores. Casi todo su mundo conceptual, porque creo que su angustiosa mirada sobre el tiempo fugitivo se hará patente desde su segundo libro. Tampoco hay que buscar aquí estructuras tropológicas complejas, aunque entre sus versos aparezca el fulgor de alguna imagen que luego será retomada con ciertas variaciones. Sin embargo, como ya he dicho, hay que anotar la presencia de un léxico y de unos recursos literarios excesivamente miméticos, lo mismo que la utilización de estrofas tradicionales, que empezarán a ser sustituidas por la silva en el siguiente poemario.

El método de construcción es siempre el mismo: un «chispazo», una precisa emoción sirve de detonante. A partir de ahí, mental-

¹⁵ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 163.

¹⁶ Idem. pág. 149.

mente, Antonio va elaborando un tejido literario que da cuerpo al sentimiento. Tan sólo algún esbozo, algunos apuntes quedan en los folios, pero la transformación en palabras va madurando lentamente, creciendo a veces imperceptible, bullendo otras con fuerza hasta que llega el momento en que la palabra interiorizada pide a gritos la luz de la cuartilla. Este último proceso puede producirse de «un tirón», con días y días de encierro continuado, o por etapas, durante varios meses.

Pero siempre el libro sale como un todo: *yo raramente escribo poemas aislados, casi siempre los concibo formando parte de un conjunto previamente determinado*, ha dicho. De ahí la precisión de los finales de cada poema, del final de cada libro. Y cada poemario es premonición del siguiente, de tal modo que un lector avisado podría ver en un libro determinado el cauce por el que avanzará el caudal poético de su libro siguiente.

El otro rasgo distintivo que destaca Antonio de su primer poemario es el que este significara su decidida entrega a la llamada poética: *Es un poemario de puritito principiante (...) Pero fue el comienzo de todo. El primer poema, el que da nombre al libro, encierra, más desgarradamente de lo que pudiera parecer, la propia historia de mi -nuestra- vida hasta aquel entonces. Y una renuncia. Y un propósito. Y una duda. Y una ya decidida, e imparabile, vocación*¹⁷. Efectivamente, al margen de su valor poético, también lleno de reminiscencias hernandianas, este poema hay que leerlo como *programa vital de un hombre que empezaba a renacerse con -y en- la poesía después de un letargo de tantos años*, dicho con palabras del propio poeta. Y, por otra parte, en esos 77 versos están explícitos, de manera mágica y sorprendente, los argumentos de sus siguientes libros, toda la trayectoria poética desarrollada hasta hoy y, creo, la que está por venir.

El libro, costeadado íntegramente por los autores, no tuvo la difusión que el editor prometiera. La presentación la realizaron Acacia Uceta y Enrique Domínguez en la Casa de la Mancha de Madrid, pero pasó totalmente inadvertido para la crítica especiali-

¹⁷ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 154.

zada. No obstante, Luzmaría y Antonio se prodigaron en recitales poéticos, frecuentaron ambientes literarios, siguieron -como conversos apasionados- componiendo poesías... y un día, en un recital en el que Antonio leyó sus sonetos dedicados a Miguel Hernández, entraron en contacto con Leopoldo de Luis. El poeta consagrado, especialista en la obra hernandina, vio «algo» en aquel aprendiz entusiasta: «Le hablé de sus primeros poemas como se merecían»¹⁸. Desde entonces, la amistad creció entre los dos hombres y el magisterio de Leopoldo fue decisivo en los tres libros inmediatamente posteriores, como tendremos ocasión de ver. *A él le debemos -dice Antonio- tanto Luzmaría como yo, nuestra continuidad y nuestro afianzamiento en la poesía, pues hizo mucho por nosotros con sus orientaciones y consejos*¹⁹.

Leopoldo fue, sin duda, el mejor valedor y maestro que pudo tener Porpetta en aquel momento del inicio, y a esa amistad y magisterio ha correspondido también generosamente Antonio, quien siempre ha reconocido la influencia del poeta cordobés y a él le ha dedicado alguno de sus poemas más representativos. Por otro lado, Leopoldo de Luis prologó su segundo libro, *La huella en la ceniza*, y siempre ha saludado con acertada reseña la aparición de cada nuevo poemario del poeta alicantino.

¹⁸ Prólogo de L. de Luis a *La huella en la ceniza*.

¹⁹ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 143.

2. LA HUELLA EN LA CENIZA

Poesía, juego peligroso: el poeta, al enfrentarse con su propia desnudez, puede encontrarse con naufragios interiores que nunca conoció antes. Pero, a pesar de ello, hay que arriesgarse.

(*Intento de Poética II*)

Tras el primer libro, Antonio sigue escribiendo mucho. Hay como una furia, «como una floración de almendros». En 1978, ese mismo año de la publicación de su libro, escribe y envía nuevos poemas a diversos concursos literarios: el «Vicente Medina» de Archena; el «Juan Boscán» de Barcelona y el «Miguel Angel de Argumosa», del Ateneo de Santander. Es esta puerta de los certámenes literarios casi la única salida para un poeta novel; la participación en ellos es para Antonio como un reto, como la confirmación oficial de la valía de lo escrito y la seguridad, en los concursos a los que se presentaba, de que, si se premiaba, su libro sería publicado. Y la publicación es la única manera de darse a conocer un escritor. *Reconozco que el procedimiento es lamentable. Pero no perteneciendo, como yo no pertenezco, a ningún tipo de clan ni de mafia, no hay más remedio que concursar si uno quiere ver sus libros editados* ²⁰.

En los tres certámenes citados consiguen sus poemas un éxito relativo, pues aunque es finalista en todos, ello no es suficiente para que se publiquen. Entonces, dos de sus amigos alicantinos, los

²⁰ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 151.

poetas Manuel Molina y Vicente Mojica, le propusieron la edición de *La huella en la ceniza* a través del Instituto de Estudios Alicantinos, organismo dependiente de la Diputación Provincial. A Manuel Molina, tan cercano, tan sensible a todo lo hernandiano, le habían emocionado los sonetos que Antonio dedicara a Miguel en su primer libro, y Vicente Mojica, tan amigo de sus amigos, se volcó para que el libro se publicara en Alicante. Ambos tenían ya una extensa y sólida obra poética; su prestigio en el que hoy conocemos como «Instituto de Estudios Juan Gil Albert» facilitó la edición, que se acabó de imprimir en enero de 1980 y salió al público en marzo.

LA HUELLA EN LA CENIZA es, en mucho, una continuación temática de su primer libro y es, también, un salto cualitativo en la forma. No es un libro acabado, se nota demasiado el ensamblaje de diversos materiales, si acaso unidos por la hebra de la melancolía romántica que recorre todos los poemas. El título agrupa, en palabras de José Mas, dos elementos: «la ceniza, que es símbolo del deterioro de la vida y de su aniquilamiento, y la huella, que es el acto voluntarista y esperanzado mediante el cual Porpetta aspira a dejar constancia de su paso por el mundo»²¹.

Es exacto, pero el libro es también algo más: es el aventamiento de la memoria. Desde la hondonada de la evocación afloran a los labios, a la palabra, una acumulación de recuerdos que configuran el presente. Sólo la palabra poética podrá dejar testimonio de que se ha vivido, de que la ceniza son los restos de un incendio que alentó la vida. Fui, luego existo; esta es la afirmación de partida. Y Antonio había tenido una vida intensísima de la que, por razones naturales, se estaba alejando. Y en ese momento vital decisivo, 42 años, en el camino de búsqueda, como nuevo Saulo deslumbrado, descubre de nuevo la poesía y tiene la convicción de que sólo a partir de ella podrá convencer también a los demás de que existió. Esos dos son los pilares de todo su edificio poético: la remembranza y la ansiedad de permanencia. Quizá sólo uno, que recojo de sus versos de otro poema iniciático, «Fugit tempus»,

²¹ José Mas, op. cit. pág. 18.

*Mientras el tiempo duerma
seremos inmortales.*

y la lucha sisífica del poeta es mantener el tiempo inmóvil en los recuerdos, o bien acunarlo para que se adormezca con el conjuro mágico de la palabra poética.

Por todo esto, por ser sobre todo una declaración de principios vitales y estéticos, *La huella en la ceniza*, a pesar de todos sus defectos y limitaciones, es un libro importante en la bibliografía de Antonio Porpetta.

El prólogo de Leopoldo de Luis, en aquel año flamante Premio Nacional de Poesía, incide en lo que tiene de biográfico: «Escribir poesía no consiste en inventar novedades sino en reinventar constataciones», dice Leopoldo, quien para entonces se ha convertido en guía y apoyo del matrimonio Porpetta por los laberintos del mundo literario. La influencia del autor de «Reformatorio de adultos» empieza a hacerse visible en el poeta eldense pero se manifestará con clara evidencia en los dos libros posteriores, *Cuaderno de los acercamientos* y *Meditación de los asombros*, aunque la influencia del poeta cordobés, más que a motivos o recursos poéticos, atañe al mismo concepto de la poesía. Partiendo del axioma de Leopoldo de Luis: «Poesía es respirar por la herida», Antonio añade: *pero por suerte o por desgracia, nuestra herida no cicatriza nunca. Y por eso podemos seguir respirando*. Lo dejará escrito en su «Intento de poética», compendio de 25 breves reflexiones sobre el acto poético, que publicó en 1986 (Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica, nº 7), un año después de su poema «La herida», poema que es un claro homenaje a su mentor y amigo.

El que lo prologara Leopoldo de Luis fue para mí un comienzo de responsabilidad: cuidado con lo que escribes, me dije. Y no cabe duda de que estos versos son mucho más maduros.

La madurez es claramente perceptible en el dominio del lenguaje poético. Si en los primeros versos el mensaje es transparente y unívoco, aquí la polivalencia puede llegar a ser abrumadora:

*Calcinadas mis sienes,
ya sin rumbo mis viejas luminarias,
sediento de anchos ríos imposibles,
convicto de un dolor sin redenciones,
me abandoné vencido
a la yerma soledad de mis espejos.
Y se me hundió la noche en las entrañas.*

E. Cobo lo expresó magníficamente (Cuadernos Hispanoamericanos, agosto 1982): «El lector se tiene que quedar necesariamente un poco desorientado ante la pluralidad de sentidos que toman los conceptos. Y en mi opinión, esto rebasa incluso al propio autor, dándonos la sensación de que una vez puesto en marcha el texto, de alguna manera se escribe solo, sin que Antonio pueda -imagino que tampoco lo desea- sujetarlo».

Yo creo que es evidente en este segundo libro el enamoramiento de Porpetta por la palabra. Es como si hubiera descubierto su poder taumátúrgico y hubiera querido emborracharse con su música.

Fuerte connotación y hallazgo de un ritmo propio son los dos grandes avances de este segundo libro. El corsé de la estrofa y la consonancia que sujetaban los versos de *Por un cálido sendero*, aquí se desata para dar cabida al versolibrismo y, especialmente, a la alternancia del heptasílabo y endecasílabo, aunque a veces la rima asonante aparece y desaparece, inoportuna, enturbiando el discorrir del poeta.

El libro está dividido en tres apartados: «Apuntes para un autorretrato», 11 poemas que nos dan sus coordenadas existenciales; «Crónica de una desolación», un largo poema dividido en cuatro tiempos que expresa la angustia del poeta, mensajero de la verdad, en un mundo insensible que dejará el mensaje sin respuesta; y «Del hombre y sus contornos», epígrafe que recoge ocho poemas cuyo cordón umbilical es el asentamiento de las raíces poéticas en el punto vital de lo cotidiano humano y sus circunstancias. Sin embargo, esta división no siempre responde, ni mucho menos, al agrupamiento de los poemas que, en verdad, se pueden

aunar en dos vertientes: los recuerdos biográficos, los más, y la afirmación de su vocación poética; este tema, con frecuencia, soldado al anterior.

Si en la primera y segunda parte podemos decir que se nos muestra el mundo interior del poeta, en los ocho últimos poemas el autor se sumerge en la gran plaza abierta, «en el movimiento con que el gran corazón de los hombres palpita extendido» y, a la manera de Aleixandre, va fundiéndose y reconociéndose en el torrente de dolor que llena la plaza humana. De sí mismo y de los demás, haciéndose «cronista puntualísimo de la desolación», en palabras de Carlos Murciano ²², pero sin caer nunca en la hiperesesia chillona o grandilocuente de algunos poetas de su generación.

El poemario tiene una construcción semejante a *Por un cálido sendero*. Comienza, como aquel, con una «fe de vida» y un mapa del itinerario poético que el autor desplegará a lo largo del libro. «Busco mi verdad» es ese primer poema, un poema importante porque en la alternancia del endecasílabo y el heptasílabo hallará Porpetta el ritmo característico de su poesía, e importante porque precisa los temas de su obra y las motivaciones de su aspiración:

*... me impulsa y me domina
una fuerza telúrica y remota,
un obstinado afán de reflejarme
en todo manantial, en toda ausencia,
en toda voz herida, en la nostalgia
de cualquier corazón amurallado.*

En las raíces de la memoria, en la ansiedad de la trascendencia y el amor cree Porpetta que está su verdad. Cuando allí no la encuentre, la buscará en la lectura de sus poetas preferidos, y cita los nombres de Pablo Neruda, Miguel Hernández, García Lorca, Dámaso Alonso, Claudio Rodríguez y Leopoldo de Luis. Con ellos,

²² Carlos Murciano: *Un poeta en crecimiento*, en Diario «El Imparcial», Madrid, 22-5-1980.

dice, se inventará

*esa clara verdad de cada día
que no he podido hallar en mi memoria,
ni en mis sueños
ni en mi vida.*

Después, en los 10 poemas restantes que forman ese autorretrato, hará sobresalir los rasgos más determinantes que configuran su etopeya: la patria de su infancia, su retraining presente, la apremiante necesidad de sentirse querido, su vivencia religiosa tan cercana al más puro franciscanismo.

El enraizamiento de la poesía de Porpetta en los paisajes de su niñez es una de sus características distintivas. Habremos de volver a esta idea en libros tan esenciales como *El clavicordio ante el espejo* y *Los sigilos violados*, pero en este que ahora comentamos hay un poema que será «leit motiv» en aquellos. Me refiero a «Niños sin azul», en el que el mar, como realidad y como símbolo de libertad y de plenitud estética, aparece ya como constante. La tierra reseca, polvorienta y pedregosa del pueblo, es la antítesis del

*mundo de brumas y gaviotas, de redes y veleros,
de cálidas arenas empapadas de sal*

con el que soñaba aquel indefenso niño de secano, apátrida de azul, mediterráneo del árido barbecho y de la estepa, como tan acertadamente se define.

3. CUADERNO DE LOS ACERCAMIENTOS

Amor a la palabra. Respeto a la palabra.
Agradecimiento a la palabra. Porque sin ella
no seríamos. Sólo en ella renacemos cada
día libres, indemnes, puros.

(Intento de poética XV)

Pocos meses después de publicarse *La huella en la ceniza*, Antonio obtiene en Sevilla el Premio Angaro, muy prestigiado por los poetas que lo habían ganado con anterioridad. El poemario se llama CUADERNO DE LOS ACERCAMIENTOS y se publicó en octubre de 1980. Con él se cierra, sin duda, la primera fase de su trayectoria. En estos tres libros publicados en dos años está la etapa de aprendizaje: la decantación de los temas, el hallazgo del ritmo y una melodía propios, la afirmación de unos símbolos y unos recursos expresivos identificadores.

Con este *Cuaderno* se cierran los ejercicios de búsqueda. El aprendiz de poeta tiene ya plena conciencia de su encuentro con la poesía. El poema inicial es ese canto de júbilo, «Nacida fue mi voz», en el que hay un reconocimiento explícito del camino recorrido, con clara alusión a sus dos libros anteriores:

*Se presentían
sus torpes balbuceos (...)
Ocultá palpítaba entre la urdimbre
de alguna soledad,
allí, donde la brasa anhela el soplo
que remonte hacia el fuego su esperanza...*

Aunque sabe que el poema es como un pajarillo herido que

*cuando creo tenerlo entre mis manos,
ya para siempre mío,
vuela lejos de mí, enloquecido,
dejándome en el pecho
un absurdo serrín de versos inservibles...*

El poemario es, en general, manifestación exultante porque

*... se hizo voz el milagro
y habitó en mi garganta.*

Los 24 poemas de que consta el libro, muchos de ellos con el tema central del quehacer poético, proclaman la voluntad del neófito, del converso a la religión de la llama:

*... desde ese claro instante
la lumbre es compañera de mis huellas...*

El libro va dedicado a su padre, *a su callada música, a sus libros cerrados*, porque entonces, debido a su última enfermedad, ya no podía escuchar sus discos ni practicar la lectura. Está dividido en tres partes. Cada uno de sus epígrafes determina clarísimamente el contenido. «Desde el alféizar» es una mirada hacia el frente y hacia arriba, hacia el mundo nuevo que se abre ante su ventana, mundo transformado por la llegada de la nueva luz poética que abre ante él «un inmenso horizonte de horizontes». Son los tres poemas iniciales, que pueden considerarse como el primer intento de formulación poética. Esa trilogía es una reflexión sobre la Poesía, el Poema y el Poeta, respectivamente, pero es una meditación nada académica o metapoética sino nacida de la propia vivencia, altamente emotiva.

La segunda parte lleva como epígrafe «Sobre el brocal» y es una mirada hacia abajo, hacia adentro, hacia el interior del tiempo ido. En el pozo del tiempo flotan sobre los días ahogados nombres,

gestos, paisajes... El poeta los convoca, los revive, los sitúa. El tiempo recupera aquí, y así, su latido, parafraseando a Leopoldo de Luis. Los 10 poemas de este apartado son, pues, evocaciones:

*... mi memoria
abre el hondo bargueño del pasado,
rebusca entre su noche
y extiende ante mis ojos
el anchuroso álbum de mi vida.*

De las fotografías amarillas se levantan nombres queridos de los que fueron y ahora no son más que *huéspedes somnolientos de la nada*; entre esas sombras sobresale la de la heroína familiar, la *lejana abuela Joaquina de las Mozas, muerta de siete tiros en mayo de 1808 ante una partida de soldados franceses*. En otro momento es el eco de las voces lo que avienta el recuerdo:

*hermosísimos nombres de mujeres
que prendieron sus risas
en el leve acerico de mis labios.*

Otras veces es la memoria de un instante lo que vuelve a la vida: el aleteo de unas gaviotas sobre el agua del río Elba, la fugaz imagen de Praga, convertida en llamas por el sol del atardecer, el cruel reencuentro con la vieja casa de Barcelona, donde la pareja vivió su primer año de matrimonio... Parece que en el cíclico devenir del tiempo, el propio poeta se viera como un viejo bardo al que

*la tristeza
hará sonar oscuras melodías
en el ámbito cruel de la memoria.*

Una melancolía extrema recorre esta parte del libro. La palabra «tristeza» y su amplio campo semántico se repite constantemente en todos los poemas y, sin embargo, hay como un gozo en el necesario desuello de las heridas porque sólo la memoria

*solamente ella puede darme
una resurrección en mi muerte diaria.*

El tiempo que se recuerda es un *dolorido devenir que llenó de pavesas nuestras manos*. No importa que los hechos, en realidad, no fueran tan hermosos: no importa que el atardecer de Praga no fuera tan luminoso ni tan ciertos los sueños de la infancia. Lo importante es que esa ceniza aventada por el tiempo volverá a dejar huella, a tener sentido al quedar redimida por el fuego de la memoria. Es esta la conclusión a la que el mismo poeta llega en el lúcido poema sin título con el que cierra esta parte del libro.

Para mí, la continuidad temática con *La huella en la ceniza* es evidente. Cualquier lector medianamente atento podrá observar lo que, por otra parte, es explícito en algún poema:

*Las huellas más lejanas de mi historia
renacen ante mí, ya redimidas
de esa pátina oscura
que el tiempo y su furor les deposita...*

(Las huellas redimidas)

*... Y regresamos juntos a nuestra certidumbre,
a los intactos muros de un recinto
alzado en la memoria,
imposible a la ruina, permanente
en su pura presencia,
por siempre inalterable en su hermosa verdad.*

(Reencuentro con la casa)

Todo mi cuerpo es huella

(Insomnio)

La tercera parte del libro, titulada «Ante el espejo», es una mirada hacia el presente real, una mirada de descubrimiento del «ser que se es», consecuencia del «ser que se fue», pero transformado ahora por la llegada de la luz y de la voz poética. Creo, no

obstante, que aquí la estructura falla, que la claridad del mensaje expuesto en poemas como «Ahora», «El secreto», «Un día» o «La ortiga oculta» queda enmarañada por el exceso verbal. Lo expresa bien E. Molina Campos:

«La entidad de estos poemas queda difuminada por la frondosidad de una elocución que se interpone entre el sentimiento-reflexión y la comunicación y, al interponerse entre ellos, los desvirtúa y los priva de la capacidad de organizarse en una cosmovisión suficientemente nítida y reveladora de sí misma»²³.

Efectivamente: hay en esta parte un exceso de retórica. Posiblemente sobran palabras, versos enteros, o falta concentración del mensaje en tan sólo cuatro o cinco poemas. Lo que ocurre es que la misma riqueza verbal, la perfecta disposición formal del verso, su rotunda musicalidad, la expresividad de los símbolos y metáforas, son elementos constitutivos también de una alta calidad poética. «No está la poesía en el concepto», dirá de este libro Leopoldo de Luis²⁴, «sino en la palabra misma, aunque aquel se hace sobre todo patente en los últimos poemas».

Todo el libro es, como dije antes, una recapitulación sobre los dos grandes temas que estaban en sus libros anteriores: la reflexión metapoética y el discurso de la memoria como reavivamiento de la ceniza.

Afirmada su convicción de la llamada poética, en los siguientes libros será la rebeldía contra el tiempo devastador el motivo central, casi único, de sus poemas.

Para los seguidores de la poesía porpettiana este tercer poemario confirma una de sus características esenciales: la calidad rítmica. Antonio, que ya había encontrado «su» melodía fuera de la mimesis hernandiana en algunos poemas de *La huella en la ceniza*, ratifica aquí el uso del endecasílabo con la alternancia de heptasílabos y, alguna que otra vez, alejandrinos.

La otra característica que define a su obra, y que comienza a

²³ E. Molina Campos: *Dos libros de Antonio Porpetta*, en Revista Nueva Estafeta, Madrid, febrero, 1982.

²⁴ Leopoldo de Luis: *Cuaderno de los acercamientos, Premio Angaro 1980*, en Diario «Pueblo», Madrid, 13-12-1980.

ser patente en este libro, es su riqueza verbal, la adjetivación sobre todo. El adjetivo, si no da la vida, mata, y en Antonio Porpetta esta categoría gramatical, vivificadora siempre, es el sostén para la trasposición metafórica. Pocas veces en este libro el sustantivo va solo: o le acompaña un calificativo o un sintagma preposicional con valor modificador. A veces, incluso, un endecasílabo puede quedar compuesto por cinco adjetivos yuxtapuestos. Es el caso del verso final del poema titulado «Un día»:

*... y por primera vez nos descubrimos
como queremos ser:
indemnes,
 plenos,
 limpios,
 libres,
 nuestros.*

La sensibilidad de Porpetta se desborda en estos versos. Los adjetivos son la prueba de su derramamiento sensitivo que, con frecuencia, se entrecruzan en deslumbrantes sinestesias. Está abriéndose aquí la línea que continuará con el siguiente libro, *Meditación de los asombros*, y se afirman los rasgos de un modo de hacer poesía que es consustancial con su mediterraneidad.

4. MEDITACIÓN DE LOS ASOMBROS

La poesía es un círculo cerrado: parte de lo intuitivo, pasa por lo intelectual, y vuelve otra vez a lo intuitivo por el camino de la emoción. En medio de ese círculo, el poeta, con su carga de asombro y desconcierto.

(Intento de poética IV)

Todos mis libros en mayor o menor medida, me han dado satisfacciones, sea en forma de premios, aceptación, críticas, comentarios, etc. Pero si tuviera que señalar uno sería MEDITACIÓN DE LOS ASOMBROS, porque yo creo que en este libro empecé a encontrar mi propia voz²⁵.

Esta opinión de Antonio Porpetta sobre el poemario que continuó a *Cuaderno...* es compartida por todos los analistas de su obra. *Meditación de los asombros* fue un libro revelación en el panorama poético de 1981, cuando consiguió el Premio Gules, de Valencia. Si leemos algunos de estos poemas inmediatamente a continuación de otros de *Cuaderno...* nos parecerá, efectivamente, que se ha producido un avance altamente significativo en la «voz» del poeta; sin embargo, los 24 poemas del libro están escritos, como especifica el autor, entre octubre de 1979 y septiembre de 1980, es decir, acabado de entregar en imprenta el original de *La*

²⁵ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 152.

huella en la ceniza y mientras hacía los últimos retoques para lo que sería el Premio Angaro: *Cuaderno de los acercamientos*. Quiero decir que hay simultaneidad, al menos en parte, en la construcción de estos dos libros, en cierto modo tan distintos.

El autor le contaba a Rosario Hiriart que antes de la redacción definitiva hubo un largo trabajo de ambientación histórica, visitas y más visitas a los lugares que habían provocado su asombro:

Ya sabes cuánto amo yo las viejas piedras, con la vieja vida que late dentro de ellas, y cuánto tiempo he utilizado en recorrer España a la búsqueda de aquella estatua yacente que casi nadie conoce, de aquella iglesia mozárabe que nadie visita jamás, o de aquel capitel románico que pasa desapercibido... Con su contemplación (no sólo visual sino también táctil, porque hay que sentir las palpitaciones) yo me he emocionado muchas veces, pero no sólo por razones puramente estéticas, sino más bien por motivos de honda raíz humana, por lo que yo intuía -o imaginaba- detrás de todo aquello²⁶.

Leyendo estas palabras de Antonio sobre su libro, no podemos olvidar que precisamente su primer escrito, publicado como vimos en 1955, cuando era un estudiante de tercer curso de Derecho, era la expresión del mismo sentir. Aquel joven mediterráneo trasplantado a la estepa castellana descubría entonces, en el silencio y la soledad de los viejos pueblos de la meseta, algo que era consustancial con su personalidad: un intenso sentir vivir en su interior reminiscencias de lejanos pasados. Ese estremecimiento a los 19 años era visible en aquel primer escrito que fue premiado en los Juegos Florales de Elda. Ahora, en estos años inmediatos a la publicación de su cuarto libro, impenitente viajero, había seguido, juntamente con Luzmaría, las rutas del románico y del gótico en España. Abierto siempre al asombro y predispuesto, como hemos visto en los libros precedentes, a la recuperación de la memoria devastada por el tiempo, encontró en esos lugares mágicos la

²⁶ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 153.

inspiración para uno de los libros capitales de la última poesía española.

*Este poemario es un acto de agradecimiento... Tantos momentos de satisfacción espiritual tenían que tener por mi parte una contrapartida, una entrega: y ése fue mi libro, en el que traté de plasmar mis asombros y las meditaciones que esos mismos asombros me produjeron*²⁷.

Leopoldo de Luis calificó el libro como perfecto: «Tiene unidad de tono, de tema y de forma»²⁸. Decía en su artículo que la poesía de Antonio es «un poco elegía y un poco mito». Pues bien, si la elegía precisamente motivó su necesidad de escribir el primer soneto -recuérdese la muerte de su amigo José Ramón Aguirre- y *La huella en la ceniza* es un libro donde están ya todos los mitos a los que volverá insistentemente en sus poemarios posteriores, aquí, en estas meditaciones, no hace sino aunar ambas tendencias, llevando la elegía hacia una serenidad ascética e intensificando el mito con una fuerte carga emotiva. Leopoldo de Luis lo vio perfectamente:

«La poesía de este libro participa de lo elegíaco: se canta lo perdido, no por el poeta, sino por la historia que tiñó viejos muros. Participa de lo ascético: se medita -como en Manrique- sobre la pequeñez de lo mundano. Participa del dolor de la frustración: los esfuerzos humanos rotos contra el tiempo. Participa de la pura emoción. Esta emoción es doble: en cuanto el poeta asume la de los desaparecidos personajes de las piedras que contempla, y en cuanto esa contemplación conturba su propio ánimo. Hay, pues, un clima de clasicidad atemperado por un viento romántico. El paisaje no es nunca realidad estricta, sino consagrada por la huella humana»²⁹.

²⁷ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 154.

²⁸ Leopoldo de Luis: *Cantigas y retablos*, en Diario «Ya», Madrid, 5-6-1981.

²⁹ Idem.

El mayor peligro lo constituía el caer en el amaneramiento elegíaco o en la desviación hacia simples descripciones de lugares «encantados». Por otra parte, la delimitación del lenguaje poético a lo largo de la riquísima tradición del *ubi sunt?* podría haber hecho caer al poeta en una repetición del tópico. La huída del «preciosismo» y el hallazgo de un «tono» que diera unidad a todo el conjunto y mantuviera, al mismo tiempo, el clima particular de cada poema, fue el reto superado, como veremos, por Porpetta.

Creo que la gran aportación de Antonio está en el tratamiento del tema, en la expresa sensualidad que se derrama constantemente en estos versos. Y no es casualidad que uno de los recursos más repetitivos aquí sea la sinestesia, intensificada con respecto al camino abierto en *Cuaderno...* Así, la búsqueda del tiempo perdido es también para recobrar el *silencio azul* del «scriptorio» donde trabaja Berceo, para tocar la soledad de aquel *verde olvido*, para gustar el aire que *huele a cilicio*. La personificación, la sensualización de los objetos y de los conceptos es una figura repetida en todo el libro. El corazón del tiempo grita sobre las huellas de los que fueron: las piedras derrumbadas tienen sentido porque *hay un golpe de amor encarcelado humanamente vivo todavía*. Y como ejemplo, nada mejor que el hermosísimo poema a la muñeca de marfil del siglo IV. Es la mejor prueba de que no estamos ante un libro elegíaco sino de «recuperación de vida».

Y cuando el objeto de la meditación es una figura femenina -una doncella romana, la reina Juana de Castro, la princesa Cristina de Noruega...- una explosión de sensualidad llena el poema. Así, la princesa, casada con el infante don Felipe de Castilla, fue

*un viento azul
que agitó los trigales, una lluvia
de rubias primaveras
para esta tierra parda de merinas.*

La reina de Castilla, Juana de Castro, es evocada como

*una rota vihuela descordada,
un tálamo vacío,*

*un lejano
galope de abandonos.*

A la miniaturista del códice «Beato» de la catedral de Gerona

*... como una garza imaginarte quiero
volando sobre espigas sorprendidas,
ojos de amanecer, talle de almendra,
leve bruma en tu pecho, campaniles
tus dormidas palabras (...)
lejanísima virgen, alborada
en un oscuro tiempo
de rezo y vasallaje.*

Cuando apareció este libro de Porpetta, una corriente culturalista inundaba-ahogaba la poesía española en un vacío formalismo carente de emoción verdadera. Antonio parte de lo intuitivo, pasa por lo intelectual y vuelve otra vez a lo intuitivo por el camino de la emoción. Allí se yergue, con su carga de asombro y reflexión, una meditación que a mi juicio deja pocos atisbos de trascendencia para el hombre. Somos lo que hemos vivido, existimos en cuanto recordamos, dejamos definitivamente de ser cuando nadie nos recuerda. En el último poema del libro -y ya sabemos la intención y cuidado con que Porpetta estructura sus libros- Antonio hace el epitafio a cuatro sepulcros anónimos del siglo XV. Pues bien, estos versos nos dan el sentido de todo el poemario. Al fin descubrimos que en los 24 poemas, las 24 divisiones del día de nuestra vida, se ha estado reflexionando sobre nosotros mismos, es decir, el poeta ha estado «meditando sobre su propia emoción de hombre acosado por el tiempo destructor. Cada lugar es un símbolo de sí mismo», como dice José Hierro en el breve prólogo del libro.

El final de la meditación puede ser desolador:

*Todo fue.
Todo huyó.
Sólo quedan*

*cuatro nadies yacentes, cuatro alcores
de muda ingratitud,
cuatro siglos de hielo renaciendo
multiplicadas muertes cada día
en este yermo imperio del olvido.*

Y, sin embargo, precisamente porque toda vida tiene una única muerte, el poemario es un grito de *carpe diem!* No se rebela el poeta contra la destrucción ni contra el olvido: es inevitable; su queja lo es porque

*no es justa la muerte
si la vida es promesa no cumplida.*

Y, en este sentido, esta poesía se aleja de los poemas «morales» de Rodrigo Caro, Aldana, Francisco Rioja o Fernández de Andradá. Ahí, creo humildemente, que no estubo acertado Hierro en su prólogo al mezclar versos de Porpetta con el autor del poema a las ruinas de Itálica, y no tanto por las diferencias estilísticas sino precisamente porque hay un «tono» esencialmente distinto. En Porpetta el «tono» es el acercamiento y la inmersión en el drama humano de quienes habitaron estos despojos presentes, drama no porque murieran o sean hoy sólo olvido, sino drama porque la vida les regateara su cuota de felicidad o porque la muerte cortara en flor su promesa de goce; en definitiva, porque murieron sin ser felices. «La emoción -dice F. Martínez Ruiz- fluye atizada por motivos existenciales»³⁰. Y ese, desde luego, no es el tono dramático de la elegía barroca. Aunque pueda tener mucho de barroco su lenguaje.

Porque el léxico es una tremenda fuerza expresiva en donde se funden cultismos y arcaísmos, abundantes términos de la indumentaria y armamento medievales con vocablos de la arquitectura románica y gótica. Hay una minuciosa elaboración que resalta los va-

³⁰ Florencio Martínez Ruiz: *Antonio Porpetta, culturalismo con emoción dentro*, en Diario «ABC», Madrid, 13-6-1981.

lores fónicos. Podría parecer, a veces, un léxico preciosista, retorcido, pero, aun en la mayor abundancia locucional, será la emoción del poeta la que salve al poema de caer en un frío culturalismo. Ahí me parece acertada la observación de Hierro: «este poema lo escribe un hombre que siente más que sabe y, consecuentemente, puede leerlo quien no posea claves precisas, dejándose llevar tan sólo por su sensibilidad».

Y, además, esta emoción desnuda llega a la sensibilidad del lector español desde unos contornos geográficos que le son familiares. No se habla de Venecia, Tarquinia, Efeso o Bizancio; es en el monasterio de San Millán, de Santo Domingo de Silos, en el castillo de Garci-Muñoz o en la catedral de Salamanca donde surge la conmoción, donde el poeta «se mueve con» el aliento de los que fueron y con-padece su propio destino. De vida, de invitación a la vida, es de lo que se habla. Y por eso es el presente de indicativo la forma verbal casi permanentemente utilizada en todos los poemas: Berceo escribe *ahora* su román paladino, Eude pinta *ahora* su códice, las plegarias, el dolor y el amor están derramándose *ahora*... Pero también es cierto que el sustantivo repetido hasta la saciedad es «olvido». Silencio y olvido.

En esta antítesis, júbilo de la vida-silencio y olvido tras lo vivido, es donde encuentro la intuición del poeta al dividir su poemario en «cantigas» y «retablos». La cantiga es movimiento, danza, voces y gestos vivificando un entorno de palacio, campiña o claustro; el retablo es fotografía que ha parado el tiempo y acumula silencios. Pues bien, creo que el poeta reconstruye por un momento, aunque sigan desmoronados los contornos, el detalle de una vida, un relámpago en la noche. Y, luego, queda de nuevo el estupor del silencio, la serena aceptación del inevitable olvido.

El libro está dividido en dos partes, como dije: «Cantigas de la serena memoria» y «Retablo de la dormida soledad»; cada una contiene 12 poemas. La división bajo estos epígrafes ha sido explicada de diversa manera por distintos estudiosos de la obra porpettiana. Leopoldo de Luis dice que «el motivo sustancial de las cantigas es la impresión que produce la hermosura en el alma» y que los retablos reflejan «el sentido humano de los huesos que

son ya ceniza. Las cantigas cuentan con la descripción, el sentimiento y la lírica. Los retablos, con leve toque parnasiano, buscan estéticamente la precisión de las impresiones ante monumentos sugestivamente evocadores»³¹.

E. Molina Campos cree ver en las cantigas una relación «documentos-tiempo colectivo», mientras que en la segunda parte, la relación estaría basada en «documentos-tiempo individual»³². Pero él mismo observa que varios poemas de una y otra parte rompen esta posible estructuración, puesto que en los doce primeros poemas, cuatro quebrantan la ansiedad colectiva, y en los doce restantes, tres son los que romperían la visión de un tiempo individual. Sin embargo, en palabras del propio autor a quien esto escribe, me confirmó que su propósito no estaba lejos de lo observado por Campos:

Mi primera intención fue separar, en una parte, Cantigas, los poemas relativos a puras evocaciones monumentales o paisajísticas, o con dramas humanos generales o indirectos; en la otra, Retablos, los poemas que evocaran de forma más directa y personalizada ciertos dramas humanos, todo ello desde una contemplación apasionada y conmovida.

Pero la distinción no podía hacerse de manera tajante, al participar varios poemas de las dos vertientes. Hice un primer intento de separación y aunque no pude conseguirlo del todo, no quise abandonar la idea inicial. Y así quedó.

Y así aparece. El primer poema es una mirada en derredor: mantos de seda, birretes, espuelas, alfanjes... esperan colgados en sus vitrinas. Una lenta luz azulada levanta motas de polvo en la penumbra:

*la mirada
descubre entre el asombro y la riqueza
un archivo de humildes soledades.*

³¹ Leopoldo de Luis, art. cit. Diario «Ya», Madrid, 5-6-1981.

³² E. Molina Campos: art. cit. Nueva Estafeta, Madrid, febrero 1982.

El último poema cierra la visión: al fondo, bajo la oscura bóveda de una capilla, un haz de luz deja entrever cuatro bultos labrados, sepulcros sin nombre que pudieran acoger así cada uno de los nuestros. Entre estos dos poemas, al conjuro del poeta, por el asombro de su palabra,

*esos montones tristes (que) respiraron,
se inundaron de amor, o lo sufrieron...*

vuelven a sentir el hálito de la vida para justificar que, tan sólo por un instante de amor que vivieron -o que hubieran podido vivir si la muerte hubiera sido piadosamente justa- sus cenizas tienen sentido, cita de Quevedo que introduce la última parte del libro y da plena claridad a la intención del autor.

«Pocos libros tan equilibrados en la poesía joven contemporánea», aseguraba Leopoldo de Luis en el artículo citado, y esta afirmación de 1981 fue compartida por toda la crítica del momento. Con este poemario dejaba Porpetta de ser un tardío advenedizo que se colaba de rondón, a través de los concursos literarios, entre los poetas más representativos de la generación del 60.

Aunque la adscripción a grupos y generaciones le dejaba indiferente.

5. ARDIERON YA LOS SÁNDALOS

Ni transparencia ni hermetismo. Quizás el justo medio. Pero que cada cual interprete libremente qué es la luz y qué es la oscuridad. Ahí está el poema: completadlo con vuestra recreación.

(Intento de poética XVII)

En 1982 la colección Adonais publica *Ardieron ya los sándalos*, poemario que si, en conjunto, puede considerarse un libro de amor, el poemario de amor debido a la esposa, es también una culminación o epílogo de la «meditatio mortis» iniciada en su libro anterior. Por eso no estamos sólo ante un libro de amor; si fuera así, sobrarían muchos poemas que estarían fuera de contexto y aún en abierta contradicción con lo que entendemos como un poema amoroso.

Quizá el libro se resiente en algún momento en su estructura. Creo que en él hay dos ejes cuyo engarce a veces chirría. Veamos.

El libro está dividido en tres partes: 10 poemas se agrupan bajo el epígrafe de «Augurios y memorias»; un largo poema central, de 132 versos, ocupa el «Intermedio»; y 12 son los que se unifican bajo el título de «Por el cauce del cuerpo». Si el poema central puede considerarse como un mundo cerrado pero perfectamente vertebrador de los dos ejes del libro, no todos los poemas insertos en cada uno de los apartados responden, sin embargo, a la idea que los agrupa. Es fácil ver que el tema básico del primer apartado, claramente explícito en el epígrafe, es el contraste entre el pasado -la memoria- y el futuro -los augurios-. Es un tema caro para

Antonio, diríamos que es «su» tema: el paso del tiempo, la angustia existencial; lo que fuimos, lo que seremos, lo que quedará de nosotros cuando no estemos. Y es claro, también, que predomina en él el apunte infausto: el presagio se superpone, se adelanta y estremece a la memoria. En, al menos, siete de esos poemas iniciales late una amarga nostalgia, un apesadumbrado llanto porque el tiempo

lodo implacable que oscuramente cubre cuanto roza

no respetará tanto incendio de amor, tanta belleza, tanta vida «por no hacer mudanza en su costumbre», como, en su soneto XXIII, escribiera Garcilaso.

Tal vez sólo el amor sea capaz de dejar leve huella de la ceniza humana. Y a él se acoge en la tercera parte del poemario. La única manera de detener el tiempo es hacer perdurable el fuego amoroso y, en primer lugar, el objeto del amor, ese «territorio del fuego» que es el cuerpo de la mujer amada. Pero tampoco los poemas finales mantienen esa cohesión que supone el título («Por el cauce del cuerpo») y, en cambio, bien vendrían aquí el «Primer interrogante» y «El mar llegó contigo» de la primera parte; este, porque por su tono jubiloso y por su recurrencia simbólica es claramente hermano de los varios que en la tercera parte tienen el mar como punto de arranque; aquél, porque su colocación inicial no tiene, parece, otro objeto que servir de contrapunto al poema que cierra el libro, «Interrogante final», y, sin embargo ¡qué perfecta línea continua supone este poema con «Asunción del olvido», cómo cierran realmente ambos un poemario nostálgico y cruel, agónico testimonio de esperanza!

El título del libro lo da un verso inserto en el poema central, el poema más extenso publicado hasta ahora por Porpetta y, quizá, el más patético. Desde este poema, «La llamada», está estructurado el libro y en él se dan las claves simbólicas para entender el contenido total del poemario: Al corazón del poeta, a la puerta de su casa, alguien llama con tres fuertes golpes

*como tres vendavales,
como tres repetidas maldiciones.*

La reiteración del verso «alguien llama a la puerta» articula el poema. En la primera parte, en la primera llamada, el clamor del pasado -los tres golpes que vienen de muy lejos- se detienen *en la callada hondura / de todos los espejos y foscamente / un tiempo muy cansado se derrumba*. Luego, cuando resuena la llamada, los tres golpes, *como tres víboras*, inician su ataque, penetran en el presente del poeta, arrojado ahora en un «nosotros». Es significativo que en diez versos Antonio utilice catorce verbos en presente de indicativo, en una gradación semántica muy estudiada, que configuran simbólicamente, el asedio, destrucción y desolación de una ciudad: los tres golpes *se adentran en la casa, husmean... se apoderan... insultan... violan... asesinan... devoran... quemán, arañan, derrotan, acometen, esparcen... fisgan, hurgan...* Con una sintaxis en la que impera un intenso asíndeton, Porpetta consigue un ritmo trepidante. El devastador paso del tiempo ha llegado a los huecos más hondos, allí

*donde habita el silencio
con su caudal de intactas profecías,
donde sólo germina la esperanza.*

Vuelve a repetirse la llamada. Desde un desolado presente surgen las melancólicas, angustiosas interrogaciones del *ubi sunt?*, que ya escuchábamos en *Meditación...*, pero ahora acercadas a un «nuestros» repetitivo que hace más patético el mensaje:

*¿qué fue de nuestros párpados?
¿qué cobardes espigas
crecen en nuestros hombros?
¿Dónde aquellos paisajes...?
¿Qué fue de nuestros labios?
¿En qué tumbas de vidrio
se ocultan nuestros ojos?*

*¿Qué granizos, qué ortigas han nacido
en el limpio mantel de nuestros vientres?*

Inmediatamente serán los tiempos del pasado los que llenen los versos más hermosos y, a la vez, agónicos del poema. Aquí está ese verso que da título al libro y que ha despistado a más de un crítico, pues no es de sensualidad arábiga de lo que aquí se habla:

*Ardieron ya los sándalos (...)
Callaron ya las cítaras (...)
Derrocaron los astros
su antiguo poderío (...)
Abrió la soledad sus laberintos (...)
y nos crecieron anchas oquedades
en el caudal del alma.*

Los símbolos más propiamente porpettianos, los que venían desarrollándose desde *La huella en la ceniza* y alcanzaban su punto álgido en *Meditación...* se acumulan en esta parte del poema. El tiempo-llama que convierte la vida en un incendio es también el musgo y la ceniza *devanando tan sólo la costumbre*, dirá recordando a Garcilaso. Y también, como había hecho en sus libros anteriores, opone a la absoluta aniquilación la esperanza de la huella amorosa en ese universo de ceniza:

*y seremos
dos ciegos prisioneros
esperando el ocaso,
ya siempre encadenados, pero libres,
plenos de libertad en la intemperie.*

Esa idea del amor como cadena que hace prisioneros, uno del otro, a los amantes, pero que al mismo tiempo los libera de la esclavitud del tiempo, la tendremos repetida en otro de sus grandes libros: *Territorio del fuego*, libro, como veremos, deudor en varios aspectos del que ahora comentamos.

Si me he detenido en el análisis de este poema, «La llamada», es porque estoy en absoluta disconformidad con algunos juicios en los que se considera *Ardieron ya los sándalos* como un mero canto amoroso, y muchísimo menos se puede considerar a este libro entroncado con la tradición arábigo-andaluza. No; por muchos sándalos que ardan. El poema analizado que, no olvidemos, es el que da título, con uno de sus versos, a todo el poemario, no deja lugar a dudas: ante el acoso del tiempo y de la muerte, el amor es el único cobijo en la intemperie. «Intemperie» es la palabra elegida para cerrar un poema en el que la devastación del tiempo llama continuamente a nuestra puerta. Por eso, me parece mucho más afortunada la opinión de F. Martínez Ruiz al considerar que este libro «se sitúa más allá de la exaltación amorosa y aun de la transposición idealizadora, pues de lo que se trata es de la defensa del amor como supervivencia» (ABC, Madrid, 26-2-1983). Precisaría que el libro no es «una defensa del amor», no hay un sólo poema en el que el poeta defienda al amor sino que este es la única defensa que tiene el poeta contra el ataque y la aniquilación producida por el tiempo.

Veamos ahora con cierto detenimiento la línea argumental del libro.

Se inicia con «Primer interrogante», que es afirmación jubilosa de que «ella» estaba ya, antes del tiempo, predestinada a él. Tal vez este poema debería ir junto a «Naciste ya conmigo», en la tercera parte, y, en cambio, situado donde está ayuda a la comprensión. Otra cosa es que se pretenda dar al libro una visión de círculo cerrado, de acabar donde se comenzó. Pero creo que tal objetivo se podría haber logrado con otros medios.

La llegada del amor -«El mar llegó contigo»- supone la ruptura con una infancia y adolescencia oscura. El mar, como realidad o como símbolo polivalente, es una constante en la poesía de Porpetta. El mar es siempre en Antonio el Mediterráneo. Esa mediterraneidad que, a su decir, *se manifiesta en una marcada sensualidad idiomática, en una luminosidad descriptiva y metafórica, en una amplia sonoridad versal*. ¿Hay unas características formales propias de los poetas mediterráneos? Antonio, en su ponencia al I Semi-

nario «El mar en la mitología y la literatura», desarrollado en la Universidad de Puerto Rico, en septiembre de 1991, señalaba las siguientes:

Junto a una intensa alegría de vivir -manifestada en un claro sensualismo que a veces alcanza intensidades epicúreas- un sentimiento hondamente participativo en el dolor universal del hombre; junto a la vivencia más hedonista del instante, una percepción segura de la fugacidad del tiempo, con su carga de destrucción y deterioro; junto a la visión irónica y satírica del mundo, su trascendencia y sublimación; junto a la contemplación interrogante del universo exterior, la introspección meditativa del propio yo; junto a la duda, la irrefutable constatación.

Creo que es un perfecto autoanálisis que nos ahorra inútiles elucubraciones.

En los ocho restantes poemas de estos «Augurios...» subyace la angustia existencial, y muchas veces la fe en la permanencia a través del amor no es más que un querer creer, contra la evidencia, en esa salvación: así en «Duda urgente», cuando mayor puede ser la felicidad de los amantes, se levanta impetuosa la incertidumbre:

*¿Seremos algo más
que un tiempo fugitivo...
dos mínimas espigas olvidadas
en una gran pradera?*

La duda se hace evidencia, con toda crueldad, cuando el incendio de los cuerpos no puede detener el desvanecimiento de la luz de la tarde

*No pudimos luchar...
y lloramos,
porque entonces supimos
que nunca fuera nuestro el universo,
que jamás lo sería.*

A medida que avanza el poemario, el desaliento se superpone al gozo del amor. A veces, como en el «Monólogo con Mozart en tarde de lluvia», el poeta manifiesta también su esperanza en la permanencia de la obra artística: la música de Mozart hace revivir el tiempo ido. Y una vez más, en este libro de doloroso psicoanálisis, recuerda Porpetta sus orígenes: aquí la voz de Mozart

*me retorna
a infancias melancólicas,
a cansadas esquinas, a horizontes
que jamás se me alzaron,
a las sombras de olivos sin ternura
en las desiertas sendas.*

Si el músico de Salzburgo, todavía vivo porque vive su obra, sirve a su vez de revitalizador de quienes mañana no seremos, es también espejo para el poeta, que hace sus poemas

*para volver a ser más puros,
quizá para volver a ser, tan sólo.*

No quiero dejar pasar de lado que también en este poema está el arranque del título y la idea del que será el siguiente poemario de Antonio. La recurrencia al espejo como símbolo, que apenas se había dejado notar en *Meditación...*, se hace constante aquí, y también hemos visto como su inmersión en la memoria es cada vez más despiadada. Precisamente Mozart, Bach y Beethoven son las aldabas que, levantadas, abren el recuerdo a una infancia en la que la música estaba siempre presente en la casa paterna. No es, pues, extraño que sea Mozart quien *resuma el tiempo en nuestras sienas* y que se anuncie *El clavicordio ante el espejo* con esos versos en los que se invita a W. Amadeus a beber y cantar en una tarde de lluvia y melancolía:

*aunque algún clavicémbalo nos hiera
las perdidas memorias, los espejos
de lejano mirar.*

Los «Augurios y memorias» se cierran con dos poemas muy significativos. En uno, «Acceso a la renuncia», aparece la metáfora del cuerpo femenino como «territorio del fuego», que será el título del libro publicado seis años más tarde:

*... cuando tu cuerpo era
la patria indiscutible de mi pulso,
sediento atardecer de mis centauros,
territorio del fuego.*

Pero el poema es, sobre todo, interesante en el contexto porque marca el punto de inflexión de todo el poemario. Lo que era duda y presagio se convierte en evidencia: no hay esperanza de vencer y sólo queda la aceptación de la derrota. La imagen sobrecoge: el poeta, vencido, dialoga con la amada:

ese fui yo.

Pero también ella, el lábaro que empujaba a la lucha, es

*un sueño
de cercanos otoños escondido
en el lento cantar de tu cintura.*

El cuerpo de la amada «era» la patria, el territorio del fuego; lo que de ellos queda «es» sólo

*pretexto de una historia, casi arcilla,
agua que se derrumba lentamente
en este espejo inútil que es el tiempo.*

El último poema es de una rigurosidad extrema en la construcción y podría ser considerado como resumen y cifra de la poética de Antonio y, por supuesto, como síntesis de las tres partes de este poemario:

Primero será un fuego (...)
después serán las brasas (...)
y luego la ceniza
resumiendo la nada (...)
Mas seguirán unidas nuestra manos
a pesar del olvido.

Sería, sin duda, el obligado cierre del libro... si el hombre, ser para la muerte, aceptara una derrota con nulas o mínimas condiciones. Pero la visión del poeta es fijar la belleza efímera. En palabras de Cernuda: «fijar la belleza transitoria del mundo que percibe, refiriéndola al mundo que presente»³³. Ya se ha dicho repetidas veces: cada poeta, cada persona toma un arma para la lucha contra el tiempo; la de Porpetta es la del asimiento al amor, a la amada: lo más mutable, haciéndose eterno. El hombre enamorado es incapaz de ver cómo a su alrededor todo muere. Retomando al autor de «Ocnos»: «Algunos creyeron que la hermosura, por serlo, es eterna (...) y aun cuando no lo sea, ello y su contemplación son lo único que parece arrancarnos al tiempo durante un instante desmesurado»³⁴.

Esto exactamente representan los poemas de la tercera parte del libro: una exaltación de la belleza efímera del cuerpo, cauce por el que el río humano penetra en el mar de lo inmutable. Desde esa idea de partida se construye un breve pero intenso camino en el que lo erótico -al decir de Leopoldo de Luis- «cobra un sentido último de poesía existencial»³⁵.

Son, como dije, doce bellísimos poemas a los que se podía añadir dos, al menos, incluidos en la primera parte. En ellos, sin olvidar que «el frío espera afuera», hay un cambio de tono: el ascético *ubi sunt?* de los primeros poemas deja su lugar al hedonista *carpe diem!* En este entorno, la sensualidad mediterránea de Porpetta se desborda a través de un lenguaje exuberante; en mu-

³³ Incluido en *Poesía y literatura*, pág. 199. Seix Barral, Barcelona, 1965.

³⁴ *Ocnos*, pág. 37. Taurus, Madrid, 1977.

³⁵ *Revista Nueva Estafeta*, Madrid, enero, 1983.

chos momentos es una poesía para leer en voz alta, dejándose llevar tan sólo por la cadencia de los sonidos. Todos los sentidos tienen su fiesta, aunque quizá el tacto y el olfato sean los más llamativos. Buen ejemplo es esa «Balada de tu nombre», en la que en 25 versos se derraman los olores de 18 plantas aromáticas, o la «Balada de tus manos», en las que *hay un aroma lento de caminos*, en las que se levanta una espiga, se oyen las campanas, florece la madreSelva, se duermen los tomillares, renacen los cipreses...

Por dos veces se describe la más incruenta de las batallas, dulce derrota de los cuerpos y, al mismo tiempo, única victoria de los amantes sobre el tiempo. Es, en fin, un canto de posesión, sí, con todos los tópicos de la poesía amorosa pero, al cabo, un canto estremecido porque llegará

*una noche intrusa
(que) convierta nuestro asombro en intemperie.*

Por eso, en cierto modo, estos poemas tienen más de elegía amorosa, más cercana a Aleixandre y Cernuda -deudora de Quevedo, por supuesto- que de Salinas o Neruda, poetas estos últimos con los que algún crítico ha querido ver concomitancias.

El poemario acaba con un intencionado cierre del círculo abierto en el primer verso del libro. Este comenzaba con un «antes de ahora» en el que la amada iba concretándose *desde tiernas galaxias y mares olvidados* en el ser presente. En ese «Primer interrogante» el poeta afirmaba su predestinación enamorada. En el último poema, «Interrogante final», que comienza con un correlativo «después», los amantes se diluyen en el cosmos con la seguridad de que renacerán

*juntos a una vida remota,
bajo distinta piel,
con diferentes lunas y arrecifes
marcando nuestras frentes.*

La fe en el eterno retorno de las cosas, sobre todo la fe en el amor como motor del mundo, cierra este poema que, ciertamente,

rompe la tensión conseguida en todo el libro, puesto que la frágil confianza de acabar siendo sólo ceniza enamorada es sustituida ahora, en estos versos triunfales con los que termina el libro, por una victoria segura sobre el tiempo:

*pero nos amaremos,
seguiremos amándonos
con este mismo amor de espejo y lejanía,
vencedores del tiempo,
dueños indiscutibles
del ayer y del siempre.*

Un lector atento deberá contrastar este final con los correspondientes de la primera y segunda parte del libro. No le pasará desapercibido el estrecho paralelismo impuesto por el poeta, pero notará claramente que estos tres últimos heptaslabos, irremediablemente, han roto el fundamento tan laboriosamente trabajado a lo largo del poemario. Y es que, a veces, un final feliz puede ser una necesidad sentirlo, aun sabiéndolo como engaño.

6. EL CLAVICORDIO ANTE EL ESPEJO

Las ventanas abiertas, siempre abiertas.
Participando en la vida desde la contemplación,
incorporándola a nuestro ser, compartiendo su fuego y su ceniza. Si hay que acudir a la autobiografía, que sea desde el alféizar, nunca de espaldas a la luz.

(Intento de poética XXIV)

La patria del escritor es su infancia. Este es un axioma común a todos los escritores, a todas las personas, escriban o no, pero que se hace todavía más evidente en los poetas. En Antonio Porpetta podríamos decir que el hombre es memoria. Se escribe desde el recuerdo o desde la ansiedad, es decir, escribimos lo que hemos vivido o de lo que es motivo de nuestro no-ser. Podemos encontrarnos en una u otra bifurcación, pero ambos caminos llevan al mismo anhelo: querer permanecer vivos más allá de la muerte, querer mantener encendido un instante que ya es ceniza o pretender darle carne y sangre presente al momento que nunca podremos vivir. Y para aventar esa ceniza y convertirla en llama el poeta no posee sino el conjuro de la palabra mágica, la palabra única capaz de dar vida a lo que sólo es tiempo descamado en los demás mortales.

A lo largo de estas páginas que llevo escritas sobre la poesía de Antonio Porpetta he podido constatar su fijación por el tiempo derrumbado. Es el cañamazo que urde toda su obra. Esta, no hay duda, es una característica común a muchos poetas. Pero la im-

pronta porpettiana es querer dar razón de nuestro particular tiempo presente por los ecos que perviven del pasado; o mejor: todo el pasado sigue rehaciéndose en el presente que, a su vez, ilumina el futuro. El lector puede comprobarlo especialmente en casi todos los poemas de *La huella en la ceniza*, en el hermosísimo titulado «Las huellas redimidas» de *Cuaderno de los acercamientos*, en todos los que constituyen *Meditación de los asombros*.

Ardieron ya los sándalos, que puede considerarse como una inmersión en el tiempo conjunto de la pareja enamorada, es el claro punto de partida de EL CLAVICORDIO ANTE EL ESPEJO. En él hay ya varios poemas que prefiguran la línea de este nuevo libro. En «Algo así como un presagio» -tan sugerente ya el título- Antonio escribe:

*El frecuentado espejo nos abría
un infinito mundo de palabras (...)
Tomó forma la sombra: las siluetas
concretándose fueron en latidos,
cuajando vida al fin, llenando
nuestro aliento de espacios.
Suprimido el dintel, anchísimos umbrales
nos cruzan la mirada.*

El símbolo del espejo ya había aparecido en otros poemarios suyos; lo mismo, y más frecuentemente, la música, algunos instrumentos musicales habían sonado en las páginas de sus libros; ya vimos como el clavicordio y el espejo se unen en la memoria en su poema «Monólogo con Mozart en tarde de lluvia». Se podrían aportar otros muchos versos, pero baste con recordar de nuevo los que cierran «*Ardieron ya los sándalos*»:

*Quizás nunca sepamos quiénes fuimos
y nuestros viejos nombres sólo sean
como una oscura música.
Pero nos amaremos,
seguiremos amándonos*

*con este mismo amor de espejo y lejanía,
vencedores del tiempo,
dueños indiscutibles
del ayer y del siempre.*

Si ahora el lector abre la primera página de *El clavicordio...* encontrará que el clima poético, el ritmo, la palabra, no ha variado. Tan sólo que la pareja ha quedado por un momento deslazada y el foco de atención se concentra ahora en el personaje masculino. Durante los 10 poemas dobles de *El clavicordio...* y en los 24 poemas de *Los sigilos violados* nos va a hablar de sí mismo, desvelando sus más íntimos secretos, como *autoviолando mi propia intimidad*, le comentará Antonio a R. Hiriart³⁶. Después de estos dos libros de desnuda confesión, la pareja volverá a encontrarse, ahora ya *dueños indiscutibles del ayer y del siempre*, en los versos ardientes de *Territorio del fuego*.

EL CLAVICORDIO ANTE EL ESPEJO obtuvo el Premio Hilly Mendelssohn de Poesía, convocado y concedido por primera vez por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles el 11 de noviembre de 1983. El libro se publicó el 14 de febrero del año siguiente. A la convocatoria se presentaron 76 libros de poesía inéditos y el tribunal, presidido por Guillermo Díaz-Plaja, apreció la original y perfecta construcción del poemario de Porpetta, así como la consumada maestría del verso.

Lo sorprendente de este libro, considerado por la crítica como el más acabado de Antonio, después de *Meditación de los asombros*, es que lo gestó y lo terminó en tan sólo 38 días, entre julio y agosto de 1983. Por esas fechas estaba escribiendo los poemas de lo que sería *Los sigilos violados*, libro para el que había recibido, a finales de 1982, una Ayuda a la Creación Literaria; sin embargo, como él mismo recuerda en carta a quien esto escribe, en un viaje a Valencia a principios de julio de 1983, *se me cruza la idea de otro libro en el que los poemas fueran por parejas, etc., etc.,... y, a pesar de estar escribiendo «Los sigilos...» con fecha fija, lo dejo casi todo y*

³⁶ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 155.

me dedico de lleno a «El clavicordio...», cuyos 21 poemas escribo íntegramente en 38 enfebrecidos días, junto a otros poemas de «Los sigilos...».

Este, del que ya había compuesto 14 de los 24 poemas de que consta, fue terminado un mes después de acabar *El clavicordio...*

Para un lector atento a la obra porpettiana no cabe duda alguna de ese «cruce mental» y del paralelismo existente entre el poema «El niño», de *Los sigilos violados* y la idea nutricia de *El clavicordio...* El 2 de julio de 1983 Antonio escribe el poema al que hago referencia; en él nos habla de la imagen de un niño, de cualquier niño azuzado por los perros de la guerra. Desde el recuadro de un periódico, la imagen del niño desvalido llega a nuestra bien surtida mesa donde desayunamos:

*Hay un niño que llega cada día
ofreciendo su mínima intemperie
sobre el claro mantel del desayuno...
Viene desde muy lejos (...)
... derrumbó su infancia en un instante (...)
... Nunca nos pide nada, sólo mira
desde un viejo silencio...*

Pues bien, en esos momentos se produce la simbiosis. La imagen de ese niño que viene de muy lejos, desde la intemperie, es ese mismo niño-hombre reflejado en el espejo de la habitación donde escribe. Y de inmediato ese río subterráneo emerge: entre el 9 de julio y el 15 de agosto, Antonio escribe 24 poemas, de los que tres irán a *Los sigilos...*, si bien los titulados «Las cúpulas» y «Teoría del tiempo», incluidos en este último libro, es difícil separarlos del tronco común que une a los de *El clavicordio...*

El libro, además de un breve preludeo -que podría servir perfectamente también como epílogo- está formado por 10 poemas dobles, es decir, un poema unitario en el tema está dividido en dos tiempos, el del recuerdo e impresión de un hecho, ser o circunstancia de la infancia, y la correspondiente trasposición del efecto a la vida actual del poeta. Y hay que decir que, si no en todos, en bas-

tantes el poema termina con un futuro condicionado. Véanse «El amor», «Los sueños», «La intemperie», «La lluvia», «La muerte», «El silencio»... Lo curioso es que sólo cinco de estos poemas fueron compuestos el mismo día o en días consecutivos al de su comienzo. Para un estudio especializado en la creación poética quedaría la explicación del apasionante proceso de la formación del poemario.

Leopoldo de Luis define esta poesía como de «reactualización más que de retrospectiva; la memoria queda relegada a función de agente movilizador»³⁷. Es también autobiografía, evidentemente; es radiografía de determinados surcos del alma que, sin ningún pudor, la expone a los lectores: *si hay que acudir a la autobiografía, que sea desde el alféizar, nunca de espaldas a la luz*, había escrito en su *Intento de Poética*.

Formalmente este es un libro que se caracteriza por su perfección. Parecería, si no supiéramos de la intuición del poeta y de la rapidez como fue concebido y terminado el poemario, que se hubiera trabajado con la intención de hacer un perfecto encaje de piezas. La técnica del contrapunto preside todo el libro; la melodía y el silencio crean la atmósfera mágica en la que se anudan sueños, paisajes, amor, Dios, muerte; a un determinado número de verbos en pasado, en un poema impar, le responde una misma cifra de tiempos en presente en el par; a la lentitud «maestosa» de un poema, le contrapuntea el vivaz ritmo impuesto por la polisíndeton y el encabalgamiento en el complementario; a los versos heptasílabos, rápidos, en un poema que rememora la infancia, se oponen los versos endecasílabos, alejandrinos incluso, en su poema-reflejo de la madurez.

El ritmo, tan cuidado, tan propio de toda la poesía porpettiana, es aquí elemento primordial. Como buen ejemplo, cabe leer en voz alta el poema titulado «La isla», donde alternando endecasílabos y heptasílabos, y buscando el eco del paralelismo y el que produce la aliteración, consigue el efecto sonoro del batir y alejarse de las olas sobre la playa.

³⁷ Rev. Insula, Madrid, mayo, 1984.

Podemos, más que en otros libros de Porpetta, considerar este como un sólo poema, una sola melodía de la nostalgia que contiene veinte variaciones sobre una misma nota. Si en *Meditación...* esa melodía tenía a veces un contrapunto violento, grito a veces incontrolado de rebeldía, en *El clavicordio...* es siempre susurro, tenue susurro de lluvia tras los cristales.

Y con esa «música callada», el símbolo del espejo:

El espejo para mí es un símbolo de la memoria, unas veces, y de la atracción de lo desconocido, otras. Siempre me han atraído los espejos: ¿qué hay detrás de ellos? ¿qué imágenes retienen? ¿qué latidos conservan de todo lo que, a través de los años, se reflejó en ellos? ¿qué pasa con los espejos contemplados en plena oscuridad? ¿Por qué esa sensación de herida, cuando no de muerte, cuando rompemos un espejo? Hay que tener mucho respeto a los espejos: son casi seres vivos, algunas veces peligrosos, otros misericordes. Siempre, siempre, mágicos³⁸.

El espejo como símbolo está ya en sus primeros libros. En *Cuaderno de los acercamientos*, como vimos, la última parte del poemario se unifica bajo el epígrafe «Ante el espejo» y, véase la coincidencia -o, lo que es lo mismo, los motivos recurrentes en la obra de Antonio- aquella parte del libro, como ahora *El clavicordio...*, lleva una cita de Vicente Aleixandre y está -todo él- dedicado a su padre, *a su callada música, a sus libros cerrados*.

Si buceamos ahora un poco en esos diez fanales de la memoria que suponen los poemas impares del libro nos encontramos con una autobiografía no organizada cronológicamente sino atendiendo a diez impactos emocionales. En el primer poema descubrimos a un niño sensible en un entorno hosco y deshumanizado, donde el afán del dinero ahoga toda ansiedad de belleza o eternidad:

*una lluvia de cobre sepultaba
la rebelión del viento,*

³⁸ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 160.

*la rítmica liturgia de las máquinas
silenciaba los astros,
ninguna primavera
ardía en la tristeza de sus calles.
Y las gentes de arcilla
ignoraban las voces del crepúsculo
hambreando con furia
su metal cotidiano.*

Allí, un río por el que apenas corre agua en su cauce, un río *sin nombre ni memoria* y un mar que se adivinaba cercano, *a la distancia justa del grito y de la lágrima*, son los símbolos reales de una clara sed de algo que no puede satisfacer en la ciudad natal:

*Durante algunos años
hubo un niño que quiso ser gaviota,
y en las sedientas tardes,
cegado y malherido por el páramo,
tristemente volaba
sobre un acantilado de trigales.*

También de la ciudad materna son los recuerdos de *las primeras semillas de una lumbre dulcísima y feroz*, el despertar amoroso. Y son de la ciudad primera los juegos en la vieja estación de ferrocarril y en los adarves del derruido castillo. Allí, un niño en extremo sensible, retraído, soñador, buscaba *manantiales de cúpulas y alondras en el aire* o se refugiaba en la iglesia, ensimismado, atraído por el brillo de los ojos de una imagen de la Virgen, *hermosa como el agua*, o desasosegado ante el cadáver macilento de un Cristo *atezado de espinas y puñales*. Y vemos a ese niño esconderse entre las sábanas, asustado por su propia imaginación en la noche, sin que nadie acuda a mitigar su espanto:

*nadie supo
de la larga pavora de mis noches,
del terror de mis ojos*

*alentando la aurora,
ni del llanto escondido en las almohadas.*

Por fin, el niño comienza a alejarse de su infancia cuando la muerte penetra por primera vez en el entorno familiar. La muerte de la abuela Clotilde en 1947 (tenía Antonio 11 años) suponía *la primera puerta que se cerraba en mi azulada infancia*.

Los destellos que se escapan por las rendijas de la memoria retratan una infancia con excesivas sombras. Un psicoanalista podría desarrollar una interesante «teoría de la espera» con los siguientes datos repetidos que se esparcen en los poemas impares: una ciudad ajena, extraña a su imaginativo mundo interior; la ausencia flagrante -y flagelante- de amigos en sus juegos, juegos infantiles, por otra parte, sustituidos con frecuencia por una diversión más intelectual o menos propia de los niños de su edad; la carencia de una afectividad fraterna o maternal (nunca aparece la hermana, no hay una sola referencia a la madre) aunque abundan, en cambio, recuerdos vibrantes de cariño al padre o a la abuela paterna. A esta se la evoca como *un liviano cristal, una campana de tiernísimo bronce*:

*Y en la alegre verdad de su mirada
yo averiguaba, hondas,
mis lejanas raíces.*

Del padre, quien ya en esos momentos en los que Antonio publica el libro sufría su última enfermedad que le llevaría a la muerte en 1985, escribe sentidos versos. Los dos últimos poemas del libro son un emotivo homenaje al hombre que le hizo amar la música, y la presentida muerte del médico Porpetta provoca en el hijo uno de sus mejores poemas: «El silencio».

*Y aquel árbol,
aquel hermoso nido de campanas
que yo creyera indemne pedernal,
muro de luz, eterno manantío,*

*es un parvo jilguero
cuyos dedos ya tientan los alcores
de la oscura frontera.*

En los diez poemas pares, el propio poeta es quien hace su mejor psicoanálisis. Veamos.

Del *hosco recinto que nunca comprendió las primaveras* escapó para ser *un ciudadano del aire*, pero es consciente de que siempre *el destierro me nace en la garganta*. Aquel niño que no tuvo río ni mar, se ve hoy a sí mismo como *una isla entre cadenas*, siendo *yo mi propio río alzado en llamaradas*. En los diez poemas del presente vemos también a un hombre acosado por el tiempo, derrumbado por el desaliento del que se sabe al fin vencido. Este es un poemario no sólo de la nostalgia; también, mucho, del desconsuelo. Es significativo que, prácticamente todos los poemas del presente, acaben con la visión trágica de un futuro vencido por el tiempo. Así, por encima de la imagen esplendente de la amada tras el acto de amor, se superpone el reflejo de la desolación corporal tras el oscuro trabajo del taladro tenaz del tiempo, o bien la evocación del castillo destruido le lleva a esta conclusión:

*Somos como castillos desolados
cayendo poco a poco entre el silencio
de este arrabal oscuro que es la vida.*

Esa conciencia del derrumbamiento, de vivir *una noche que no termina nunca*, se adensa y estremece más a medida que avanza el poemario. En los cinco últimos poemas pares ya no hay una mirada o reflexión sobre lo tangible, lo concreto, como ocurre en la primera parte del libro; ahora la conciencia de la irremediable soledad humana, de ser sólo para el silencio, le ha anegado toda esperanza sobrenatural. El *ubi sunt?* de *Meditación de los asombros* emerge ahora acentuado en la referencia a nosotros mismos, y ya ni siquiera hay fuerzas para gritar un *carpe diem!* que incluso estaba, como vimos, sosteniendo el otro pilar de *Meditación...*

*... y jamás descubrimos
adónde van las voces, las miradas,
el calor de las manos, los secretos
archivos de las frentes.*

También es significativo que en los últimos nueve poemas se repita la palabra «silencio», hasta convertirse realmente, por su valor metafórico, en el verdugo que acallará definitivamente la melodía del clavicordio. En el último poema, el silencio se ha extendido sobre la casa familiar, ha cubierto la vieja gramola en la que el niño empezó a amar los sonidos, y ha velado la huella de los espejos... En el silencio se está diluyendo la sombra del padre, incapacitado para la palabra y el gesto. Porpetta, al cerrar el libro, no deja ningún resquicio a la esperanza:

*Y ya todo es silencio.
Y una herida lentísima
avanza por la casa, quedamente,
como el largo finale
de algunas sinfonías.
Hasta que llegue el triunfo de la noche
y en la memoria caigan derrumbadas
las últimas infancias.*

Cuando el clavicordio enmudece, cuando el lector cierra el libro, siente que ha participado plenamente en el concierto: hemos estado escuchando la melodía de nuestro propio clavicordio, de nuestra propia memoria, y nos hemos visto reflejados en la misma imagen del espejo que devolvía la del poeta. Quizá no sea otra la misión de la poesía.

7. LOS SIGILOS VIOLADOS

En el centro del poema, siempre, el hombre. No hay auténtica poesía si en ella no campea el humano acento, tanto más profundo cuanto más solidario.

(Intento de Poética XI)

Para conmemorar el número cabalístico 7 (es mi séptimo libro de poesía) quise reunir en un poemario los temas que aparecen con más frecuencia en mi poesía, aquellos que constituyen mis motivos fundamentales de preocupación poética, y por lo tanto humana: el hombre, el tiempo, la muerte, el amor, la nostalgia, etc.

El planteamiento era tan directo, tan abierto, que a medida que lo escribía me iba sintiendo más y más desnudo, como desvelando al aire mis más íntimos «secretos», como «auto-violando» mi propia intimidad. De ahí vino, en consecuencia, su título: «Los sigilos violados», que también da nombre a una de las cuatro partes de que se compone³⁹.

A finales de 1982 Antonio había recibido una Ayuda a la Creación Literaria que le concedió el Ministerio de Cultura. Inmediatamente comenzó a escribir lo que largamente había madurado en su ya típico proceso de gestación de un libro. El mismo día de Año Nuevo, como si de un rito o promesa se tratara, tres tañidos de campana se esparcen por el valle donde está

³⁹ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 155.

situada Torremozas: Antonio ha escrito los tres primeros poemas «El vencido», «Reivindicación de las estrellas» y «Salutación a la tristeza»⁴⁰. En los primeros quince días de enero, la finalización de once poemas parece asegurar la rápida terminación del libro; sin embargo, con la excepción de dos poemas escritos en abril, no se reanuda hasta comienzos de julio. Entonces, como vimos al hablar de *El clavicordio...*, ambos poemarios se entrecruzan y, acabado de un tirón este, Antonio termina *Los sigilos...* el 4 de septiembre de 1983, cuando escribe el poema titulado «La memoria».

El clavicordio... obtendrá el Hilly Mendelssohn el 11 de noviembre; *Los sigilos...* ganaba la VII Bienal de Poesía Provincia de León en enero de 1985, y ambos libros de íntima biografía, como respondiendo a un pacto con el destino, se publicaron en las fechas de cumpleaños del poeta: 14 de febrero de 1984 y de 1985, respectivamente. Y para que no faltaran coincidencias, también en febrero, en 1987, *Los sigilos violados* consigue el Fastenrath de la Academia Española, premio que, como se sabe, se concede cada cinco años a uno de los libros publicados durante ese período de tiempo.

Estamos, pues, ante un poemario con aureola. El hombre que aparecía dibujado en el espejo, reflejo del niño avivado por el clavicordio de la memoria, descubre aquí, quiebra, los últimos sellos que ocultaban su intimidad. Son, lo dice él mismo, los sellos que acuñan su poesía y son, también, las señas de su identidad. No eran ningún secreto: desde su primer libro Porpetta ha escrito siempre «desde el solar en construcción del alma / porque nada está vivo sino ella». La cita de Rosales que encabeza *Los sigilos...* podría encabezar igualmente su obra completa porque sabe bien y sigue Porpetta el axioma de Angel González: todo lo que no es autobiografía es plagio.

Los temas poéticos de su obra son los mismos eternos temas de todo poeta: *En poesía todo está dicho, no nos engañemos, porque los*

⁴⁰ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 164, anota que el poeta cuando termina un poema, sea la hora que sea, tañe una hermosa campana de convento que cuelga en el interior de su torre-refugio.

*temas poéticos son cinco o seis: muerte, amor, tiempo, soledad, temor... Se trata de decir lo mismo, sólo que de forma distinta*⁴¹.

¿Y cuál es el tratamiento distinto de Antonio Porpetta? La respuesta está en su sensibilidad mediterránea; los temas de siempre están expresados con el esplendor sensorial y verbal tan propio de la mediterraneidad y el estremecimiento existencial queda atemperado por una íntima melancolía que fluye mansamente, sin patetismo. La sonoridad, el ritmo del verso, la seducción de las imágenes impregnan de sensualidad la raíz más amarga. Precisamente ese poder de la imagen y su fuerte evocación hace -al decir de Florencio Martínez Ruiz- que «haya convertido a su poesía en una de las visualizaciones más atrayentes del lenguaje poético»⁴².

El libro está dividido en cuatro partes: «Historia del hombre», «Los sigilos violados», «Dramatis personae» y «Motivos condicionales». Hay, por supuesto, un claro eje constructivo, pero es el libro con menos unidad interna de todos los de Porpetta, a excepción del primero.

El poema inicial, «Historia del hombre», largo poema dividido en dos bloques, es la presentación de ese ser, luz y sombra, del que se hará intérprete el poeta cuando en los siguientes poemas -en la segunda parte del libro- vaya desvelando los secretos que le constituyen, mostrando los diversos rostros de una misma alma -«Dramatis personae»- y acabe con unos poemas apelativos, dirigidos a un «vosotros», a todos los hombres, que mantienen la estructura dialéctica del que inicia el libro: son los poemas de «Motivos condicionales».

Es un hallazgo que el poemario comience con una conjunción ilativa y una interrogación retórica:

¿Y qué decir del hombre...

⁴¹ Rosario Hiriart, op. cit. pág. 147.

⁴² F. Martínez Ruiz: *Porpetta, un Fastenrath con vida dentro*, Diario ABC, Madrid, 26-2-1987.

Creo que la intención de continuidad con los sellos personales ya desvelados en *El clavicordio ante el espejo* es manifiesta. Allí era el niño quien recibía la salvación por la memoria; aquí es el hombre, que se redime por la palabra.

Veamos sucintamente el camino de salvación propuesto por el poeta.

La construcción del primer núcleo del libro es francamente interesante. «Historia del hombre» puede ser muy bien un poema épico, y a eso ayuda un léxico grandilocuente y una métrica intencionadamente quebrada. El hombre

*ese montón oscuro de temblores
que lanza desde el frío
su mirada de arbusto...*

aparece en la primera parte como un dios *dominador de ventisqueros*, de montes y de ríos, *señor del trueno y de la aurora*. Con la misma técnica de contrapunto que vimos en *El clavicordio...*, en la segunda parte del poema, el hombre es, por su propia culpa, un dios al que

*una seda invisible
que tejieron arañas implacables
fue encadenando en su guarida,
robándole sus alas,
cercenando su sed...*

La imagen del héroe caído, atado a las columnas, *indagando la vida con sus ojos de esparto*, no es la de un ser abstracto, la del hombre genérico, sino

*la intemperie derramada
en mis propios espejos.*

Consecuentemente el esfuerzo del poeta será liberarlo, liberarse a sí mismo de las cadenas, romper la seda invisible de las arañas. Todos los sellos levantados en el segundo núcleo del libro tienen ese objeto: conocerse es liberarse. Y todos los sigilos vio-

lados suponen el conocimiento puro y simple de los temblores humanos y de los generadores poéticos de Antonio Porpetta.

¿Qué encierran estos sigilos? En los 10 poemas que se agrupan bajo este epígrafe está, ya en los títulos, la enunciación de sus temas poéticos: la persecución de los sueños («Las cúpulas», «Reivindicación de las estrellas»); la lluvia generosa de la nostalgia («Retrato en amatista», «Salutación a la tristeza»); la permanencia en la memoria («Las voces»); la larga herida del tiempo («Intemperie», «Teoría del tiempo»); la libertad encontrada en la palabra («Las palabras») y, como resumen de todo el inventario, la lumbre duradera del amor:

*Por el amor se salva
nuestro pobre inventario,
tan sólo por su aliento
suma y sigue la vida.*

Son, evidentemente, los ejes en los que giran todos sus libros. También es verdad, como hemos dicho, que son los temas eternos de la poesía, pero vale la pena recoger aquí la particular reflexión que Porpetta hizo sobre algunas de estas cuestiones en sus conversaciones con Rosario Hiriart.

El tiempo:

Yo no me propongo casi nunca, de una forma directa, el tema del tiempo en mi poesía, conscientemente. Pero va surgiendo en mis poemas como una música de fondo que nunca me abandona. A veces, aunque yo mismo no lo quiera. Vivimos en el tiempo y somos tiempo. El tiempo nos hace y nos deshace. Hay una edad en la vida, distinta en cada persona, en que el equilibrio entre memoria y esperanza se rompe para siempre, y cada vez es mayor la memoria y menor la esperanza, con la consiguiente merma progresiva de posibilidades de realización. Sólo reutilizando materiales de la memoria, haciéndolos revivir, convirtiéndolos casi en momento presente,

puede contrarrestarse ese desequilibrio, aunque ello, por supuesto, no frene el paso devastador del tiempo, porque no deja de ser un juego, una especie de autoengaño...

Me preocupa mucho esta «herida larga» que el tiempo va dejando en las cosas y en las personas... Todo lo derruido -sea humano o no-, todo lo que fue y está dejando de ser, siempre me provoca una ternura especial, un dolorido llanto interior⁴³.

En «Fugit tempus» escribe:

*... Pero si el tiempo quiere
reclinar su cabeza en vuestro hombro (...)
hacedle con ternura
una cuna de luz en la memoria (...)
Vigíladle:
mientras el tiempo duerma
seremos inmortales.*

La muerte:

No me preocupa la vejez como tal pero sí las posibilidades de deterioro mental -o de deterioro físico con repercusiones indirectas en lo mental- que la vejez suele conllevar.

No me asusta la muerte propia. Es como una aventura más, quizá definitiva. Pienso que la muerte no es más que el comienzo de un gran viaje, un viaje lleno de sorpresas, aunque no sepamos a ciencia cierta si podemos regresar de él. Pero que ha de ser hermoso, con toda seguridad.

Lo que sí quisiera es una muerte digna, como una rendición sin condiciones, pero llevada a cabo con cierta altivez. Yo la imagino luminosa, tierna, repleta de posibilidades, aunque también de dudas... Lo que me preocupa es si la muerte trará consigo el prescindir para siempre del amor a mi gente, a mis cosas, a mis paisajes, aunque me esté vedado el participar

⁴³ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 169-170.

directamente en ellos.

... Quizás la muerte sea sólo y exclusivamente memoria, sin que quede ya ni un ápice de esperanza. No me disgusta tampoco, ni mucho menos, esta posibilidad⁴⁴.

En «Retrato en amatista» escribirá:

*Pero la muerte tiene
sus anchas claridades, universos
de ámbar, playas inagotables
de arenas como estrellas
donde el sol es más justo
y el mar lleva en sus alas un perfume
de inaccesibles rosas
que imanta y enamora.*

Dios:

No me considero una persona religiosa, en el sentido tradicional de la palabra, pero sí tengo la convicción de que mi vida está ligada y en cierto modo condicionada a una fuerza superior cuyas dimensiones, significado y límites de acción no llego a comprender ni alcanzar. Creo en esa fuerza superior que, para entendernos, podemos llamar Dios pero no creo en la posibilidad de unas relaciones directas del hombre con Dios: sería demasiado presuntuoso por nuestra parte, aunque nos conforte el creerlo y considerarnos individualmente protegidos. Pero sí creo, en cambio, en un acercamiento del hombre a esa fuerza a través de su identificación con la naturaleza y con todas las manifestaciones del arte, de la ciencia y de la técnica, y en una participación del hombre en los destinos superiores de esa fuerza por medio de su propia obra de creación⁴⁵.

⁴⁴ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 170-171.

⁴⁵ Idem, op.cit., pág. 198.

No hay en *Los sigilos violados* un poema que hable directamente de Dios, lo cual ya es un síntoma a tener en cuenta. Sin duda es en *El clavicordio...* donde se encuentra más explícitamente desarrollada su idea de la divinidad. Así en los poemas «La imagen» y «Dios».

La palabra:

Amo profundamente «la palabra», disfruto con ella, soy feliz descubriéndola y manejándola. Entre otras cosas, porque creo que la palabra es lo único que me hace verdaderamente libre. Las posibilidades de nuestra lengua son infinitas, y no puede quedarse uno en lo meramente convencional. Esto no significa que el poeta tenga que contentarse sólo con eso, pues ello supondría caer en un preciosismo hueco, en un mero estilismo sin mayor trascendencia... Aparte de la originalidad en ideas y en recursos poéticos y de la certera utilización idiomática, creo que no hay auténtica poesía sin emoción.

El poeta da vida a la poesía, pero también la poesía da vida al poeta. Hay entre ambos una relación de mutua entrega, de enamoramiento, de rendición... La obra es una parte de la vida del poeta, o un alargamiento, una continuación de su misma vida⁴⁶.

En *Los sigilos violados* hay un poema que lleva por título «Las palabras». Su estructura, 48 heptasílabos en dos columnas, permite a veces una triple lectura. Allí escribe:

<i>Vosotras sois mi patria,</i>	<i>mi único universo:</i>
<i>sólo con vuestro aliento</i>	<i>puedo habitar sin llanto</i>
<i>esta vieja intemperie,</i>	<i>esta piel fatigada.</i>

⁴⁶ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 158.

Vosotras me hacéis libre:

en vosotras renazco.

La tercera parte del libro es un buen ejemplo de poesía narrativa: «Dramatis personae». El título nos hace pensar en la caracterización -interna y externa- de los personajes que van a interpretar una obra dramática: un niño que *lleva la herida grande de todo el universo*; un esclavo que un día siente la libertad del mar y *ya siempre sus ojos / se alzarón acechantes desde el suelo / con la lenta esperanza de los tigres*; el vencido en todas las batallas, espejo fiel del vencedor efímero; un loco, el loco sin nombre de cada pueblo, por el único en cuya muerte lloran los pájaros; la estatua del héroe, ya sólo bronce y piedra ajena a la vida; y la tierna imagen del anciano liberado, «redimido» de su azada y pobreza campesina, que muere de añoranza en la gran ciudad. Son seis personajes que hallan su autor, seis caras de un mismo drama; personajes, máscaras dramáticas, símbolos claros de una cierta ansiedad: todos los personajes, también el «héroe» que vivió para ser estatua y nido de palomas, son uno: el hombre en su dramática búsqueda de la felicidad.

Pero no estamos ante una poesía social. Estoy totalmente de acuerdo con María Dolores de Asís:

«Nos encontramos, a pesar de lo que podía parecer por la índole de la temática, lejos de la poesía social. Se tratan los temas desde una comunión solidaria. La poesía ha trascendido, para llevarlo a la cumbre de lo hondamente humano, la circunstancia concreta; ha desvelado en sus exigencias el estar con nuestros prójimos desde el hecho de compartir la misma condición»⁴⁷.

Seis poemas cierran el libro. Son los «Motivos condicionales», contruidos también siguiendo la técnica del contrapunto expresada

⁴⁷ M.D. de Asís: *Antonio Porpetta, poeta del asombro*, en *Crítica*, Madrid, mayo, 1987.

en «Historia del hombre»: tras la prótasis abierta a todas las posibilidades de realización humana y poética, la apódosis determina claramente la elección hecha por el autor. Hay en estos poemas un tono conversacional, de lenguaje directo, que los hace especialmente sugerentes. Es, en realidad, la síntesis en verso de su Poética, que publicará en 1986 en Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica. Pero, a su vez, son también otra manera de violentar los sigilos expuestos en los diez poemas de la segunda parte del libro, sólo que aquí llevando al lector a ser partícipe de la acción, a provocar en él el nacimiento de la creación poética. No sé si sería excesivo considerar a todo este apartado como una propedéutica, pero así lo sugiere el abuso de los apelativos, los imperativos, las recriminaciones y las amonestaciones. El poeta es aquí el conductor de un proceso que haga germinar en el lector las raíces de su sensibilidad, aunque no llegue jamás a escribir un solo verso:

Arboles sois (...)

*No os preocupe
la especie ni la forma:
es igual ser ciprés, nogal, olivo,
araucaria o enebro. Lo que importa
es disponer de sombra y ofrecerla
a todo caminante...*

8. TERRITORIO DEL FUEGO

No nos engañemos: todo está dicho. Pero hay que seguir diciéndolo de forma distinta. Porque la poesía es un río que no encontrará nunca su mar, aunque lo busque implacablemente. Ahí está la razón de su hermosa supervivencia. Y la gloria y miseria del poeta.

(Intento de poética XVIII)

En mayo de 1988 la editorial Torremozas, en su cuidadísima colección «El vaso de Berceo», publicaba el hasta ahora último libro de poesía de Antonio Porpetta: TERRITORIO DEL FUEGO, editado por segunda vez en abril de 1989.

Veinte poemas y un Introito componen este poemario que ha sido unánimemente elogiado por la crítica, aunque no siempre se ha entendido bien el sentido último del libro. Porque es fácil ver, en su primera lectura, que nos encontramos ante un poemario de amor, quizás ante un solo poema de amor dividido en veinte fragmentos, que expresa el gozo de la exploración del cuerpo amado y el éxtasis de la pasión amorosa. Todo el poemario está compuesto siguiendo un periplo por la geografía del cuerpo femenino: el poeta es el viajero que avanza por el territorio del fuego y va ascendiendo, siempre rodeado de señales de lumbre, hasta el centro mismo del volcán erótico para convertirse, también él, en brasa incandescente. A lo largo del camino el autor ha prevenido muchas veces al lector para que no olvide cuál es el destino del trayecto, porque, aunque es un recorrido de descubrimiento y exploración,

no es un viaje de arribada. No puede serlo conociendo las facultades del piloto y las orientaciones de sus anteriores singladuras. Por supuesto que es un poemario de amor, un original vuelo sobre todos los tópicos de la poesía erótica de siempre, pero es también una «meditación de los asombros». Una vez más, como entonces, como en *Ardieron ya los sándalos* -poemario gemelo del que ahora comento- la contemplación de la belleza, la posesión de la mujer amada, es pretexto para meditar sobre la fugacidad de la rosa. Veámoslo.

El poemario arranca con una aclaración: no se canta a una destinataria concreta; la «amada» que aparecerá en las poesías no es una sola o determinada mujer. Antonio dice que es *compendio de varias realidades que dejaron huella en la piel y en la memoria del autor*. Podría parecer una «machada» de un presuntuoso don Juan, pero es la primera señal para desnortados: después de veinte poemas a una mujer, a su cuerpo, no sabemos cómo es físicamente esa mujer: si rubia o morena, si de ojos azules, oscuros o verdes, alta o baja, delgada o gruesa... La concreción individualiza y separa. Los poemas a Helena, a Isabel, a Julia... son los de Ronsard, Garcilaso o Bécquer a una mujer determinada, y difícilmente son transfériles a otra destinataria porque quedan encerrados en los límites de la amada precisa y de la situación recordada. La amada que aquí aparece, fijada escuetamente en el Introito, se eleva sobre la mera descripción física mediante connotaciones metafísicas del lenguaje. La mujer, lo esencial femenino, en Porpetta es *varadero, brocal, acantilado y cítara de estío*. Es

*colmenera región donde la vida ofrece
la plenitud ardiente de su vuelo.*

Tras el Introito, con toda la sugerencia que lleva aparejada dicha palabra como comienzo de un canto místico o de un rito mágico, se describe el cuerpo femenino casi siguiendo el orden clásico: el pelo, la frente, los ojos, el oído, la nuca, los labios, la lengua, el cuello, los hombros, los pechos, los brazos, las manos, las

caderas, la cintura, la espalda, las nalgas... los pies, las piernas, el pubis y el sexo de la amada. Esos veinte hitos del territorio están acotados por unos marcos acuñados también en los viejos troqueles clásicos. Los epígrafes recuerdan los poemas del Cancionero General o los títulos de algunos capítulos de El Quijote. Es otra señal luminosa para navegantes. Porque tras lo que de anquilosado y tópico pueda haber en el marco, todo un arte nuevo se desborda en un derroche de símbolos y recursos de la más extrema modernidad. La poesía es recreación: *todo está dicho, pero hay que seguir diciéndolo de forma distinta*, y ese es el gran hallazgo de este libro de Porpetta: un lenguaje exuberante, riquísimo, donde cada verso es catarata de sensaciones. Frente a las metáforas clásicas sobre el cuerpo femenino, la renovación idiomática de Porpetta se caracteriza por haber sabido repristinar el valor de las palabras⁴⁸. Así, el pelo de la amada es *ese quizás selvático, el perfume del cuando, el ardor del aún, el imperio del siempre*; la nuca es *nido de cuco*; los labios son *atalaya trigal, silbo del fuego, vestíbulo feraz del mediodía*; la lengua, *pequeña meiga de roja indumentaria*; el cuello, *conjunción de cálamo y columna*; las piernas, *mástiles de la luz, arboladura de asombros verticales, alambiques donde bulle la mirra y se destila un fragor de alamedas...* y así hasta más de trescientas imágenes de una belleza y originalidad sorprendentes.

Porpetta crea neologismos (*gacelar, playura, lluviamente...*), convierte en transitivos verbos que no lo son (*tus ojos tempranos todo lo amanecen*), acumula un léxico de clara raíz amerindia en busca del lenguaje de la primera mañana del mundo (*quetzal, jaguar, puma, jacarandá, anaconda, tamarindo...*); sacraliza, ritualizándolos, términos del más crudo realismo amoroso y troca en júbilo erótico las fórmulas litúrgicas (*es justo y necesario acampar en tus trémulas praderas...*); consigue fascinantes imágenes surrealistas a partir de audaces sinestesias: los pechos son *dos absolutas primaveras, arquitectura de champán y magnolias* que nos impulsan a *respirar su sabor y a morder su aroma...* Todo lleva a la creación de

⁴⁸ Alvar, M.: *La maya florida*, en Revista Blanco y Negro, nº 3.627. Madrid, 31-12-1988.

una nueva retórica amorosa. Terminamos el libro y pensamos que lo mismo que quedaron calcificados tópicos femeninos como «cabello de oro, labios de seda, dientes de coral...», así ya, desde TERRITORIO DEL FUEGO, no será posible poetizar sobre el cuerpo de la mujer sin los referentes porpettianos. María Victoria Reyzábal dice de este libro que «habla necesariamente de lo de siempre y por primera vez»⁴⁹.

El valor de la palabra es puesto también de relieve por Manrique de Lara, quien destaca «un esteticismo sensual basado en la fuerza del lenguaje, un lenguaje retórico que se apoya en el destello fonético de los vocablos y en su trascendimiento semántico»⁵⁰. Hay, por supuesto, esteticismo y sensualidad. No podía por menos de ser así en un libro erótico, que la sensualidad empezara por la palabra misma: «el código sensorial de los cuerpos está contenido en el código lingüístico que estimula la imaginación poética del lector», escribe acertadamente María Teresa Bertelloni⁵¹.

En ese sentido, son ejemplos poemas como el dedicado a las manos de la amada, los «Hai-kais de la luna llena» o el que cierra el libro. Los 44 verbos del poema XII, «Donde las manos de la amada, con su destreza, protagonizan una hermosa aventura», adquieren su flagrante erotismo en la declamación expresiva, cuyas variaciones de voz afecten a la velocidad, a la intensidad y, sobre todo, a la melodía o entonación. La construcción rítmica, e incluso la disposición tipográfica, es uno de los mejores hallazgos del libro. La fuerza de los tetrasílabos, la precipitación producida por la anáfora del adverbio temporal, la sugerencia del único sustantivo -la noche-, la disposición formal, casi caligramática, de los versos... todo conduce a un paroxismo erótico. Otras veces, en medido contraste, el ritmo lento impuesto por el alejandrino logra una

⁴⁹ Reyzábal, M^a. V.: Revista *Anthropos*, n^o 116. Barcelona, enero, 1991.

⁵⁰ Manrique de Lara, J.G.: *Cinco calas decisivas en el panorama poético español*, en Revista *Antípoda*, Auckland, Nueva Zelanda, diciembre, 1983.

⁵¹ Bertelloni, M^a. T.: *Eros y gnosís en Territorio del Fuego*. Ponencia leída por la autora en la Bienal Internacional de Poesía. San Juan de Puerto Rico, noviembre, 1991.

exacta impresión de sosiego: así el poema XIV, en el que describe las manos del varón sobre la cintura de la amada. En estos recursos rítmicos Porpetta demuestra una vez más su maestría, y todo su poemario es una exploración de los sentidos a través de la palabra, un cántico jubiloso a la mujer amada y a la palabra amada.

Pero, como en Vicente Aleixandre -con cuya «Sombra del Paraíso» encuentro tantas afinidades-, la tragedia empieza justamente donde en otros acaba: en la plenitud triunfante del amor. La poesía de Porpetta es toda ella un vaivén entre Eros y Tánatos, y el agónico tic-tac del Tiempo es la aguja que conduce de uno a otro extremo. Por eso, sobre el esplendor del cuerpo femenino, sobre su incruento canibalismo, hay un sentimiento que le da sentido: también el tiempo camina voraz y el invierno no dejará sino cenizas de la brasa. Estoy, en ello, totalmente de acuerdo con J. Sánchez Vallés, quien fue el primero que supo ver esta particularidad porpettiana en un libro aparentemente jubiloso⁵².

Aunque pudiera parecer que sólo en los dos últimos versos del poemario se nos revelara, de golpe, toda la tragedia, muy significativamente el poeta ha ido marcando señales a lo largo de su paso por el territorio. Lo vimos en el prólogo-introito: el cuerpo de la mujer es *colmenera región donde la vida ofrece la plenitud ardiente de su vuelo*. A él se lanza, aferrándose como a un clavo ardiendo -y nunca mejor dicha esta frase-, pues es el único refugio en donde podrá el hombre durante más tiempo seguir siendo brasa. Luego, al acariciar la nuca de la amada, la meditación no deja lugar a dudas, la nuca es

*una campiña
levemente ondulada,
y por debajo el río de la vida
discurriendo
junto al oscuro río de la muerte...
Un ligero naufragio bastaría
para inundar de frío la memoria...*

⁵² Sánchez Vallés, J.: Revista Turia, nº 10, Teruel, noviembre, 1988.

*Olvidemos la muerte, compañera,
la vida nos reclama, todo es vida
cuando estoy junto a ti...*

Va avanzando el poemario y la reflexión sobre la muerte se hace frecuente; así al hablar de los labios, del cuello: *vivo territorio donde el pulso encuentra su nidal de escalofrío*; de los hombros, en los que *el tiempo se hace mármol, se adormece ajeno al crepitar de otros imperios*; del pecho: *hay que ignorar el tiempo...*, hasta alcanzar su verdadera dimensión en el poema final, precisamente aquel en el que se describe la unión amorosa. La culminación del acto de amor es expresada con metáforas fundamentadas en la luz y en el fuego. El inicio de la penetración es la *cúspide del incendio*; la llamada de la sangre es *un edicto de fiebre, un rojo palpitar, una balada candente*; el sexo femenino *se agita en ascuas* cuando *te ofrezco mi altivo pedernal, mi masculino resumen de la brasa* y se acerca a *este tibio infierno que me ofrece su abrazo y su dominio*. Finalmente, *un huracán de fuego se aproxima* y los amantes quedan envueltos en una tierna combustión, en una llamarada que los prende y unifica. El sexo, el amor, es así el único refugio contra el frío, la oscuridad, la muerte. Resuena Jorge Guillén en esa *cima de la delicia*, en los símbolos recurrentes con los que se resume la unión sexual:

*un estero,
un clamor,
una larga ribera,
un cántico a la vida.*

Clamor y cántico rodeando el mar de la muerte. Parece que ese final feliz, hechos ambos brasa, debería ser el de un poema de amor. El recorrido por el territorio del fuego habría de terminar en la región más ardiente:

*no hay camino
que no conduzca a ti, ni singladura
que no rinda sus naves
en tu ardiente bahía.*

El amor ha convertido a ambos en un destello de luz en la noche del tiempo. Pero es sólo un destello. El éxtasis del amor, con la orgía de los sentidos, había acallado todos los ruidos exteriores. Cuando vuelve el silencio, sólo se oye un murmullo tras los cristales de la alcoba: el invierno camina y ha iniciado su andadura hacia el territorio humano. Por primera vez se habla de alcoba, de paredes, de lámparas, de la noche que presencié el enajenamiento.

Es un final abierto, polivalente: ¿han logrado los amantes engañar al tiempo, ha pasado este tras los cristales de la alcoba donde el fuego del amor es la muralla contra la intemperie? ¿O avanza inexorable hacia la estancia y todo ha sido un perdido combate por dejar una huella en la ceniza?

*Ahora todo es paz en esta alcoba.
Las paredes no salen de su asombro.
Las lámparas envidian nuestros cuerpos.
La noche nos contempla emocionada.
Detrás de los cristales,
el invierno camina.*

PROSA

1. ENSAYOS Y NARRATIVA

Además de su obra poética, Antonio ha publicado dos libros de ensayo y uno de narrativa, ha escrito muchos artículos para la prensa y revistas especializadas y varios de sus cuentos han sido premiados en los concursos de mayor relieve de la narrativa corta española. Por otra parte, es conocida su actividad como conferenciante: ha visitado más de cuarenta países en los cinco continentes, exponiendo sus investigaciones sobre literatura española o dando recitales de su propia poesía en muchas universidades. Su participación en coloquios o seminarios internacionales de literatura le ha dado una importante reputación, facilitando la traducción de su poesía al inglés, alemán, italiano, ruso, búlgaro, árabe, serbo-croata...

Me ocuparé ahora de reseñar brevemente su obra en prosa, señalando las características generales de su narrativa y dejando para próximos estudios una profundización más metódica de lo que, estoy seguro, ha de ser parte esencial en su obra futura: los cuentos.

El primer libro de ensayo, en colaboración con su mujer, estaba dedicado a Carolina Coronado⁵³. Se publicó en 1983, en la colec-

⁵³ *Carolina Coronado: Apunte biográfico y Antología*, por Antonio Porpetta y Luzmaría Jiménez Faro. Ediciones Torreozas, Madrid, 1983. 102 páginas.

ción de poesía que dirige Luzmaría. Antonio hace un conmovido retrato de la poetisa romántica y aporta de forma definitiva el dato exacto de la fecha de nacimiento de Carolina: 12 de diciembre de 1820. Luzmaría seleccionó una treintena de poemas que ponen de relieve lo que sigue siendo permanente de la, por desgracia, infravalorada escritora extremeña.

Creo que la intención del libro no fue totalmente entendida en su momento, pues, aunque el estudio biográfico de Antonio cargue las tintas en lo más anecdótico, hay un intento de explicar la obra desde la personal trayectoria vital de la poetisa y no sólo desde las coordenadas generales del movimiento romántico. Sin duda que un análisis más profundo hubiera necesitado otro tipo de publicación, pero este pequeño libro de la editorial Torremozas ayuda más a la comprensión de la escritora de Almendralejo que los estudios, por otra parte magníficos, de Antonio Prieto, Ricardo Navas o Allison Peers sobre el romanticismo español.

En 1986 publicó *ESCRITORES Y ARTISTAS ESPAÑOLES (Historia de una asociación centenaria)*⁵⁴. Porpetta, como miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles (ADEYA), asume la tarea de inventariar, en realidad, la historia de la cultura española desde 1872, año de la fundación de la Asociación. Es un libro extenso e intenso, cuya mayor dificultad residía en la selección y vertebración de tantos materiales inéditos. Y también -¿por qué no decirlo?- en no levantar pequeñas o grandes susceptibilidades entre los más de 800 socios con los que contaba la entidad.

No parecía la obra adecuada para un poeta; sin embargo, entre tantas fechas y nombres, entre tantos documentos transcritos, el estilo personal de Porpetta crea un particular modo de hacer historia, combinando «el testimonio fehaciente, no sólo de aquello que nos hizo famosos, sino de lo que se instala en la realidad testimonial y justifica toda una actuación de entrega y de entusias-

⁵⁴ Porpetta, A.: *Escritores y Artistas Españoles (Historia de una Asociación centenaria)*. Prólogo de Leopoldo de Luis. Epílogo de José Gerardo Manrique de Lara. 432 páginas. Madrid, 1986.

mo por la vocación del Arte y de las Letras», al decir de Manrique de Lara en su artículo de cierre, pero «tampoco se encastilla en la mera objetividad; su descripción toma partido, como debe ser», escribe Leopoldo de Luis en el prólogo del libro.

MANUAL DE SUPERVIVENCIA PARA TURISTAS ESPAÑOLES es, hasta ahora, su único libro de narrativa⁵⁵. No pocas peripecias personales del autor, fruto de sus viajes turísticos o profesionales por todo el mundo, están contados en este libro no sólo de humor.

Ya desde el título nos encontramos con una divertida parodia de los abundantes libros de viaje y de los numerosísimos folletos que prometen, con ofertas fabulosas, el encuentro del turista con los más increíbles paraísos de la tierra. Con un lenguaje coloquial y directo, salpicado continuamente de chascarrillos que levantan la carcajada, Porpetta da «útiles consejos» a quienes van a emprender un viaje turístico «al extranjero». Todos los tópicos de los viajes organizados -los guías poco preparados, las desbaratadas comidas en hoteles distintos a los concertados previamente, el recorrido interminable por lugares aburridos, las visitas suspendidas al punto que más nos interesaba...- se mezclan con el análisis sociológico del hombre despersonalizado, perdido en la masa.

Es cierto que se han escrito muchos libros sobre la alienación absoluta del individuo en una sociedad programada hasta en sus más íntimas manifestaciones. ¿Cuál es, pues, la aportación de Antonio Porpetta? Sin duda, y en primer lugar, es un libro divertido, para leer de un tirón, recordando nuestras propias experiencias y vernos retratados en los distintos prototipos del grupo de turistas estandarizado. Es un libro de humor con el que, se siente claramente, lo ha pasado muy bien el autor al escribirlo. Los chistes, la fina y aguda ironía crítica, los abundantísimos detalles de perspicaz observación hacen de esta narración un buen libro de entretenimiento.

⁵⁵ Porpetta, A.: *Manual de supervivencia para turistas españoles*. 232 pp. Editorial Bitácora, Madrid, 1990.

Pero no hay que olvidar que estamos ante un poeta que tiene el don de la palabra exacta y que ha manifestado sus profundas preocupaciones existenciales en sus poemas. Por ello, no se pierde Porpetta en la simple enumeración de anécdotas ni en una acumulación de chistes. *Me gusta ver el lado cómico de las cosas, sacar punta a ciertas situaciones, hacer juegos de palabras. Pero quizás ese sentido del humor, que en mí es instintivo, no sea más que una especie de careta subconsciente tras la que se esconde una tendencia a no tomar en serio más que las cosas que realmente lo merecen, que no creo que sean demasiadas, o un procedimiento de autodefensa de una realidad circundante que, en muchos de sus aspectos, no me acaba de gustar... El humor, a veces, es un simple recurso técnico para destacar -o disfrazar- lo trágico o lo dramático⁵⁶.*

Pues bien, aquí esa «careta del subconsciente», al caer, descubre una amarga realidad: la del cosmopolita aldeano que ha convertido la tierra en un mapa de carreteras y ha desterrado de sí, de su equipaje, lo más necesario, el documento de identidad personal, su pensamiento individual. Porpetta nos pone ante los espejos cóncavos y convexos de una nueva calle del Gato: ahora son los cristales distorsionados de las ventanillas del avión, del tren o del autobús los que nos devuelven la imagen bufonesca y, al mismo tiempo, patética de este hombre desafortunado que da vueltas, «tourista», sin sentido.

No, no creo que éste sea un libro menor en la bibliografía de Antonio Porpetta, sino que habrá que tenerlo como referencia obligada de futuros relatos.

⁵⁶ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 165.

2. LOS CUENTOS

*Yo sólo soy un poeta que, de cuando en cuando, puede escribir prosa, y que disfruta escribiéndola, aunque ese disfrute sea muy distinto, en mi caso, al que me proporciona la creación poética*⁵⁷.

La condición de poeta a la que se refiere Antonio es evidente en sus cuentos. Sobresalen en ellos dos características definidoras: la inserción de lo biográfico en un fascinante ambiente de realismo mágico y un lenguaje poético lleno de humor e ironía. Los cuentos que he incluido en esta antología son un buen ejemplo de lo que digo.

En *Mi angel de la guarda*, *Palmira* y *La biblioteca* podemos entresacar múltiples datos referentes al entorno vital de Porpetta. Se utiliza la primera persona, no como recurso estilístico sino que es el propio escritor quien comienza siempre relatando algo de su propia realidad: *mi oficio de escritor me obliga a pasar muchas horas encerrado en mi despacho frente a la máquina o jugando con mis melancollas* (*Mi angel de la guarda*); *me gusta escribir de noche: la noche me ayuda a la concentración no por su silencio, sino por ese cúmulo de ruidos apagados que tanta vida transpiran..., por la noche es cuando, tanto física como anímicamente, yo alcanzo mis mayores niveles de creador* (*Palmira*). La boda de la hija mayor y la subsiguiente acomodación de la casa para ampliar la biblioteca es el comienzo real del tercer relato, profuso en detalles de la cotidianidad del escritor. Su familia, su casa de Torremozas, los muebles, los animales domésticos... forman el marco verdadero de su particular Macondo fabulado. *Palmira*, por ejemplo, es el trasunto literario de la auténtica perra boxer, Paquira, que tuvieron los Porpetta durante seis años (*le gustaba mucho escuchar poesía, pero hasta un límite: cuando se hartaba lo manifestaba claramente, y se iba con evidentes signos de disgusto*)⁵⁸. En *Ana* y *Enriqueta*, los personajes femeninos de sus cuentos, hay mucho de Luzmaría, y

⁵⁷ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 168.

⁵⁸ Idem, pág. 187.

hasta la celestial morada de *El regreso*, con su sillón de orejas, su música ambiental y su jardín, es la descripción de la casa familiar de la sierra madrileña.

Luego se incorpora al sedimento real el componente mágico, surrealista, pero de tal manera está aunado en la sucesión de los hechos auténticos que el lector va penetrando en ese mundo creado como si ya fuera sólo una, e inseparable, la realidad y el ensueño. El relato se resuelve, con frecuencia, en los cuatro o cinco renglones finales. De pronto, como si de un relámpago se tratara, la puerta de una nueva percepción se abre tan sólo en una línea, o incluso con una sola palabra, y la narración adquiere de improviso una sugerencia extraordinaria.

No es fácil contar los relatos de Porpetta, o diría mejor que su *intensidad* está en su forma y ésta «engancha» al lector desde el comienzo. Luego está el modo peculiar con el que el autor remata su narración: un lector habitual de Porpetta empieza el relato con la certeza de que su final le sorprenderá. Y ya desde el comienzo la lectura se convierte en acto participativo. Diríamos que la *significación* y la *tensión* que Julio Cortázar exigía como características de los buenos cuentos se cumplen plenamente en los de Porpetta y, desde luego, se sale de ellos como quería el autor de «Rayuela»:

«Como de un acto de amor, agotado y fuera del mundo circundante, al que se vuelve poco a poco con una mirada de sorpresa, de lento reconocimiento, muchas veces de alivio y tantas otras de resignación»⁵⁹.

Es, no cabe duda, la misma sensación que tenemos tras la lectura de sus mejores poemas.

La otra característica es el humor y la finísima ironía dando cuerpo a un lenguaje muy cuidado. Así, el Ángel de la Guarda es honesto, responsable, muy profesional, servicial, afectuoso y muy

⁵⁹ Cortázar, J.: Del cuento breve y sus alrededores, en «Último Round», siglo XXI, México, 1969.

leído: bueno, yo no sé si trata esta afición cuando me lo destinaron, o bien la adquirió después, para matar las horas de aburrimiento. La imagen del novio, vestido de riguroso chaquet y con sandalias playeras por una mala jugarreta del celoso Guardián, es antológica. También la gata Palmira es celosa, tan celosa que, con diferencia del Angel, el animal es capaz de llegar a la destrucción. Pero es en *La biblioteca* donde el humor y la mordacidad alcanzan mayor altura. El ingenio de Porpetta, aliado con sus indudables conocimientos de la trastienda literaria, consigue un cuento memorable, premiado justamente en el XXV Concurso «Hucha de Oro», en 1991.

Escribo cuentos, por una parte como descanso, como forma de relajación (el escribir un cuento es para mí una especie de divertimento) y por otra, como ejercicio para soltar la pluma después de haber estado sumergido demasiado tiempo en un libro de poesía. De todas formas, mis cuentos, y casi todo lo que yo escribo en prosa, siempre tienen un fondo poético del que no puedo prescindir... La poesía es mi medio natural de comunicación, el único procedimiento que yo tengo para descubrirme a mí mismo y al mundo que me rodea⁶⁰.

El fondo poético, indudable, se manifiesta también en la forma. A veces hasta con la inclusión de un poema -así en *Palmira*, donde se intercalan algunos versos del que acababa ciertamente de terminar para *Territorio del fuego*-, otras veces con una prosa poética que mantiene el ritmo del endecasílabo utilizado tantas veces por Porpetta. Así cuando describe a Enriqueta *con todo el mar dentro de sus ojos, con su perfil de garza solitaria*, y su respuesta amorosa le sugiere al protagonista *que todo sería para mí como una inmensa pradera recién mojada por la lluvia*. Hay un contraste buscado entre ese lenguaje poético y la expresión familiar, de frases hechas, vulgares, cuando se relata la vida cotidiana o las mezquinas rivalidades entre los escritores, en *La biblioteca*. No siempre lo con-

⁶⁰ Rosario Hiriart, op. cit., pág. 165.

sigue: *La lección de anatomía* resulta excesiva en su acumulación de tecnicismos, y el diálogo es todavía una asignatura pendiente, en general, en todos sus cuentos. La original situación de los dos personajes de *El regreso*, por ejemplo, exigía un diálogo mucho más rico en matices y en expresión que el propuesto, aunque la narración consiga, merced al aliento poético de Antonio, un hechizo especial.

De lo que no dudo es de que estamos, con estos relatos, asistiendo a los preámbulos de una obra narrativa sugerente, interesante, importante. Desde 1988 Antonio no ha escrito ningún libro de poesía, en cambio ha publicado *Manual de supervivencia...* en 1990; ha conseguido en el 89 el tercer premio «Hucha de Oro» con *Palmira* y el segundo con *La Biblioteca* en 1991, en el mismo concurso de cuentos; sigue escribiendo con asiduidad narrativa corta y haciéndose cada vez más frecuentes sus artículos en revistas y periódicos. Creo que su obra en prosa no ha hecho más que comenzar.

BIBLIOGRAFIA

TRABAJOS SOBRE LA OBRA
DE ANTONIO PORPETTA

- AGANZO, C. (1989): *Teoría del cuerpo de la amada*. Diario **Yu**, 28/1/89, Madrid.
- AGUILERA, O. (1987): *La Adeya: Más de cien años de historia*. Diario **Baleares**, 3/2/87, Palma de Mallorca.
- AGUIRRE, L.F.(1978): *Poesía para dos*. Diario **El País**, 24/5/78, Madrid.
- (1980): *Los mundos de un poeta con tradición*. Diario **El País**, 4/5/80, Madrid.
- ALBIZÚREZ, F. (1988): *Antonio Porpetta*. Diario **La Hora**, 4/9/88, Guatemala.
- (1991): *Una Antología de Antonio Porpetta*. Diario **La Hora**, 12/6/91, Guatemala.
- ALFARO, R. (1981): *La cercanía de Antonio Porpetta*. Rev. **Razón y Fe**, abril, Madrid.
- ALLER, C. (1983): *Ardieron ya los sándalos*. Rev. **Arbol**, nº 405, abril, Madrid.
- ALONSO, C. (1985): *Caluroso encuentro con el poeta español Antonio Porpetta*. Diario **Prensa Libre**, 28/3/85, Guatemala.
- ALONSO GIRGADO, L. (1989): *Antonio Porpetta: Territorio del fuego*. Diario **El Correo Gallego**, 22/1/89, La Coruña.
- (1990): *Década del insomnio*. Diario **El Correo Gallego**, 19/12/90, La Coruña.
- ALVAR, M. (1988): *La maya florida*. Rev. **Blanco y Negro**, nº 3.627, 31/12/88, Madrid.
- ÁLVAREZ, M. (1981): *Cuaderno de los acercamientos*, Rev. **Ama**, abril, Madrid.
- ANTOLÍN, E. (1990): *El poeta que no duerme*. Diario **El Sol**, 23/12/90, Madrid.
- ARROYO, M. (1986): *Los sigilos violados*. Rev. **Informativo Farmacéutico**, julio, Madrid.
- ASÍS, M^a D. (1984): *Poesía de hoy y de siempre*. Rev. **Crítica**, agosto, Madrid.

- (1987): *Antonio Porpetta, Premio Fastenrath 1987, poeta del asombro*. Rev. *Crítica*, nº 745, mayo, Madrid.
- ATFÉ, R. (1993): *Introducción a Siete Poemas de Antonio Porpetta traducidos al árabe*. Rev. *Al-Adab Al-Ajnabiyya*, nº 71, Vol. 18, Verano 1992, Damasco (Siria).
- BAEZA FLORES, A. (1984): *Carta de España: El clavicordio ante el espejo*. Diario *La Nación*, mayo, San José de Costa Rica.
- (1985): *Antonio Porpetta: Vida y poesía*. Conf. dictada en el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, 12/3/85, San José de Costa Rica.
- (1985): *Espejos y reflejos del lirismo de Antonio Porpetta*. Diario *La Nación*, 31/3/85, San José de Costa Rica.
- CASTROVIEJO, C. (1980): *La huella en la ceniza*. *Hoja del Lunes*, 13/10/80, Madrid.
- (1983): *Carolina Coronado*. *Hoja del Lunes*, 25/4/83, Madrid.
- COBO, E. (1982): *La huella en la ceniza*. *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 386, agosto, Madrid.
- (1983): *Una palabra enamorada*. Diario *Informaciones*, 39/6/83, Madrid.
- (1984): *El clavicordio ante el espejo*. *Guía Semanal*, nº 30, junio, Alicante.
- (1991): *La palabra hecha reflexión*. Diario *El Independiente*, 21/2/91, Madrid.
- DÍEZ MEDIAVILLA, A. (1984): *La poesía de Antonio Porpetta*. Rev. *Alborada*, nº 30 (nueva época), septiembre, Elda (Alicante).
- DJORDJEVIĆ, Z. (1990): *La reacción humanista frente a la vida*. Semanario *Timok*, 27/11/90, Zajecar (Yugoslavia).
- ENRIQUE, A. (1991): *Década del insomnio*. Diario *Córdoba*, 28/2/91, Córdoba.
- ENRIQUE MARTÍNEZ, J. (1989): *Territorio del fuego*. Diario de *León*, 25/6/89, León.
- (1990): *Década del insomnio*. Diario de *León*, 23/12/90, León.
- ESTEVE, L. (1984): *Diálogo con Antonio Porpetta*. Rev. *Alborada*, nº 30 (nueva época), septiembre, Elda (Alicante).

- FERNÁNDEZ DE ULIBARRI, R. (1987): *La poética de Antonio Porpetta*. Diario **La Nación**, 8/2/87, San José de Costa Rica.
- FERRIS, J.L.V. (1988): *Antonio Porpetta y Carmen Conde, caminantes en el tiempo*. Diario **La Verdad**, 22/5/88, Alicante.
- F.J.S. (1982): *Meditación de los asombros*. **Cuadernos Hispanoamericanos**, nº 384, junio, Madrid.
- FÚNEZ RHEINBOLDT, G. (1987): *Antonio Porpetta: un poeta que escribe con sangre y vida...* Diario **La Prensa**, 18/2/87, San Pedro Sula/Tegucigalpa (Honduras).
- GALÁN LORÉS, C. (1990): *Poesía de la última década de Antonio Porpetta*. Diario **Alerta**, 14/12/90, Santander.
- GIRAL, M. (1984): *El clavicordio ante el espejo*. Diario **Baleares**, 10/4/84, Palma de Mallorca.
- GONZÁLEZ HERRÁN, J.M. y otros (1985): *El clavicordio ante el espejo*. **Anales de Poesía Española Contemporánea**, nº 10, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 151 y 165.
- GUEREÑA, J.L. (1982): *Meditación de los asombros*. Rev. **Internacional y Diplomática**, mayo, México.
- (1987): *Escritores y Artistas de España*. **Nuevo Diario**, 18/11/87, Córdoba.
- HIERRO, J. (1981): *Prólogo a "Meditación de los asombros"*. Colec. **Gules de Poesía**, Ed. Prometeo, Valencia.
- HIETANEN, L. (1992): *Runous kärsii y lituotannosta ("Hay un exceso de producción poética")*. Diario **Helsingin Sanomat**, 8/5/92, Helsinki (Finlandia).
- HIRIART, R. (1985): *La poesía de Antonio Porpetta*. Conferencia dictada en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, 7/11/85, Madrid.
- (1988): *Antonio Porpetta: Una voluntad poética*. Publicaciones de la Caja Provincial de Ahorros de Alicante, nº 145, febrero, Alicante, 224 pp.
- IFACH, M^a de G. (1980): *Por los caminos de la melancolía*. Rev. **Nueva Estafeta**, abril, Madrid.
- (1982): *Del sentimiento a la meditación*. Rev. **Nueva Estafeta**, septiembre, Madrid.

- IGLESIA, F. de la (1980): *La huella en la ceniza*. Rev. **Manxa**, julio, Ciudad Real.
- (1981): *Cuaderno de los acercamientos*. Rev. **Manxa**, julio, Ciudad Real.
- IGNJATOVIĆ, S. (1990): *Amargura y miel del día*. Diario **Nin**, 23/11/90, Belgrado (Yugoslavia).
- (1990): *Velada española*. Diario **Oslobodenje**, 24/11/90, Sarajevo (Yugoslavia).
- JIMÉNEZ MARTOS, L. (1983): *Carolina, esa tórtola*. Diario **Ya**, 26/3/83, Madrid.
- (1984): *Memorias y reflejos*. Diario **Ya**, 12/3/84, Madrid.
- LARA, J.F. (1986): *Contacto en España. Proyecciones artístico-culturales*. Diario **Prensa Libre**, 7/8/86, Guatemala.
- LENTINI, J. (1981): *Los acercamientos de A. Porpetta*. Rev. **Jano**, 22/10/81, Barcelona.
- LEÓN BARRETO, L. (1981): *Antonio Porpetta: el estigma del tiempo*, **Diario de Las Palmas**, 5/6/81, Las Palmas de Gran Canaria.
- (1983): *Ardieron ya los sándalos*. Diario **La Provincia**, 27/3/83, Las Palmas de Gran Canaria.
- (1987): *Antonio Porpetta, Premio Fastenrath de la Real Academia*. Diario **La Provincia**, 22/3/87, Las Palmas de Gran Canaria.
- LEZZER, O. (1984): *Antonio Porpetta en Guatemala*. **Diario de Centroamérica**, 28/6/84, Guatemala.
- LIGORRÍA, M. (1984): *Antonio Porpetta*. Diario **Prensa Libre**, junio, Guatemala.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, J. (1991): *Entrevista con el poeta español Antonio Porpetta*. Diario **El Informador**, 15/9/91, México D.F.
- LUIS, L. de (1980): *Prólogo a "La huella en la ceniza"*. Inst. de Estudios Alicantinos, Serie IV, Obras de Creación, nº 10, Alicante.
- (1980): *Cuaderno de los acercamientos*. Diario **Pueblo**, 13/12/80, Madrid.
- (1981): *Cantigas y Retablos*. Diario **Ya**, 5/6/81, Madrid.

- (1982): *Meditación de los asombros*. Rev. **Alaluz**, nº 1 y 2, otoño 81 - primavera 82, University of California, Riverside (California).
 - (1983): *Un canto a la amada*. Rev. **Nueva Estafeta**, enero, Madrid.
 - (1983): *Carolina Coronado: Apunte biográfico y antología*. Diario **ABC**, 16/4/83, Madrid.
 - (1984): *El clavicordio ante el espejo*. Rev. **Insula**, mayo, Madrid.
 - (1985): *Poesía de Antonio Porpetta: Los sigilos violados*. Diario **Liberación**, 3/3/85, Madrid.
 - (1986): *Prólogo a "Escritores y Artistas Españoles (Historia de una Asociación centenaria)"*. Adeya, Madrid.
 - (1991): *Esplendor y ceniza en la poesía de Antonio Porpetta*. Rev. **Insula**, nº 563, agosto, Madrid.
- MAÍNEZ, C.M. (1987): *Los sigilos violados*. Cuadernos de Poesía Nueva **El valor de la palabra**, diciembre, Madrid.
- MANRIQUE DE LARA, J.G. (1986): *Epílogo a "Escritores y Artistas Españoles (Historia de una Asociación Centenaria)"*. Adeya, Madrid.
- (1987): *La cultura española entre dos siglos*. Diario **Sur**, 14/2/87, Málaga.
 - (1987): *Antonio Porpetta: Escritores y Artistas Españoles*. Rev. de Arte **Goya**, nº 199-200, julio/octubre, Madrid.
 - (1989): *Cinco calas decisivas en el panorama poético español*. Rev. **Antípodas**, nº 2, diciembre. Journal of Hispanic Studies of the University of Auckland, New Zealand.
- MARTÍNEZ RUÍZ, F. (1981): *Antonio Porpetta: Culturalismo con emoción dentro*. Diario **ABC**, 13/6/81, Madrid.
- (1983): *Ardieron ya los sándalos*. Diario **ABC**, 26/2/83, Madrid.
 - (1984): *El clavicordio ante el espejo*. Diario **ABC**, 10/3/84, Madrid.
 - (1985): *Los sigilos violados*. Diario **ABC**, 13/4/85, Madrid.
 - (1987): *Antonio Porpetta: Un Fastenrath con vida dentro*. Diario **ABC**, 26/2/87, Madrid.

- (1988): *Territorio del fuego*. Diario **ABC**, 4/6/88, Madrid.
- (1990): *Década del insomnio (Antología 1980-1990)*. Diario **ABC**, 24/11/90, Madrid y Diario **ABC** 1/12/90, Sevilla.
- MAS, J. (1990): *Estudio preliminar en "Década del insomnio (Antología 1980-1990)"*. Col. Libros del Egoísta, Ed. Libertarias, Madrid.
- MOLINA, M. (1979): *Por un cálido sendero*. Rev. **Idealidad**, nº 16, Enero-Marzo, Alicante.
- MOLINA CAMPOS, E. (1982): *Dos libros de Antonio Porpetta*, Rev. **Nueva Estafeta**, nº 39, febrero, Madrid.
- MURCIANO, C. (1980): *Un poeta en crecimiento*. Diario **El Imparcial**, 22/5/80, Madrid.
 - (1980): *Acercamientos y memorias*. Diario **Ya**, 12/12/80, Madrid.
 - (1983): *Cuando el lodo se hace espejo*. Diario **Ya**, 16/4/83, Madrid.
- NARANJO, C. (1984): *Un poeta nos visitó*. Diario **La Nación**, 23/10/84, San José de Costa Rica.
- NUTO, T. (1992): *Runous on tapa välttää yksinäisyyttä ("La poesía suele alejar la soledad")*. **Salon Seudun Sanomat**, 24/5/92, Salon, Finlandia.
- PAVÍA, S. (1990): *Manual de supervivencia para turistas españoles, el último libro de Antonio Porpetta*. Semanario **El Valle de Elda**, septiembre, Elda (Alicante).
 - (1990): *Manual de Supervivencia para turistas españoles*. Diario **Información**, 20/9/90, Alicante.
 - (1990): *Manual de supervivencia para turistas españoles*. Diario **La Verdad**, 23/9/90, Alicante.
 - (1990): *El último libro de Antonio Porpetta*. Semanario **Vinalopost** 9/9/90, Elda (Alicante). Rev. **Vinalopost**, noviembre.
 - (1991): *Elda: Fuego y ceniza en la poesía de Antonio Porpetta*. Rev. **Fiestas Mayores**, septiembre, Elda (Alicante).
 - (1992): *Introducción a "Antología breve para estudiantes"*. Asociación de Padres de Alumnos del Inst. de Bachillerato Azorín, Elda-Petrel, Alicante.

- PÉREZ DURÁ, F.J. (1980): *La huella en la ceniza*. **Hoja del Lunes**, 28/1/80, Alicante.
- PETES (1978): *Por un cálido sendero*. Rev. **Peliart**, nº 16, mayo, Madrid.
- PINAUD, V. (1984): *Encuentro con un poeta español*. Diario **El Mundo**, 20/8/84, San Salvador (El Salvador).
- PORTELA CARREIRO, M.T. (1991): *Década del insomnio*. Rev. **Minusval**, nº 71, marzo, Madrid.
- QUIROGA, M. (1978): *Versos para la ternura y la esperanza*. Rev. **Ecos de la Sierra**, diciembre, Madrid.
- (1979): *Versos para la ternura y la esperanza*. Rev. **Nueva Estafeta**, octubre, Madrid.
- (1980): *A. Porpetta, La huella en la ceniza (la poesía como experiencia)*. Diario **Pueblo**, 24/5/80, Madrid.
- (1983): *Inventar primaveras esta vez*. Diario **Informaciones**, 11/4/83, Madrid.
- (1985): *Ultimos versos de Juan Mollá y de Antonio Porpetta*. Diario **Ya**, 27/5/85, Madrid.
- (1987): *Cien años de la Asociación de Escritores y Artistas*. Diario **Ya**, 4/2/87, Madrid.
- (1991): *Década solemne e impetuosa*. Rev. **Empresa de Mudanzas**, nº 2, junio, Madrid.
- RAMOS, V. (1987): *Aproximación a la poesía de Antonio Porpetta*. Rev. **Adellum**, nº 1, noviembre, Elda (Alicante).
- REYZÁBAL, M.V. (1991): *Territorio del fuego*. Rev. **Anthropos**, nº 116, enero, Barcelona.
- RODRIGUEZ, A. (1993): *Antología consultada de poetas no clónicos: Antonio Porpetta*. Diario **Córdoba**, 4/3/93, Córdoba.
- RONDA IBERIA, Red. (1983): *Ardieron ya los sándalos (reseña español-inglés)*. Rev. **Ronda Iberia**, abril, Madrid.
- ROSALES, J.C. (1991): *Década del insomnio*. Diario **El País**, 24/2/91, Madrid.
- RUIZ, R. (1990): *Manual de supervivencia para turistas españoles*. Diario **El País**, 14/10/90, Madrid.
- SAMARGO, J. de (1987): *Escritores y Artistas Españoles*. Diario **El Faro de Ceuta**, 3/3/87, Ceuta.

- SÁNCHEZ, M^a. S. (1987): *Los sigilos violados, obra de madurez de Antonio Porpetta*. Rev. **Alborada**, nº 34, diciembre, Elda (Alicante).
- SÁNCHEZ VALLÉS, J. (1988): *Territorio del fuego*. Rev. **Turia**, nº 10, noviembre, Teruel.
- (1990): *El acento humano de Antonio Porpetta*. Diario **El Heraldo de Aragón**, 20/12/90, Zaragoza.
- SANTOS, D. (1986): *El clavicordio ante el espejo*. Cuadernos de Poesía Nueva **El valor de la palabra**, noviembre, Madrid.
- SAVATLIĆ, R. (1990): *Poesía como magia*. Diario **Politika**, 18/11/90. Belgrado (Yugoslavia).
- SIRVENT, J.A. (1986): *Aproximación a Antonio Porpetta*. Boletín de la Junta Central de Comparsas de Moros y Cristianos, mayo, Elda (Alicante).
- (1987): *Semblanza de Antonio Porpetta*. Rev. **Moros y Cristianos**, junio, Elda (Alicante).
- SPANISH HERALD, Red. (1991): *Poeta español en Melbourne*. **The Spanish Herald**, 26/3/91, Melbourne (Australia).
- STAMENKOVIĆ, B. (1989): *Shavatanje poetike: vremena Antoniju Porpete (Poética y tiempo en Antonio Porpetta)*. Rev. **Savremenik**, nº 7-8, julio-agosto, Belgrado (Yugoslavia).
- (1990): *Estudio previo en "Disanje kroz ranu" ("Respirar por la herida", Antología en serbo-croata)*. Poesía Universal Contemporánea, Ed. Gradina, Nis, Serbia.
- TOBOSO, J. (1992): *El poeta Antonio Porpetta*. Rev. **Luces y Sombras**, nº 5, verano, Madrid.
- VANHALAKKA, V. (1992): *Runoilijassa on oltava Jumalaa ("El poeta es como un dios")*. Diario **Aamulehti**, 30/4/92, Tampere, Finlandia.
- VIAJAR, Red. (1990): *Manual de Supervivencia para turistas españoles*. Rev. **Viajar**, nº 63, octubre, Madrid.
- ZERÓN, J. L. (1991): *Década del insomnio*. Rev. **Empireuma**, nº 17, primavera, Orihuela (Alicante).

III
ANTOLOGÍA

UNAS PALABRAS SOBRE ESTA ANTOLOGÍA

Se ha dicho muchas veces: cualquier antología es siempre una amputación. Con la obra de Porpetta se hace más cruel dicho cercenamiento porque Antonio no escribe poemas sino poemarios tan estrechamente enlazados que, como he dicho en páginas anteriores, incluso un solo poema encierra el futuro desarrollo de todo el libro siguiente.

Esta labor de selección ha sido para mí lo más arduo de mi trabajo y he dudado muchas veces de mi criterio. He querido dar una visión amplia y al mismo tiempo complementaria de las dos antologías realizadas por Rosario Hiriart y José Mas, respectivamente. (Mi selección de poemas en la ANTOLOGÍA BREVE PARA ESTUDIANTES, por sus características y finalidad, no la he tenido en cuenta). Rosario incluía 43 poemas, dos de ellos inéditos, aunque entonces Porpetta no había publicado aún TERRITORIO DEL FUEGO. José Mas, en su selección para DÉCADA DEL INSOMNIO, escoge 81 poemas, más cinco no publicados anteriormente en libro. Los 90 que hay aquí, suponen algo más de la mitad de la producción de Porpetta, aunque ya parece cercana la aparición de un nuevo poemario.

La razón de no ser esta una antología más extensa no ha sido otra sino la de dar a conocer también en este libro una corta pero enjundiosa selección de su narrativa. Estoy seguro de que en un futuro cercano la obra porpettiana se extenderá en este campo y las muestras que aquí presento deberán ser valoradas en esa evolución.

Además de dos capítulos de su MANUAL DE SUPERVIVENCIA... se incluyen cinco de sus cuentos, entre ellos los que obtuvie-

ron los Premios «Hucha de Plata» y «Hucha de Oro» en el concurso de cuentos de la Confederación de Cajas de Ahorro. De ellos, *La lección de anatomía* se publicó en «Cuadernos de la Lechuza», Madrid, Agosto de 1988, y más tarde en la Revista «Turia», de Teruel, en noviembre del mismo año. *Palmira* fue publicado en el volumen «El sitio y nueve cuentos más», editado por el Departamento de Publicaciones de la Confederación de Cajas de Ahorro, Madrid, 1989 y *La biblioteca* en «¡Hasta la vista, utopías! y 18 cuentos más», igualmente editado por la Confederación, Madrid, 1991.

S. P.

POESÍA

De
POR UN CÁLIDO SENDERO
(1978)

*A Juana, a Miguel, a Federico...
a todos los que nos dieron
la viva sangre de sus versos.*

POR UN CÁLIDO SENDERO

Una radiante floración de almendros
llegó con tu presencia inesperada
y fueron tus palabras compañeras
la fuerza de mi fuerza, la laguna
de mi desenfrenada torrentera.
Aprendimos
las mínimas lecciones de la vida,
los nombres de las plantas más silvestres
y el sonido de todos los arroyos.
Recorrimos las más viejas veredas,
los valles más remotos y escondidos.
Sollozamos
a las puertas de ermitas olvidadas
o en los claustros de humildes monasterios.
No importaba que cayeran los otoños
desflorando a retazos nuestros sueños.
No importaba la lucha encarnizada
por mantener enhiesta la figura.
Esquivamos
zarpazos traicioneros y mezquinos
mientras estrenábamos las lágrimas.
¡Supimos destrozar con valentía
la cadena cruel y cotidiana!
Con el hilo sutil de nuestra sangre
bordamos las sonrisas de los hijos.
Una cascada de ternura nueva
invadió de caricias nuestras manos.
Fueron creciendo
y con asombro vimos reflejados
nuestros propios latidos en sus ojos.
Aquel blanco jazmín ya retoñaba

a pesar de los cierzos y la escarcha:
contra todas las negras profecías
su fragancia llenaba nuestra casa.
Desdeñamos
tras el claro cristal de la ventana
la intemperie feroz que amenazaba
inundar de granizo nuestra almohada.
Quisimos vencer. ¡Vencimos!
y logramos guardar en los armarios
entre añejos aromas de membrillos
haces de sol, almenas de castillos
y un rotundo arco iris de nostalgias.
Después llegó el remanso
la quietud de las tardes compartidas
junto a Bach y Beethoven, camaradas
de crepúsculos lentos y esperanzas.
Una dulce tristeza fue llenando
nuestros cántaros de arcilla.
Replegamos nuestras alas
a un contorno minucioso y transparente
y volvimos de nuevo a antiguos versos
encalando de estrellas nuestros muros,
liberados por fin de las tormentas.
Desde entonces
miramos a las gentes de soslayo
para que no descubran el secreto
de esta brújula loca que llevamos
escondida en el pecho, entre los pliegues
de nuestra alegre túnica dorada.
Nos queda mucho trecho. Prosigamos
por este vivo y cálido sendero
que nos lleva hacia todo o hacia nada.
No volvamos
nuestra mirada atrás; pensemos sólo
en la mística suerte que nos une
convirtiendo la noche en madrugada.

Lo que haya de ser, será:
Apóyate en mi hombro y mi cayada
mientras yo me arrebujó entre tu capa.
Así, despacio, paso a paso,
con esta soledad de dos en uno
que en su extraño silencio dolorido
oculta un universo de palabras.

DUDA QUE AMORDAZA

Este buscar o no buscar tus huellas,
este acertar o no acertar mi guía,
esta nocturnidad que me acomete
y me inunda de asombro
y rasga mis pupilas.

Este escuchar o no escuchar tu ausencia,
este alcanzar o no alcanzar tu imagen,
este vibrar de azul melancolía
en mi despierta noche,
en mi canción dormida.

Este perder o no perder tu aliento,
este gritar o no gritar tu nombre,
esta inquietante sucesión de halcones
que en mis venas se agita,
que en mi garganta anida.

Este implorar o no implorar tus ojos,
este temblar o no temblar de miedo,
este guardar dentro de mis entrañas
los más duros silencios,
las voces más baldías.

Este lograr o no lograr tu almohada,
este vencer o no vencer la aurora,
este mirar mis manos maniatadas
y saberlas ajenas,
y sentirlas vacías.

Este encontrar o no encontrar tu fuego,
este latir o no latir tus sienas,
estos mares de hiel que me sucumben
y me arrastran al fondo,
y naufragan mis islas.

Este gemir o no gemir del viento

en mi desvencijado pensamiento.
Este ahora-nunca, este ya-quizás,
este sí es-no es, este está-no está,
este después-a veces, este jamás...

Esta duda letal que me amordaza
y me imprime su sello cada instante
es mi signo fatal, mi triste baza
en este juego heroico de la vida.

Pero a pesar de tan absurda carga
sigo mirando al sol de cara a cara
y estrenando esperanza cada día.

MUY CERCA Y MUY LEJOS

Muy cerca y muy lejos,
así te siento.
Por los mares de las dudas,
navegan mis pensamientos.

Muy cerca y muy lejos,
como un crepúsculo lento,
como un ruidoso silencio.
Así te siento.

Muy lejos cuando te acercas,
muy cerca cuando me alejo.
Dos tiempos dentro de un tiempo:
así te siento.

Cierro mis ojos
y estás muy cerca.
Los abro
y estás muy lejos.
Gaviotas que van y vienen:
así te siento.

Por los mares de las dudas
navegan mis pensamientos.

QUE NO QUIERO

Que no quiero tener en la garganta
esta pena que agosta y que derrumba,
que no quiero cantar con voz quebrada
la amarga soledad de mi amargura.

Que no quiero saber que ya te has ido
y prefiero decir que estoy mintiendo,
que sólo existe un corto aplazamiento
en tu presencia azul y en mi destino.

Que no quiero olvidar ni que te olvides
que espero tu regreso inesperado,
y que un día vendrás a hablar conmigo,
tu risa junto a mí y yo a tu lado.

Que no quiero soñar que no me sueñas
y que en polvo hundiste mi recuerdo,
que estás aquí, presente y permanente,
entre el silencio gris. En mi silencio.

CANCIÓN DE PENA
(A Miguel Hernández)

Esta tarde, Miguel, he respirado
unos aires de atávica tristeza;
ha invadido mi casa tal pereza
que ni el sol de este invierno me ha alegrado.

En tu verso viril me he refugiado
tratando de encontrar en tu pureza
un aliento de fe, una certeza
para mi corazón desmantelado.

Yo sé que tú comprendes mi cansera:
también tienes el alma carcomida
por un viejo dolor que te barrena.

Los dos mordidos por la misma fiera.
Los dos manando por la misma herida.
Los dos hundidos en la misma pena.

De
LA HUELLA EN LA CENIZA
(1980)

*Para Luzmaría,
cuya ternura me hizo posible.*

BUSCO MI VERDAD

Yo busco mi verdad de cada día
con la terca insistencia del mendigo
cuando extiende su mano entre la lluvia:
apasionadamente la deseo,
repleto de esperanza la suplico.
En mi busca tenaz, irrenunciable,
me impulsa y me domina
una fuerza telúrica y remota,
un obstinado afán de reflejarme
en todo manantial, en toda ausencia,
en toda voz herida, en la nostalgia
de cualquier corazón amurallado.
A veces me parece averiguarla
entre los leves juncos de ese arroyo
tan frágil y cruel
que cruza mi memoria en mansedumbre
trayéndome el incendio de otros años,
el verdor de otras tierras,
la permanente huella de otros nombres
que fueron y que son, aunque no existan.
También algunas veces la presiento
en el limpio silencio renacido
de un tibio amanecer, entre las brumas
de esos sueños constantes e imposibles
que agitan la penumbra de mi alcoba
anidando sus vuelos en mis sienas.
En la erizada selva cotidiana,
a pesar de sus leyes de exterminio,
he querido entreverla humildemente oculta
en la luz de unos ojos, en alguna palabra
de ternura olvidada, en un pequeño gesto

valiente y solidario, en un fugaz destello
de ese fuego intangible que alimenta el amor.
Apariencias, indicios, sólo sombras:
van cayendo las horas y me encuentro
con las manos vacías, con el pecho vacío,
vacío todo yo.
Vuelvo a mi soledad con el cansancio
de un eterno viajero.
Allí, en el regazo de mis libros
desde donde me observan compasivos
Pablo, Miguel, Acacia, Federico,
Dámaso, Claudio, Luis...
trabajo con paciencia de alfarero
mi pobre barro gris, hasta inventarme
esa clara verdad de cada día
que no he podido hallar en mi memoria,
ni en mis sueños,
ni en mi vida.

Es tarde ya. Comienzan
los primeros clamores de la aurora.
De toda la colmena es la mía
la única ventana iluminada.
No debéis preocuparos si habéis visto
una gota de sangre entre mis versos.
No le deis importancia.
Por favor, os lo ruego,
no le deis importancia.

NIÑOS SIN AZUL

Yo guardo en la memoria,
marcada por un hierro tenaz y dolorido,
mi infancia alicantina y su paisaje
abrasado de sol:
resecos pedregales, polvorientos olivos,
algún mínimo huerto
dormitando a la sombra de una higuera,
la desolada nota del cactus agresivo
y una sed irredenta en la mirada
que acartonaba el alma y hería el corazón.
Más allá de los montes,
a la distancia justa del grito y de la lágrima,
se averiguaba un mundo
de brumas y gaviotas, de redes y veleros,
de cálidas arenas empapadas de sal.
Unos pocos kilómetros bastaban
para herirnos la frente con la ausencia
del mar, de aquel inaccesible mar
tan nuestro y tan ajeno.
Unos pocos kilómetros, muy pocos,
cegabán horizontes, amordazaban brisas,
arrebataban olas
negándonos el gozo de su abrazo,
su paternal y mítica caricia.
Nosotros, los oscuros,
los indefensos niños de secano,
apátridas de azul, mediterráneos
del árido barbecho y de la estepa
nacíamos ungidos por el cruel designio
de sólo navegar melancolías.
Aún late en mis oídos el recuerdo

de aquellas luminosas caracolas
que encerraban el mar en sus entrañas.
¡Con qué avidez de espumas escuchábamos
su profundo rumor, tan presentido!
En los charcos, los barcos de papel
-fragatas, carabelas, bergantines-
¡qué heroicas fantasías dibujaban!
Y en las terribles noches,
junto al canto del grillo y la cigarra
¡qué sueños de corales y de algas!
Pescadores de almendras, marineros sin mar,
argonautas del cieno...
Unos pocos kilómetros,
y hubiera sido nuestro el universo.
Ahora, desde lejos,
a pesar de los cierzos transcurridos,
todavía me vibra la nostalgia
de haber tenido el mar
tan cercano, tan mío,
y no haberlo nacido.

QUIERO TENDER MIS MANOS

Quiero tender mis manos suplicantes,
vacías de preguntas y de sueños,
a la tierna desdicha de la alondra
que vuela y vuela sin cesar. Yo tengo
mis alas transparentes maniatadas
tras un largo periplo.

Mis débiles orillas
están encenegadas por un limo
que hierde sin dolor, pero que encierra
una esperanza leve, una locura
que se me va afianzando cada hora
como un claro repique de campanas.

Soy polen y ceniza.

No me importa la sarcástica risa
ni los torpes ladridos a la lluvia
de los que sólo saben
contar o ser contados.

Entre la turbamulta de la vida
yo escojo mi sendero solitario
y salgo a conquistarme los volcanes
con una libertad que es sólo mía.

AMANECER

En esta madrugada interminable
quisiera proclamaros mi esperanza
en una nueva luz, más duradera.

He dejado olvidada
en un valle sin fondo ni arco iris
mi antigua oscuridad, ya resumida
en un brusco desdén. Sus huraños rencores
bordean los perfiles de una herida
que antaño esclavizaron impidiendo
su heroica cicatriz, tan deseada.
Ya es ceniza la sombra.
Mis manos están limpias.

Me apresuro
a desencarcelar las primaveras,
a suprimir eclipses, a recoger los pétalos
que la lluvia dejó sobre el asfalto.
La sonrisa de un niño me acompaña
cuando barro mi umbral de esas tristezas
minuciosas y humildes que se esconden
por las hondas esquinas de la aurora.

Abro de par en par todas mis puertas:
una brisa muy clara, de mar recién nacido,
me inunda y me renueva.
¡Qué distinta la luz de esta mañana!
Mi alondra se despierta: un aroma de espliego
lentamente se esparce por la casa.

DIGO AMISTAD

*A Luis Fernando Aguirre,
en nuestro veinticinco aniversario
de amistad.*

Digo amistad y se me ensancha el alma
con un eco de mares infinitos,
albatros aletean en mis sienes,
veleros se me adentran y me surcan.

Digo amistad y me resuena al fondo,
en la región lejana de la sangre,
un sutil y exacta melodía
fundida a un entramado de latidos.

Digo amistad y me domina un viento
de generosa entrega. En la serena
ternura de la tarde, ese viento
me alza, me remonta, se me ofrece
como un limpio refugio.

Digo amistad y simplemente digo
abierta transparencia, línea pura,
silencios compartidos, paralelos
reflejos y caminos.

Un amigo es un árbol: tarda años
y años en crecer. Mas cuando alcanza
su hermosa plenitud, su permanencia,
iqué firmeza su tronco! iqué remanso
su sombra! iqué frondosidad sin límites
nos aguarda en su copa!

Si algún trágico día
un huracán de muerte lo derriba,
desgaja sus entrañas, acalla para siempre
su voz alentadora y compañera,
se nos agrieta el pecho y se nos queda
el alma envejecida. No hay dolor
tan claro y tan tenaz como ese exilio
hacia la eternidad. Yo lo he sufrido.

TU HUELLA ENCUENTRO, DIOS

Tu huella encuentro, Dios, sin duda alguna,
en esa infinitud del universo
que regulan tus leyes ancestrales
dominando la danza de los astros,
su esclavitud patética y lejana.
Tu huella encuentro, Dios, también sin duda,
en las mínimas cosas de la vida:
el insecto, la flor, la melodía
de la rama y el viento, el breve nido,
la emocionada gota de rocío.

Mas si quiero encontrar tu fiel presencia,
la exacta dimensión de tu ternura,
me acerco con asombro dolorido
a los lloros del niño sin infancia,
a la esperanza gris del emigrante,
a la parda tristeza del hambriento,
a los ojos sin luz del humillado,
al eterno temor del perseguido,
a todo el desamor y la injusticia
que cabe en un puñado de temblores...
y abrazado al lamento y a la herida,
allí te encuentro, Dios, allí te encuentro.

TRÁNSITO

Un día, cualquier día,
bajo la ardiente claridad
de un sol distinto,
cerca de un mar sin islas
ni horizontes,
yermo en mi soledad,
entre el rescoldo de antiguas
y ya olvidadas certidumbres,
se apagará mi voz apasionada
y mis ojos
reflejarán para siempre
tras el limpio cristal de sus pupilas
la nieve vegetal y permanente
de los breves almendros florecidos.
Un instante, sólo un instante
empleará mi memoria en ese tránsito:
será el paso fugaz de los vencejos,
el crepúsculo fiel de mis recuerdos,
la oscura melodía emocionada
y un roto aletear de oscuridades.
Batirán las olas en mi orilla
la ilimitada terquedad del tiempo.
Después vendrá el silencio,
raíces, cenizas, nubes, viento,
todo un brusco teorema de verdades
a través de mis párpados sin sueño.
Ya presiento
el tibio y maternal abrazo,
el susurro cordial de bienvenida
con que me acogerá la dulce tierra.
Ni una herida

quedará en mi pecho esperanzado,
ni una huella en mi asombro sin fronteras.
Yo quisiera
fundir mi sangre con la savia nueva
de las desamparadas amapolas
antes de comenzar ese regreso
hacia mi ausente valle de las sombras.

EL RÍO

Nace en la soledad, en el destierro
de recónditas cumbres.
Su infancia es el estruendo,
la cascada viril, la torrentera
repleta de esperanza y valentía.
Se sabe poderoso, inaccesible,
y guarda en sus entrañas un destino
de alegre trotamundos sin barreras.
En búsqueda incansable
desciende a la ternura de los valles
convirtiendo su furia en mansedumbre,
su vertical inicio
en un abierto mundo de horizontes.
Intima con los chopos,
dialoga con los pájaros,
y perezosamente se desliza
como una larga sierpe brillante.
Prosigue su camino
irrumpiendo triunfante en la llanura,
acaparando soles en su cauce,
diademas de verdor en sus riberas.
¡Qué vocación de entrega, qué derroche
de generoso amor hacia la tierra
para saciar su sed abrasadora!
Avanza, avanza, avanza. Ya percibe
un viento salitral, un aleteo
de gaviotas perdidas, una orgía
de arrecifes, de playas y de olas.
Su corazón de agua
acelera su atávico latido
ante la muerte heroica que ya intuye

y sus viejas orillas se conmueven
en un cósmico ardor apasionado.
Ya tiene frente a sí
la azul inmensidad de su condena
ofreciendo en abismos transparentes
la epopeya final de su andadura.
Es imposible huir. El ya conoce
las leyes implacables
que regulan su suerte
y acepta humildemente su tragedia
como un tierno titán estremecido.
En un silencio antiguo se produce
la cópula ancestral del mar y el río.

ARBOL

Arriba,
el tronco erecto, fiel a su destino,
valientemente alzado hacia las nubes,
la hospitalaria copa navegando
las audacias sin fin de cada viento,
el alegre bullir de savia nueva
en sus hondas y cálidas entrañas,
el verde parpadeo de sus hojas,
su acogedora sombra, su serena
estampa de gigante adormecido.

Abajo,
un mundo inaccesible y turbulento
pleno de oscuridad, sin aventuras.
Raíces laborando como topos,
retorcidas, vibrantes, imponiendo
sus leyes cotidianas e infinitas,
extendiendo con furia sus dominios.
No hay auroras, ni trinos, ni contornos:
solamente un recóndito silencio
y una ciega avaricia encarnizada.

Lo mismo que ese árbol anclado en el sendero
yo tengo mi paisaje abierto a un horizonte
de eternas madrugadas, de pájaros insomnes,
y una esperanza nueva que me recubre el alma
como una primavera que estreno cada día.
Lo mismo que ese árbol, yo tengo mis raíces,
mis luchas doloridas, mis viejas soledades
horadándome el pecho, y una vaga nostalgia
posada entre las venas, acechando un resquicio
para inundar mi pulso con su tristeza viva.

Lo mismo que ese árbol, me crezco en la alborada,
comento con la tarde mis últimos poemas
y encierro en un profundo destierro sin tapias
mis íntimas heridas, mis fangos, mis hastíos.

Lo mismo que ese árbol, olvido mis raíces,
y ofrezco al caminante mi sombra y mi remanso.

En el camino espero, lo mismo que ese árbol.

De
CUADERNO DE LOS ACERCAMIENTOS
«Premio Angaro»
(1980)

*A mi padre,
a su callada música,
a sus libros cerrados.*

NACIDA FUE MI VOZ

Después de un tiempo oscuro,
de un caminar por los acantilados
tan sólo respirando la herida de las sombras,
nacida fue mi voz.

Se presentían
sus torpes balbuceos,
su tímida querencia de alcotanes,
al aire el vuelo gritador y ardido.
Oculta palpitaba entre la urdimbre
de alguna soledad,
allí, donde la brasa anhela el soplo
que remonte hacia el fuego su esperanza.
¡Qué larga gravidez, qué dolorida
y lenta floración
de asustada crisálida en mi sangre!
La pugna entre el cuchillo y la azucena
aletargó los siglos de la ausencia,
acalló la simiente, la mantuvo
proscrita en una tierra calcinada y heroica.
Mas una primavera sin cipreses
cuajó de tierna lluvia sus latidos
derrotando a la noche.
Llegada fue la luz.

Los viejos lacres,
que sellaban mis párpados
resquebrajados fueron:
un inmenso horizonte de horizontes
germinaba en mis ojos redimiendo
la asombrada oquedad, nuevas riberas
abrazaron mi cauce mansamente,
desconocidos juncos me ofrecieron

hermosísimas danzas al viento de la tarde.
Fundidos ya los broncos eslabones
que antaño amordazaran mis umbrales,
abjuré del silencio y la costumbre:
como un antiguo rito se hizo voz el milagro
y habitó en mi garganta.
Desde ese claro instante
la lumbre es compañera de mis huellas,
descubro en las auroras
la suavidad del ala en mi frente desnuda,
en mi abierto reducto sólo escucho
la limpia melodía de la aproximación.

PÁJARO POEMA

Sé que está ahí, oculto y asustado
en un hondo rincón,
bordeando los filos de la duda
con su segura carga
de heridas y caricias.
Presiento su latido inconfundible,
su levedad de sombra entre las sombras
ajenas de la noche,
su tímido perfil desdibujado
en los lejanos huecos.
Desde mi ardiente orilla le requiero,
angustiada mi voz,
brillando en mi palabra
la orden y la súplica.
Me niega su presencia. Le persigo
por astutas veredas, acorralo
sus frágiles temores, acaricio
su erizado plumón, todo ternura.
Cuando creo tenerlo entre mis manos,
ya para siempre mío,
vuela lejos de mí, enloquecido,
dejándome en el pecho
un absurdo serrín de versos inservibles.
Furtivo en mi penumbra
espero su retorno, mansamente,
con la sutil paciencia
del que se sabe a solas con su incendio.
Volverá con la aurora,
palpitante y sumiso como un astro,
dispuesto a colocar su dulce grito
en la cúspide exacta de mi sangre,

y dormido en mis redes
yo velaré por siempre su sueño prisionero,
su hermosa esclavitud que me anticipa
mi propia libertad.

LAS HUELLAS REDIMIDAS

¡Qué indemne claridad,
qué extensos vuelos
invaden mi reducto, cuando a solas
me acerco a mi memoria!
Todo se torna leve.

Un silencio
de vieja catedral
se adueña de mi entorno,
me acoge entre sus brazos, me rescata
del torpe griterío
que bulle más allá de la ventana.
Los párpados cerrados me liberan
del ancla del presente, propiciando
el tránsito al milagro.
Con manos enguantadas
en el vidrio más frágil, mi memoria
abre el hondo bargueño del pasado,
rebusca entre su noche
y extiende ante mis ojos
el anchuroso álbum de mi vida.
A través de sus páginas de niebla
recobra mi mirada
la hermosa nitidez de algún paisaje,
aquella luz dorada de unos días
ebrios de fruta y sol,
mi largo deambular por un sendero
estrellado de instantes prodigiosos.
Las huellas más lejanas de mi historia
renacen ante mí, ya redimidas
de esa pátina oscura
que el tiempo y su furor les deposita,

y vuelven a ser mías para siempre,
cuajado mi cerebro de distancias.

Calmada está mi sed.

El aire recupera
su espesa actualidad,
la inmediatez cercana de mis horas.
Con gratitud me aparto
de la amorosa voz de mi memoria:
será corta mi ausencia,
porque mañana el hoy será recuerdo
y solamente ella puede darme
una resurrección en mi muerte diaria.

REENCUENTRO CON LA CASA

No debimos hacerlo, porque el tiempo
es un lodo implacable
que oscuramente cubre cuanto roza.
Quisimos recordar las viejas horas,
la evidencia feliz de unos espacios
que acumularon lumbre enamorada
en los meses primeros, cuando la vida era
un derroche de cuerpos sorprendidos,
un surtidor de espigas,
una eterna mañana en nuestro aliento.
No debimos hacerlo: sólo hallamos
inauditos escombros de caricias
esparcidos por todos los rincones,
alféizares cegados, añicos de palabras,
desvencijados lechos sin historia,
y el aroma de un llanto inagotable
llenando de dolor las mudas grietas.
Salimos con tristeza, y la vida
inundó nuestros ojos nuevamente
con el claro bullicio de la calle.
Entonces comprendimos
que aquella no fue nunca nuestra casa,
que jamás la habitamos.
Y regresamos juntos a nuestra certidumbre,
a los intactos muros de un recinto
alzado en la memoria,
imposible a la ruina, permanente
en su pura presencia,
por siempre inalterable en su hermosa verdad.

LA PALABRA Y EL FUEGO

A la memoria de mi lejana abuela Joaquina de las Mozas, muerta de siete tiros en mayo de 1808 ante una partida de soldados franceses por el grito de «¡Fernando y España!».

Yo quiero preguntarte, tierna abuela,
doméstica tigresa, luchadora
por una inútil causa
que en la flor de tu pecho se hizo justa:
¿Qué rayo de rencor, qué rebeldía
desgarró tu garganta?
¿Qué dormidos volcanes habitaban
el menudo entramado de tus huesos?
¿En qué desván de siglos encontraste
la daga de tu voz?

Huele a miedo la noche, resplandores
de lejanos incendios anticipan
el rojizo terror de la tragedia.
La ebria soldadesca
maldice, orina, eructa, vocifera,
en desbocada orgía
de pólvora, rapiña y aguardiente.

¿Qué fue de tus trigales, tierna abuela?
¿Dónde los viejos muros de tu casa?
Han hendido tu tierra, han profanado
tus heráldicas piedras. Sólo queda
un sórdido rumor de extrañas lenguas
lamiendo los andamios de tu historia.

Odiadas sombras cruzan tu camino,
te averiguan, intuyen
la altiva soledad de tu presencia:
quieren oír tu llanto y sólo escuchan

la furia de tu stirpe hecha palabra.
Heroica tonta mía, dulce alondra,
podías haber callado tus verdades
como tantos hicieran, emboscados
en el lívido rito
de las adulaciones.
Mas una ira súbita y mordiente
ascendió la escalera de tu pecho
y descansó en tu boca.

Negada está la aurora a los luceros.
Los tristes nubarrones del encono
han posado su lluvia amarillenta
en el fatal gatillo.
Siete dedos se engarflan como siete
alucinados áspides.
Siete espasmos de fuego.
Siete dardos de plomo se cobijan
en tu cuerpo arrugado.

¿Has visto lo que has hecho, loca mía?
¡Qué torpeza infantil la de tu gesto!
Ante la sinrazón de los fusiles
es inútil jugar
el naipe del fervor o de la idea.
¡Mira como el torrente de tu sangre
va empapando tus haldas!
¿Hablas de libertad? ¡Si tú supieras!

No, abuela no, ya sé que tú no lloras:
no son tuyas las lágrimas
que humedecen tus manos de jilguero.
Cierra los ojos, duerme. Todavía
respiramos la noche y su ceniza.
Pero en la piel nos surca la esperanza
de un claro amanecer tras los olivos.

AQUELLA LUZ PRIMERA

Aquella luz primera,
aquel inmóvil baile de los árboles,
aquella muchedumbre de horizontes
que se agolpaba en los atardeceres,
¿eran así, oferta generosa
de su propia hermosura,
o bien se desprendían como asombrada pátina
del grito cegador de nuestros ojos?
¿Era la luz tan cierta?
¿Tan valiente la brisa?
¿Tan hondamente cálidos
los lejanos crepúsculos?
Nada importa la duda:
todavía
nos brilla alguna alondra en la mirada
y aquella luz, aquel inmóvil baile,
aquellos horizontes,
como sumisos lázaros acuden cada noche
a la implacable voz de nuestra frente.

AHORA

Ahora que este lentísimo crepúsculo
resuelve en llamaradas la altivez de la tarde;
ahora que este silencio nos envuelve
como un humo de sándalo
y aleja de nosotros
la carcoma del grito y la mentira;
ahora que se ilumina tu mirada
por un viejo rescoldo,
vencida la ceniza por el ascua;
ahora que compartimos los poemas
que alientan nuestra vida y nos empujan
hacia mares ausentes,
dominada la estepa y sus inviernos;
ahora que nuestros pulsos se rebelan
como hostiles ejércitos
contra la oscura soledad del hombre
y nos duele en la sangre
la torva plenitud de sus naufragios;
ahora que nuestro tiempo se adormece
en el limpio tic-tac de un mismo péndulo,
y las horas son pozos de ternura,
y nos lueven minutos como estrellas,
y en un segundo resumimos siglos
de nuestra eternidad incomprendida;
ahora, sólo ahora,
yo quiero confesarte, compañera,
que en mis noches de insomnio,
mientras juegas indemne con tus sueños,
los aullidos de algún miedo inconcreto
hieren mi corazón estremecido,
y que un extraño viento sin palabras
siembra de diminutos alfileres
la extensa placidez de nuestra almohada.

UN DÍA

Un día. Sólo un día. Casi nada.
Un montón ordenado de minutos,
un simple recorrido
por la redonda senda
estelada de numeros y dudas.
Una pizca en el torrente
voraz del universo.
Una huella en la niebla,
un humo que se marcha,
un vuelo ya olvidado
de aquel insecto mínimo
cuyo nombre jamás preguntaremos.

Y sin embargo, siempre, nuestra vida
acaba siendo un día, sólo un día,
un día irreplicable ocupando su centro
y una serie de años sin sentido
sirviendo de ropaje a su memoria.
Es aquel claro día
en el que amanecemos al asombro,
porque todo es verdad a nuestro paso,
y sin ira miramos el espejo,
y por primera vez nos descubrimos
como queremos ser:
indemnes,
 plenos,
 limpios,
 libres,
 nuestros.

ACERTIJO FINAL

Hay un tiempo vibrante y compañero
que inunda nuestro entorno, como un claro
y limpio manantial.

Al amor de su péndulo vivimos
la palabra hecha luz,
el juego de las alas con el viento,
o la llama que alienta en los resquicios
de cualquier sombra humana. Es su símbolo
esa estrella que nace en nuestra frente
al respirar el canto de algunas primaveras.

Hay también otro tiempo de penumbra
que anida en el desván de los silencios,
heraldo de un dolor sin redenciones.
Su huella va sembrando el gris en las pupilas,
la ceniza en los labios,
de llanto va cubriendo la médula del alma.
Nada escapa a su injuria: sus reflejos
nos horadan las horas
y enmudecen la voz de nuestros pulsos.
Sólo reina la noche en su universo.

¿Sobre cuál de esos tiempos dormiremos
nuestro sueño alambrado
cuando la inmensa duda nos reclame
y habitemos la alcoba de la nada?

De
MEDITACIÓN DE LOS ASOMBROS
«Premio Gules»
(1981)

A Leopoldo de Luis con mi agradecimiento por su maestría humana y poética.

*Museo de Ricas Telas, procedentes de sepulturas reales,
en el Monasterio de las Huelgas (Burgos)*

Un lejano pudor se deshilacha
en los cansados pliegues, aterida
dormita la memoria en este mundo
de sedas y brocados.

Nadie ocupa
los huecos, nada ciñen
los recamados cintos. Las aljubas
desmoronan su orgullo en desvaídos
sínoples. Hay un llanto
de inútiles alfanjes,
un memorial de sienes en birretes
perlados. Se diluyen
quebradas geometrías, arabescos
en los lienzos sasánidas. Campean
leones y castillos
por oxidados predios, esparcida
su remota altivez.

Pacíficas espuelas
hieren sombras de ijares, borcegués
que olvidaron el barro y la montura
caminan su destierro.

Una extensa quietud
agosta y desvanece
las praderas de armiños derrocados.

Cuencos de vida fueron, palpitantes
albergues. La esperanza
habitadora fue de su recóndita
tibieza.

Conocieron

campanas doloridas, bulliciosos
rabeles, arroparon
un venero de halcones
en la tierna mullicie de sus sargas.

Después, la dormición.

Una penumbra
de insólita orfandad,
un húmedo pavor, una carcoma
roturando los músculos, abriendo
desolados postigos en la entraña,
molienda de cenizas, lenta, lenta
consunción.

Y un silencio
antiguo y mineral alimentando
los triunfos implacables.

Llegado fue el final de la andadura:
en la inhóspita feria se resume
tanta gloria callada,
tanto inmóvil aliento.

Ya reposan
estos nobles harapos su cansancio
de siglos.

La mirada
descubre entre el asombro y la riqueza
un archivo de humildes soledades.

*Iglesia-Monasterio de San Millán de Suso, escritorio
de Gonzalo de Berceo (La Rioja)*

Tuvo que ser aquí,
en esta soledad que se derrama,
en este verde olvido,
en este inmenso código miniado
de pájaros y arroyos.
Aquí, bajo la paz en piedra y luna
de los arcos mozárabes,
en la penumbra de los viejos cantos,
al aire un pentagrama de salterios,
doradas letanías.

Tuvo que ser aquí, serenamente,
donde el milagro fuera,
que la grácil semilla iluminada
sólo crece, y empuja, y se remonta
desde un hondo universo.
Se te respira aquí,

en una amanecida
de lejanos prodigios,
todo espalda encorvada,
todo imagen menuda y decidora,
una humildad de soles y bancales
desclavando tu frente,
siempre nuevo el asombro en tu mirar.
Hay un silencio azul.

El pergamino
ofrece su desierto interrogante
a tus manos de salvia y alhucema
(ese temblor no importa, tú lo sabes,
es un verso que espera y se rebulle
agitando sus alas).

Ya se mueve
el cincel de tu pluma, hormigueando
por remotos senderos.
Y nace tu palabra,
frutal y primigenia,
avecica, fontana,
refugio, tierna luz:
Quiero fer una prosa en roman paladino...

Tuvo que ser aquí,
en esta soledad que se derrama,
en este verde olvido,
en este inmenso códice miniado
de pájaros y arroyos
donde el milagro fuera.

*Restos de las explotaciones auríferas romanas de
Las Médulas (León)*

Bronco drama el paisaje, mudo duelo
en la ultrajada entraña,
resecas nervaduras, lejanía
de abatidos titanes,
roja desolación en los despojos
de esta tierra crispada.

Y un latido
de tragedia remota que aún respira.
Lento fue el cataclismo:

torvamente
la sangre iba cubriendo los alcores,
imponiendo su estigma,

la codicia
avanzando caminos de gangrena
por los secretos túneles.

Dicen que fueron
sesenta mil penumbras
mordiendo la montaña y sus escorias,
sesenta mil anónimas tristezas,
esperanzadas muertes
en cósmico dolor acumulando
su carga de exterminios,

gesto inmóvil
de hambrientas alimañas,
hondo invierno de miedos.

Algún día,
consumada la herida y sus injurias,
las impolutas clámides
iniciaron su éxodo
para cumplir con su imperial destino.

Como ofrenda
a tu tierna memoria de orfandades,
pongo sobre tu nombre
una menuda rosa,
y en el cálido alfar de mis asombros
encarcelada quedas.

*Cementerio de peregrinos, junto a la Cámara Santa
de Oviedo*

No pudieron llegar:
la muerte fue rotunda en su ventisca,
cubrió de roquedales el camino,
se apoderó de puentes y cruceros,
esparció su nocturna sementera
por los cansados valles.

No pudieron llegar:
aquí quedaron
con su gran soledad de campanario,
implorando su estrella, peregrinos
por sendas de silencio.

No arropan ya las viejas esclavinas
sus cuerpos de granizo,
ni los bordones tiemblan
bajo el peso de rítmicos fervores,
ni ofrecen las humildes calabazas
sus vientres de frescura.

No pudieron llegar:
calladas bocas
no despliegan los cantos camineros,
ciegos ojos no buscan en la niebla
las huellas y señales,
sus corazones sirven de alimento
a un herbazal sin nombre, desolado.

No pudieron llegar:
truncados fueron
su destino y su luz.

Aquí reposan
en el doble horizonte de sus noches,
vacíos ya de vida,

para siempre
vacíos de esperanza.

En sus manos
la cóncava venera se derrumba
en un sueño de leguas imposibles.

*«Micaelis me fecit, 1175»: inscripción junto a la figura
de un cantero en la portada de la iglesia románica de
Revilla de Santullán (Palencia)*

Habla la piedra aquí,
y su voz de caliza nos entrega
algún afán remoto de memorias
desde antiguas orillas.
El corazón del tiempo ha detenido
su cansado latir.

Sólo se escucha
en este duermevela de palabras
su gritadora pátina:

Micaelis me fecit.

El fue tu hacedor, él
te regaló la vida lentamente.
Aún conservas las huellas de su aliento,
su sudor como lluvia compartido
con la humilde intemperie, su mirada,
sembradora de asombros,
hecha forma y milagro en tus sillares.

Micaelis me fecit:

¿Cómo fueron sus manos?
¿Con qué sabia ternura acariciaron
su labrado universo?

¿Temblarían
de humillado dolor al convertirse
en cuencos de limosna?

Y su pecho,
¿qué lejanos orgullos encerraba,
qué heridas mansedumbres se escondían
en la parda campiña de su frente?
Todo es olvido ya:

sólo su nombre
permanece en los siglos recordando
que en cada vieja piedra,
tras la muda canción de su hermosura,
hay un golpe de amor encarcelado
humanamente vivo todavía.

*A Jacinto López Gorgé, cordial
mediterráneo.*

he de posar las mías
tan recientes, tan torpes, tan calladas,
tan huérfanas de soles:
quiero sentirlos más,

quiero grabaros
en el fosco nevero de mi sangre,
asumir vuestro palpito de abismos,
recoger el aliento solidario
del hombre que dejó sobre esa roca,
acaso sin saberlo,
la soledad remota de un poema.

«Julia Anula, hija de Cayo, aquí yace. Por el hado nefando amenazada, poco vivió: la muerte la arrebató cuando contaba 18 abriles de su joven edad. Dile, oh viandante, séate la tierra leve»
(Lápida romana. Museo de Mérida. Badajoz)

Que jamás puede ser la tierra leve
para tu cuerpo en flor,
oh Julia Anula, diez y ocho
abriles en silencio
y en terrible quietud.
Que pesa, y duele, y amordaza
esa oscura tierra que te inunda
los ayer limpios ojos,
la boca soñadora
de un beso iluminado,
los derruidos pechos
tan sólo acariciados por el frío.
No eres ya ni recuerdo, Julia Anula,
ni siquiera
ceniza en columbario,
mas perdura tu huella en el granito
proclamando
tu presencia fugaz.
¿Qué praderas habitas,
qué lagunas
reflejan tu silueta de gacela,
qué bronces de campanas se alimentan
con el llanto lejano de tu voz?
Los dioses te acogieron
con la esquiva sonrisa del que oculta
un error disfrazado de destino,
que no es justa la muerte

si la vida es promesa no cumplida.
Perdónalos,
y duerme
un sueño de truncadas primaveras
entre tus manes familiares,
mi dulce Julia Anula,
triste memoria de muchacha,
sólo nombre,
definitivamente piedra.

*A Marisa y Rafael Montesinos, voces
amigas que alentaron.*

*Tumba vacía, destinada al Almirante Roger de Lauria,
al pie del túmulo de Pedro III de Aragón, en el
Monasterio de Santes Creus (Tarragona)*

Aún rezuman tus huesos la nostalgia
del espacio vacío,
aquel que preparaste
para el largo periplo sin regresos.
Aún resuenan las galernas
en la oscura oquedad,
allí, bajo los arcos cistercienses
de la paz duradera,
junto a un mundo de viñas y de almendros.
Bien hubieras podido adornarte la muerte
con el mármol labrado de los grandes,
tú, indiscutible dueño
de un mar antiguo y deseado.
Pero la humilde tierra te llamaba
a los pies de tu rey,
y quisiste acudir desde el silencio
como un can nobilísimo
para velar los sueños de tu amo.
No pudo ser así:

los violentos horóscopos
empujaron tu nave hacia otros arrecifes,
y naufragó en espumas tu deseo.

Reposa tus exilios, buen hidalgo,
junto al canto salino de tus olas
y el bullir asombrado de tus peces.
No te inquieten
promesas incumplidas, ni el recuerdo
de aquel desalentado hueco

bajo la losa ardiente de añoranzas.
Descansa tu dolor, Roger de Lauria,
hacedor de un imperio,
ya setecientos años
en la lealtad dormido.

*«Aquí jaz doña Joana de Castro,
Reina de Castilla que se...»
(Inscripción incompleta en su sepulcro de la Catedral de
Santiago de Compostela)*

Truncada la leyenda, sólo el nombre
perdura.

Que así fue tu caminar
de corza dolorida
por los vivos senderos:
una rota vihuela descordada,
un tálamo vacío,

un lejano
golpe de abandonos.
La crueldad, ese cuervo
que a la siniestra vuela sus augurios,
anidó entre tus álabes,
hostigó tus honduras,

cubrió de sal y miedo
el limpio parteluz de tu mirada.
Solamente una noche, solamente
unas horas de fuego y torratera
en tus arras de cáñamo.
Después, lenta nostalgia:
un madrugar de nieve en tus alcores,
un accho de vanas polvaredas,
un voltear de ruecas, unos tristes
juglares romanceando
la estéril doncellez de tus anillos.
Imposible el perdón:

no hay mayor culpa
que enclaustrar la esperanza
en un cofre de hierros ignorados.

Quizás mejor así,
tan sólo el nombre,
truncada la leyenda, que el granito
no aviente ni proclame.
Al fondo, en el silencio,
el turbio crepitar de tus heridas,
la herrumbre de tu sueño.

Muñeca de marfil, siglo IV, hallada en la necrópolis paleocristiana de Tarragona junto a los restos de una niña de 6 años. (Museo Arqueológico de Tarragona)

¡Qué lenta fue tu noche,
y qué profundo el frío, y qué terrible
aquel largo silencio!
Imposible el olvido:

unas manos
repletas de ternura
allí te colocaron,
junto a su dulce sueño, tan inmóvil.
Llegará la mañana, te dijiste,
y con ella

su voz hecha caricia,
sus abrazos de madre en miniatura,
quizás la tibia nana recogida
de los antiguos labios.
¡Qué dolorida noche!

Transcurría
el tiempo en su cruel devanadera:
no llegaba el calor, y era el espacio
cada vez más callado,
más hondamente oscuro, vivo asombro
tus ojos de marfil.

Y tú seguías
ajena a su quietud, eternizada
en un inmenso invierno.
¡Qué dramática noche
de mil seiscientos años ateridos!
Al fin llegó el milagro:

un claro día
amaneció la luz en tu vieja tristeza,

desconocidas manos renacieron tu cuerpo
hacia una extraña vida,

nuevas voces
comentaron tu insólita hermosura.
Y tú, desconcertada,
perdida aventurera de la historia
en un mundo jamás imaginado.

Ahora habitas
en anchurosa estancia, rodeada
de objetos venerables.
Eres joya arqueológica,
catalogada pieza de museo.
Mucha gente se acerca a tu vitrina,
mas sólo te contemplan.
No eres feliz:

yo sé que tú quisieras
regresar a tu hueco,
junto al perfil desmoronado
de los siglos insomnes,
para seguir allí,
calladamente,
alerta en tu vigilia,
pura fidelidad,
enamorada sombra de esperanza.

*«Princesa Cristina, hija del rey de Noruega Haakon
Haakonson. Nacida 1234. Casada 31 de marzo de 1258
con el Infante Don Felipe de Castilla,
Abad de Covarrubias. Fallecida en Sevilla 1262»
(Lápida sobre su sepulcro en la Colegiata
de Covarrubias, Burgos)*

Como una vieja nave
varada en este lento mar de ojivas,
así tu sueño en piedra resumido.
Como un raro perfume
desde lejanos pomos derramado,
así tu tierna saga,

tu memoria.

Tú fuiste un viento azul
que agitó los trigales, una lluvia
de rubias primaveras
para esta tierra parda de merinas.
¡Qué desiertos tus ojos, y qué ausentes
sin tus lagos helados, sin tus fiordos,
sin la remota hondura de tus bosques!
¡Qué espejismo de vuelos de gaviotas
sobre las doloridas parameras!
No te trajo el amor hacia estos pagos,
que razones de estado decidieron
tu destino de almena desmochada,
la sumisa andadura de tu cuerpo
hacia manos de cobre, siempre ajenas.
¡Qué cansinas las horas
de la obligada entrega, qué llanuras
de nieve en tus entrañas,
tan desoladamente recorridas!
Como una flor sin polen

olvidada en un gris invernadero,
así tu corazón, pura nostalgia.
Como un sediento grito
encalando de lágrimas los muros,
tu oculto desamor petrificado,
tu imposible regreso,
Cristina Olav, Princesa de Noruega,
ya para siempre Infanta de Castilla.

*Para Luchy y Salvador, este poema
que un día vivimos juntos.*

*Castillo de Garci-Muñoz (Cuenca) ante cuyas puertas
fue herido de muerte Jorge Manrique*

Aquí calló la voz.

Aquí el destino
encontró su planicie placentera
tras el azar del risco y la quebrada,
que quien fue de la muerte buen vasallo
vino a rendirle aquí su pleitesía.
Temprano fue la cita:

¡cuántos versos
en la rota garganta, cuánta aurora
truncada, cuánta luz
con la sangre esparcida sobre un prado
de inmóviles rocíos!
Un invierno de pájaros sedientos
nos llueve en la mirada.

Y se hace todo mar,
y el pedregal es un acantilado
de retamas dormidas,
y hay un río lejano y duradero
que lentamente llega,

y avanza,
y se derrumba
ante un llanto de adarves y almenaras.
Isleño es el silencio:

la memoria
recupera su dédalo de ausencias
en esta soledad murmuradera.
Y queda la palabra hecha lentisco
ya siempre detenida
en el vivo morir de esta andadura.

*Sepulcros anónimos, siglo XV, en el Monasterio
de Tentudía (Badajoz)*

Bajo la oscura bóveda vencida
cuatro figuras duermen su abandono.
Sólo bultos labrados:

desolación del mármol

sin el hondo calor de la memoria.

Un lentísimo invierno
poblando fue de escarcha sus perfiles,
destruyendo ataduras, inmolando
sus huellas al silencio.

Alzóse en torvo triunfo la ceniza:
ni siquiera sus nombres
lograron remontar el infortunio,
que así paga el destino,
en tan voraz moneda,
sus enconadas deudas con la vida.

Y saber
que estos montones tristes respiraron
se inundaron de amor, o lo sufrieron,
acumularon juncos y raíces
en sus odres de sangre,
ardientes vendavales en sus frentes,
estepas de dolor en su mirada.

Todo fue.

Todo huyó.

Sólo quedan
cuatro nadies yacentes, cuatro alcores
de muda ingratitud,
cuatro siglos de hielo renaciendo
multiplicadas muertes cada día
en este yermo imperio del olvido.

De

ARDIERON YA LOS SÁNDALOS

(1982)

PRIMER INTERROGANTE

Antes de esta presencia, de este ahora,
¿qué crisálida fuiste, qué caminos
de juncos y manzanas
abrazaron tus huellas,
en qué tiernas galaxias albergaste
tu esperanzada luz?
Quizás un musgo antiguo y serenísimo
cubriera tus horóscopos
augurando un sabor de terciopelos
para tu piel futura,
ese sabor a lumbre y amapolas
que hoy mis labios cansados recuperan.
Quizás entre las ramas
de algún árbol sin nombre, verde patria
del viento y de sus cítaras,
estuviera escondida la sonora
semilla de tu voz,
el germen de tu risa.
¿Dónde fueron tus ojos, en qué islas
de mares olvidados renacieron
su exacta placidez?

¿Qué manantiales
reservaron su espuma y sus cantigas
para hacer de tu frente una llanura
de trigales campanas?

¿Desde cuándo,
desde qué incierta edad fuiste fermento
predestinado a mí, a mí otorgado?
Antes de esta presencia, de este ahora,
tu lejano perfil,
promesa enamorada recorriendo

una pleamar de tiempos y de espacios
hacia mi soledad.

Flecha certera,
tan siempre presentida.

EL MAR LLEGÓ CONTIGO

Yo nunca tuve el mar:

mi infancia oscura
fue una siesta de cobre en alacenas
donde todo era fuego y jaramago,
donde todo era un rito de orfandades,
de pupilas vacías.

El mar era mi llanto:

gaviotas en mi frente
me hablaban de esa patria, dibujaban
sus azules fronteras,
su extensa libertad, su luz sonora.

Y yo en mi ausencia,

niño triste y cansado,
viendo pasar los días.

Pero llegaste tú,

y el mar llegó contigo.

Traías en tus manos la pulpa de las olas,
brilladora y furtiva, en tu pelo
un rebullir de peces asombrados,
y en tus ojos isleños
como un viento salino que cantara.

Era tu piel de arena, tu cintura

una tierna bahía,

tus pechos desbocados un refugio
de veleros sin sueño,

hasta en tu voz guardabas

un no sé qué de brújulas y espumas.

Y te acercaste a mí:

en tus acantilados

yo vi nacer el sol,

me cobijé en tus playas,

aprendí a navegar entre tus islas,
y me encontré la vida buceando
tus simas luminosas.
Yo nunca tuve el mar:
mi infancia oscura
era un sediento páramo sin nombre.
Pero llegaste tú,
y el mar llegó contigo
para siempre.

EL SUR

No indagues en las brújulas,
no busques
remotas geografías,
tus ojos no penetren el incendio
de las constelaciones
ni tus manos expriman
el hermético sol de los jazmines.
El Sur habita aquí,
en la callada umbría de estos muros,
en la alquimia del aire
que juntos cada día respiramos.
Míralo como un pájaro
furtivamente nuestro:
vuela
entre las leves copas de cristal,
pero jamás las rompe,
y roza nuestras frentes
con sus alas tan llenas de luciérnagas.
A veces se transforma
en un hondo silencio, se refugia
en las hojas de un libro
o en la serena luz de tu regazo.
Y entonces es más nuestro
todavía,
más intensa su voz,
más certero su gozo que nos une.
Olvida los caminos,
los mapas empolvados de palabras propicias:
el Sur habita aquí,
nos navega la sangre,
rebrinca en nuestras médulas.

Somos nosotros mismos
ese rincón de fuego,
esa radiante esquina de la vida,
ese cálido Sur
que tanto tú deseas.

MONÓLOGO CON MOZART EN TARDE DE LLUVIA

Quiero decirte, Wolfgang Amadeus,
hermoso y fiel amigo,
que esta tarde de lluvia me han hablado
todos tus violoncellos:

comentaban
aquellos viejos días de salitre
tan ebrios en la ausencia,
tan repletos de arena y soledades,
tan siempre regresados.

Quiero decirte, Wolfgang Amadeus,
ángel truncado en vuelo,
que tu voz se me enreda entre los ojos
como una hiedra lenta y me retorna
a infancias melancólicas,
a cansadas esquinas, a horizontes
que jamás se me alzaron,
a las sombras de olivos sin ternura
en las desiertas sendas.

Quiero decirte, Wolfgang Amadeus,
alegre compañero,
que te sientes aquí, junto a nosotros,
en este exilio de paredes blancas
que hemos ido naciendo entre poemas
para volver a ser más puros,
quizá para volver a ser, tan sólo.
Ponte cómodo, hermano,
toma un vaso de vino, bebe, canta,
que esta tarde de lluvia no hay tristeza
que nos pueda rendir,
aunque algún clavicémbalo nos hiera
las perdidas memorias, los espejos

de lejano mirar.
Sólo quiero decirte, Wolfgang Amadeus,
alondra de esta casa,
que resumes el tiempo en nuestras sienas,
que tus alas nos cubren
para tomar el pulso a las mañanas,
que nuestra torpe lluvia se diluye
como el humo olvidado de un mal sueño
al escuchar tu luz.

EVIDENCIA DESDE LA LUZ

Ardía nuestra piel, cómo quemaba
la luz de aquella tarde,
tan lejana y distinta
de las horas vendidas del otoño.
Desnudos nos sentíamos
bajo el claror aquel,
hermanos del celindo y del almendro,
asombrados e incólumes.
Hubiéramos querido imaginar la vida
a través de esa tarde,
con su exacta verdad alumbradora,
puro olvido del grito, pura sed.
Por eso nuestras manos
apretaban el tiempo dulcemente,
y cómo palpitaba y fugitivo
pretendía volar.
Doloroso fue el tránsito:
hubiéramos querido
petrificar la luz en la mirada,
detener el crepúsculo y su acecho,
asir con nuestros dientes
sus últimos reflejos, su agonía.
No pudimos luchar:
con sus turbios augurios,
con su silencio astuto de viejas oquedades,
nos recubrió la noche.
Y lloramos,
porque entonces supimos
que nunca fuera nuestro el universo,
que jamás lo sería.

ACCESO A LA RENUNCIA

Ese que ves ahí, serenamente
anclado en la penumbra
de un olvido de lábaros y halcones,
ése fui yo.

Quizás no me adivinas
porque una tierna niebla
humedece tus ojos, y hay un sueño
de cercanos otoños escondido
en el lento cantar de tu cintura.
Ese fui yo, te lo aseguro.

Sabes
que antaño pregonaba
toda la voz del mundo en un puñado
de cumbres y caricias,
cuando tu cuerpo era
la patria indiscutible de mi pulso,
sediento atardecer de mis centauros,
territorio del fuego.
Pero una nieve oscura fue cubriendo
mi ya cansada piel, y sólo liquen
me nació entre los párpados
con el asombro triste del vencido.
No preguntes, no busques
qué derrocados dioses me anidaron
en los dolidos huecos:

es la vida
que impone su paisaje a la memoria
por encima del mosto y de la espuela.
Ese que ves ahí, ese fui yo:
pretexto de una historia, casi arcilla,
agua que se derrumba lentamente
en este espejo inútil que es el tiempo.

ASUNCIÓN DEL OLVIDO

Se cumplirán los ritos:

la memoria
ejercerá su oficio dignamente
derramando su lluvia de crepúsculos
en los labios insomnes.
Primero será un fuego,
un crepitar de vidrios luminosos,
un huracán de espuma
sediento y fugitivo.

Pero las viejas guzlas,
sonarán dulcemente entre las llamas,
irán adormeciéndolas, velando
su dolido clamor.

Después serán las brasas,
el cansancio tenaz de unos reflejos
cada vez más lejanos,
cada vez más heridos
por una lenta niebla:

las palabras,
las huellas y los gestos
comenzarán su exilio hacia regiones
que jamás conocieron.

Implacable
se extenderá una sombra duradera.
Y luego, la ceniza,
con su quietud de estatua derruida,
testimonio de todos los inviernos,
brújula del silencio,

resumiendo la nada.

Nosotros,
desde playas remotas,
podremos contemplar cómo la hiedra
recubre nuestros nombres, cómo el frío
invade nuestro imperio.
No habitará el rencor en nuestros ojos
ni la nostalgia antigua
nos rozará las sienas.

Impasibles
veremos germinar aquella ausencia,
aquella oscuridad, aquel callado
y largo desamor.
Mas seguirán unidas nuestras manos,
a pesar del olvido.

LA LLAMADA

Alguien llama a la puerta:

son tres golpes

que vienen de muy lejos,
como tres vendavales,
como tres repetidas maldiciones.
Una oscura quietud ha detenido
el vuelo de las voces, ha posado
su lento interrogante
en la hojas sedientas de los libros,
en la frágil mirada de los búcaros,
en la callada hondura
de todos los espejos.

Foscamente

un tiempo muy cansado se derrumba
sobre los blancos muros, ya los cubre
de angustia, ya encarcela
su noble desnudez.

Alguien llama a la puerta:

no sabemos

quién llama,
no lo sabremos nunca. Se nos dijo
que esta torva llamada llegaría
desde una voz sin nombre,
con su grito de pájaros heridos,
con su clamor de sombras,
pero jamás podremos

descifrar su mensaje

ni el implacable rostro de su origen.

Retumba la llamada:

los tres golpes

repiten su tristísimo monólogo.

Con su encono de víboras sin sueño
se adentran en la casa,
husmean los armarios, se apoderan
de las flores más jóvenes, insultan
a los viejos retratos,
violan los relojes, asesinan
los versos más hermosos,
devoran nuestra luz, queman, arañan,
derrotan, acometen,
esparcen tempestades de algún frío
que nunca conocimos, fisgan, hurgan
con la torpe lascivia de sus dedos
en los huecos más hondos, allí,
donde habita el silencio
con su caudal de intactas profecías,
donde sólo germina la esperanza.
Alguien llama a la puerta:
duele el viento
recorriendo la sangre.
Una lluvia de llanto nos injuria
desde imposibles nubes.
¿Qué fue de nuestros párpados?
¿Qué cobardes espigas
crecen en nuestros hombros?
¿Dónde aquellos paisajes
que llenaban de lumbre nuestras venas?
Y vuelve la llamada,
más segura,
más bronca y retadora,
más tenaz.
No sabemos
quién llama,
no lo sabremos nunca, pero alguien
insiste firmemente. Y prosiguen
los ecos doloridos de esos golpes
invadiendo las médulas.

La casa está vacía:

fugitivos

marcharon los pequeños universos,
aquellos que alentaron nuestras vidas
durante rubios años.

Ardieron ya los sándalos: dejaron
una sonora espuma derramada,
un manantial de asombros
que inundó nuestras manos sin arcilla,
una huella en el aire
como el claro perfume de una lágrima.
Callaron ya las cítaras,

los salmos

detuvieron su altura
para olvidar dormida en nuestros brazos
su inmóvil orfandad.

Una mañana

de silenciosos mares accechaba
más allá de las cumbres,
en la cansada orilla de la sangre.
Derrocaron los astros
su antiguo poderío. Y volaban
a nuestro alrededor, como libélulas,
como una torpe nieve enloquecida.
Abrió la soledad sus laberintos,
ofreció sus prodigios dulcemente,
y nos crecieron anchas oquedades
en el caudal del alma.
Alguien llama a la puerta.

Nada existe

de la belleza antigua: las estatuas
dispersaron su mármol luminoso,
cegáronse los ríos,
sucumbieron los árboles. Un musgo
somnia sobre las ventanas,
por las sendas del tedio

una turbia ceniza nos acosa,
devanando tan sólo la costumbre.
¿Qué fue de nuestros labios?
¿En qué tumbas de vidrio
se ocultan nuestros ojos?
¿Qué granizos, qué ortigas han nacido
en el limpio mantel de nuestros vientres?
Todo es desolación, todo es pregunta,
temblorosa raíz.

Y sigue la llamada
reiterando su incendio,
con su remoto drama, tan cercano.

No abriremos la puerta: no debemos
dejar entrar a nadie.
Los harapos refulgen como púrpuras:
alguien puede robarlos.

Dueños somos
de este rincón de noche que nos queda,
y hay que defenderlo.
Centinelas del miedo y sus volcanes,
velaremos la ruina
de nuestra pobre historia,
sus grietas desdentadas,
sus aljibes vacíos.

Y seremos
dos ciegos prisioneros
esperando el ocaso,
ya siempre encadenados, pero libres,
plenos de libertad en la intemperie.

NACISTE YA CONMIGO

Naciste ya conmigo:
en el cálido vientre de mi madre,
entre aquella enramada
de sangre y azucenas,
latías junto a mí.

Era tu aliento
lo que un germen de niño atesoraba
para abrirse a la vida sin cautelas,
para subir despacio
hasta un rojo prodigio de volcanes.
Después llegó la luz,
los primeros augurios, la alborada
de los primeros miedos.
Y tú estabas allí, en la humareda
de una canción de cuna,
veladora del llanto.
Tu diminuta voz de lejanía
me hablaba de crepúsculos y azores,
de ardiente claridad, de algún camino
hacia los más remotos manantiales.
Vivías en mis juegos:

eras el más valiente
soldadito de plomo, los dibujos
de aquel libro de duendes y de bosques,
el tren que nunca tuve,
el velero pirata, la sorpresa
de aquellos luminosos cumpleaños.
Fuimos creciendo juntos:

en las noches
del cingulo y la brasa te asomabas
a la voraz llamada de mi boca,

derramabas en ella
una embriaguez de fiesta y de jazmines,
un vino anticipado.
Y era mi soledad como una alforja
que sólo tú llenaras.
Fue desgranando el tiempo, lentamente,
su cansada molienda.

Y de pronto,
un día zodiacal y enmudecido,
a una hora sin nombre
que nunca los relojes reflejaron,
perforaste la sombra:

tu memoria
se convirtió en hallazgo palpitante,
en cercana verdad, en tacto puro.
Y apareciste toda

plena de lumbre,
real y duradera,
ya para siempre mía,
de mis ardidios sueños rescatada.

BUSCAS TODA LA LLUVIA

Buscas toda la lluvia:

llegas
y tiendes ante mí tu sed extensa,
la pradera salvaje de tu cuerpo
desnudamente pura.

Manantiales,
mis manos te recorren, averiguan
tus esquinas agrestes, tus alcores,
tus cuévanos ardidos.

Mi universo
se derroca ante ti
como un lebril de espumas.

Cae la noche
y una callada y fresca
sementera de rosas nos alumbra.

LA BATALLA

Ha sido hermosa y lenta la batalla:
encrespada la sangre,
los dedos como espuelas aventaron
toda la luz del día. Honda lluvia
de sed humedeció los cuerpos. Nunca
viose tanto fragor entre los labios.

Cerca de ti, vencido,
entono la dulcísima canción
de la derrota.

Lloro
ante la tierna ruina de mis lanzas.
Pero guardo en la frente
la estrella victoriosa de los héroes.

APUNTE DESDE EL SUEÑO

Regresabas del sueño
y era una humilde corza tu mirada.
Todavía
 guardabas en la frente
astillas y pavesas
de algún paisaje lento,
 los silbidos
de un tren Dios sabe adónde,
esa canción violeta
que jamás escuchaste,
y unas alas de arcángel para un vuelo
de roquedal esbelto y precipicio.
Era una luz reciente, casi niña,
la que entraba del patio.
Todo fue ya lejano:
 por la alcoba
navegaron de nuevo
 las cosas cotidianas,
los zapatos vacíos, tus horquillas,
los libros, el reloj...
Un miedo acostumbrado,
un miedo de trapecios y placentas,
crepuscular e ingrávigo,
nos cubrió de silencio:
 me abrazaste
refugiándote en mí.
 O quizás refugiándome.

SÚPLICA DEL MAR

Tanta ausencia de mar hay en mis ojos,
que en él quiero vivir
mi vida más callada.
Exactamente en él,

en lo más puro.

No en un vano crepúsculo de mármoles
y bronceos florentinos, ni en el hosco
clamor de las raíces,
regresado a la arcilla,

ni siquiera

ya trascendido en humo,
aunque así me surcaran las alondras
y el viento fuera mío.
Exactamente en él,

en sus honduras,

en la ciega extensión de sus praderas.
Cuando el sueño me asombre
y me invite a regiones escondidas,
llévame al mar,

regrésame a su abrazo,

a la verde caricia que no acaba,
a su canción de cuna.

Ya presiento

su ancha bienvenida,
su sereno vaivén,
su regazo de madre que me espera.
Llévame al mar,

devuélveme a las olas:

he de encontrar en ellas
ese claro silencio que me habita,
esa luz que me bulle entre la sangre,
esa verdad azul que me acompaña
desde los viejos días.

INTERROGANTE FINAL

Y después,
cuando ya nuestros ríos den al mar,
cuando una noche intrusa
convierta nuestro asombro en intemperie,
¿hacia dónde tus alas, hacia dónde
las mías? ¿Qué cobijos
albergarán de nuevo nuestras voces?
¿Desde qué extraños iris
contemplarán el mundo nuestros ojos?
Por las hondas veredas del espacio,
por los huecos sin nombre,
por todos los rincones de la nada,
trataré de alcanzar alguna huella
que me conduzca a ti,
que en ti me rescite.
¡Qué enmudecida búsqueda, qué escarcha
de plomo y soledad hasta encontrarte!
Presentiré tu aliento
en el marfil cansado de un otoño
de lentísimas lluvias, en la savia
bullidora y pujante de algún álamo.
Escucharé tus pasos
por las calles más ciegas, por las sendas
del mirto y la caléndula,
quizás junto a los sueños de una alondra.
Contemplaré tu imagen
hecha espiga o abeja, recortada
sobre la cal de un muro desolado,
llama fugaz, simiente en mi pupila.
¡Qué insomnio enloquecido, qué praderas

de siglos y verdín hasta encontrarte!
Algún día,
ese día que vibra en mi memoria,
iluminado y nuestro,
renaceremos juntos a una vida remota,
bajo distinta piel,
con diferentes lunas y arrecifes
marcando nuestras frentes.
Quizás nunca sepamos quiénes fuimos
y nuestros viejos nombres sólo sean
como una oscura música.
Pero nos amaremos,
 seguiremos amándonos
con este mismo amor de espejo y lejanía,
vencedores del tiempo,
dueños indiscutibles
 del ayer y del siempre.

De

EL CLAVICORDIO ANTE EL ESPEJO

«Premio Hilly Mendelssohn»

(1984)

PRELUDIO

Yo no tengo la culpa:
unas manos ajenas colocaron
delante de un espejo el clavicordio
y he dado mi concierto
mirándome a los ojos, duplicando
memorias y reflejos.
Poca gente en la sala: sólo un hombre,
quizás algo cansado,
y un niño muy lejano, muy pequeño.
Nadie los conocía.
Al terminar marcharon quedamente
compartiendo el silencio.
Y una tenue llovizna de tristeza
ha caído despacio
en el frágil rescoldo de mis dedos.

EL RECINTO PRIMERO

*La memoria es un pájaro dolido
cuando rozan sus alas
aquel cansancio gris, aquella herrumbre
del recinto primero.*

*Sólo queda una huella deshojada,
sin pátina ni alféizar,
del sediento solar donde naciera
la primigenia luz, el limpio fuego
que pudo ser hermoso y es olvido.
Aunque el sol inundara sus esquinas,
imperaba lo oscuro:
una lluvia de cobre sepultaba
la rebelión del viento,
la rítmica liturgia de las máquinas
silenciaba los astros,*

*ninguna primavera
ardía en la tristeza de sus calles.*

*Y las gentes de arcilla
ignoraban las voces del crepúsculo
hambreando con furia*

su metal cotidiano.

*Detrás del desamparo, los olivos
daban su testimonio de verdades antiguas:
a su sombra distinta, yo buscaba
las señales de un mundo
ancho como la lumbre.*

*Y esperaba despacio
con un grito insumiso recorriendo
la plenitud cautiva de mi sangre.*

LA HUIDA

No es de ausencia mi canto, ni el exilio
me hiere: nada existe
de aquel hosco recinto
que alicortaba el alma de las nubes
y nunca comprendió las primaveras.
La decisión fue mía:
rescindí mi contrato con los símbolos
y derroqué sus huellas
con la exacta esperanza del que inicia
una nueva memoria.
Un fugitivo soy, un ciudadano
del aire.

Mis raíces
están donde palpita
la humana condición. He galopado
lentamente la tierra,
buscando en sus honduras
la palabra furtiva, los lamentos
del trigo y la campana,
el corazón abierto al mediodía.
Donde clama la piedra, y me refleja
un pulso enamorado,
allí dejo una gotas de mi historia;
donde nunca la noche se descubre
y refulgen las islas,
allí siembro mi infancia y sus murallas.
Alejado del cobre,
tengo mil universos como patria
y una sangre inquilina de la aurora.
Y cuando llega el llanto
o el destierro me crece en la garganta,

me refugio en el viento, que me alumbra
de sándalos y olvido.
Y vuelo a sonreír.
Y me renazco.

LA SED

*Decían de algún río
allí, junto a los techos de hojalata,
donde cantaban gentes taciturnas
de mirada de nieve.
Decían de algún río,
pero en su cauce sólo la tristeza
iba. Jamás los peces
lo habitaron, ni los gallardos juncos
ardieron en su orilla.
Un cansancio de piedras y de arena
donde el agua vibrara, sólo olvido
donde la vida fuera
una tierna presencia.
Era un río sin nombre ni memoria,
con la tragedia intacta y remotísima
de no dejar su muerte sobre el mar,
de ir agonizando entre el secano
lentamente humillado,
dispersando su sangre y su añoranza
desde inhóspitas cumbres.
Decían de algún río,
y era sólo la sed lo que se oía.
Aunque vides y almendros recogieran
con sus ciegas raíces
algún pálpito oscuro, alguna huella
de esa imposible risa fugitiva
que no escuchaba nadie.*

EL RÍO

No puede arder la vida sin un río
que inunde la memoria,
sin el fresco clamor de un agua pura
que aliente sus orillas.

Yo no tuve
esa serena voz, esa fragancia
de musgo y cañavera,
ese tiempo fugaz que permanece
rebelde y sometido.

Mas dibujé su cauce
sobre mi sed antigua,
naciendo su presencia por mis valles.
Le hice llegar de altísimas montañas,
de secretos neveros que nadie ha conocido,
y le tracé meandros, y señalé sus tojos,
y salpiqué mejanas en sus hondas planicies,
y sembré sus riberas de juncos y de álamos,
y puse hermosos peces entre sus remolinos.
Desde mi sangre escucho
su rumor incansable,

su palabra profunda.
Porque lo llevo en mí:
yo soy mi propio río
alzado en llamaradas,
y en él yace el sequero de mi infancia,
y en su raudal atisbo
la manriqueña muerte que deseo.

EL MAR

*El mar quedaba allá, tras la frontera
de los montes oscuros,
casi latía, casi se escuchaba
su azulado rumor.*

*El cálido vaivén de sus espejos
rozaba nuestra sangre
desplegando un vestigio de campanas
donde todo era olvido.*

*Lo sabíamos nuestro,
cercano, fulgurante,
pero quedaba allá,
en una dolorida lejanía,
a la distancia justa
del grito y de la lágrima.*

*Lo vi por vez primera
una mañana alzada sobre el ámbar,
una de esas mañanas transparentes
donde sólo es posible algún prodigio
que obligue a renacer.*

*Ante aquella verdad,
ante aquel llamamiento iluminado,
poderoso y eterno como un padre,
sólo pude llorar y prometerle
una intocable estrella en mi memoria.*

*El mar quedaba allá, tras la frontera
de los montes oscuros.*

*Durante algunos años
hubo un niño que quiso ser gaviota
y en las sedientas tardes,
cegado y malherido por el páramo,
tristemente volaba
sobre un acantilado de trigales.*

LA ISLA

Y sigue el mar batiendo mi memoria,
más cercano que nunca,
y aparece en el llano su horizonte,
más cercano que nunca,
y derrama sus olas en las mieses,
más cercano que nunca,
y cubre las encinas y los álamos,
más cercano que nunca,
y le canta a la alberca y al otero,
más cercano que nunca,
y sube hasta los altos peñascales,
más cercano que nunca,
y amanece fulgiendo ante mis ojos,
más cercano que nunca,
y su larga mirada me renace,
más cercano que nunca,
y me invade los hombros y me abraza,
más cercano que nunca,
y me llena de luz la piel entera,
más cercano que nunca,
y recorre mi sangre y me la espuma,
más cercano que nunca,
y es berilo engastado en mi palabra,
más cercano que nunca,
y yo soy una isla entre cadenas,
y él me ronda,
me tienta,
me naufraga.

EL INICIO

*Era largo el amor bajo los pinos.
Pequeños como espigas, nuestros cuerpos
habían descubierto manantiales
de adelfas y jazmines
dormidos en la piel.*

*Los labios extendían
su hermosa dictadura
como si fueran ráfagas
de un viento inagotable,
y en la memoria el tiempo dispersaba
las primeras semillas de una lumbre
dulcísima y feroz.*

*Yo jugaba despacio con el rubio
milagro de sus trenzas,
moldeaba en mis manos su ternura
hecha barro reciente y ofrecido.
Y ella, toda universo, me miraba,
duradera y fugaz como una aurora.
Era largo el amor, y prodigiosas
aquellas horas lentas
tan repletas de luz, tan regresadas
a través de la lluvia.*

*Mas, ¿era aquello amor, o solamente
la vida que brotaba
fulgurante y sumisa ante nosotros?
Entonces no sabíamos
dónde estaba el secreto de los astros
y la respuesta anclada, lejanísima,
nunca rompió el sigilo.*

*Pero adentro, en las hondas
veredas de la sangre,
un ancho patrimonio de volcanes
resonaba.*

EL AMOR

Ella duerme despacio
con un lento galope de gacelas
reclinado en su frente. Es hermosa
como una fruta fresca, como un ágata,
como un tallado capitel. Escucho
la lejana andadura de sus párpados,
el navegar inmóvil de su olvido,
su exacta placidez de hierbabuena.
Una fragancia leve
de ocultos hontanares
me descubre su cuerpo, esa clara campiña
de juncos y laúdes
donde mis labios posan su algarada
fluvial, perseguidora. No hay distancia
más corta hacia la llama
ni amanecer más puro. Se adivina
una alquimia voraz, un burbujeo
debajo de su piel,
como una permanente sembradura
de vides y crisoles.
Y sin embargo, el tiempo
maneja oscuramente sus cinceles,
su taladro tenaz:

Yo sé que el triunfo
será suyo, que nada puede huir
de su terca presencia.

Y sin quererlo, veo
la yedra recubriendo los alcores
de sus pechos, su boca desolada,
abatida y sumisa su cintura,
arrasado su vientre luminoso,

y un surtidor de hielo
sobre esa isla bruna que ahora emerge
feraz y retadora
sobre su mar de ópalos ardidios.
Pero ella duerme, cálida y ajena,
albergada de espumas.

La contemplo

serena mi palabra, confiado:
porque jamás el tiempo
derrocará su sueño,
y seguirá su frente con un lento
galope de gacelas,
por el amor salvada, redimida.

LA IMAGEN

*La iglesia era una isla
para mi sed de niño: su frescura,
la noble dignidad de su silencio,
refugiaban mis sueños en las tardes
del fuego y la cansera.*

*Todo era lento allí, con esa fiesta
serena de vitrales, de arquerías,
de doradas vasijas, de retablos,
de blanquísimos lienzos,
de aromáticas hierbas olvidadas
en secretos altares.*

*Yo miraba el prodigio, deslumbrado,
ajeno a la liturgia y sus fervores.*

*En amplias hornacinas asomaban
una Virgen y un Cristo. Ella era
hermosa como el agua,*

*con su manto de jaspé desbordado
de brillos y azucenas, con sus ojos
que jamás olvidara. Pero el Cristo
era un fosco cadáver*

*macilento, sangrando por mil llagas,
atezado de espinas y puñales,
en su cárdena muerte derrumbado.*

*Nunca quise pararme ante esa imagen
ni contemplar su rostro:*

*Dios sólo puede estar entre las cosas
que pregonan belleza, yo pensaba,
entre todo lo vivo, lo pujante,
lo que canta y derrama la alegría.*

*Y pasaba de largo,
evitando esa lívida tristeza,
alejándome intacto de lo oscuro.*

DIOS

Ha madrugado Dios esta mañana:
escuché su trajín, su atareado
revuelo por los árboles.
Es tan grande su casa, que no puede
dar reposo a sus manos.

Comenzó por las cumbres,
barriendo tiernamente las últimas memorias
del invierno. Los ríos le esperaban:
pulimentó sus cauces, enderezó los juncos
y puso más verdor en los cañaverales.
Se retrasaba el sol en su redondo sueño
y tuvo que encender sus almenaras
y enderezar su rostro gigantesco
detrás de las colinas. Puso orden
al loco griterío de los pájaros,
dio calor a unos nidos abrumados de escarcha,
y lamió los rasguños de una corza batida
por el viento. Se acercó hasta los mares:
limpió los arrecifes, repartió las espumas,
azuleó las aguas, y suprimió el silencio
de las islas. Detuvo una tormenta,
mandó que un aire lento peinara los trigales,
que en la tierra brotaran las semillas,
que el fuego despertara su furia en lo profundo.
Y descerró las verjas del amor y del miedo.
Después ha descansado un brevísimo instante
cerca de mi ventana.

Lo he tenido muy cerca,
fragante y luminoso: Me ha mirado y he visto
como una leve duda en sus ojos inmensos,
como un cierto dolor,
quizás como un humano desaliento.

LA ABUELA

*La memoria se torna clavicordio,
mosaico de jazmines,
pájaros diminutos en revuelo,
cuando evoco su grácil, su serena
vejez adolescente. Parecía
una antigua figura desprendida
de algún marfil mozárabe,
un liviano cristal, una campana
de tiernísimo bronce. Su presencia
derramaba en el aire
una noble fragancia de sosiego,
una luz venerable y duradera.
Y en la alegre verdad de su mirada
yo averiguaba, hondas,
mis lejanas raíces.
Una cansada niebla de tristeza
me refleja aquel día
del llanto en los rincones, de los rezos
leves como murmullos, de las gentes
que inundaban las salas
con trajes de domingo.
La abuela, me dijeron, se ha marchado,
se ha ido para siempre.
No pude comprender aquel viaje
ni aquel inmóvil frío en las paredes
que nos dejó su ausencia.*

*Pero pronto
mis ojos descubrieron
que con ese silencio, con esa soledad,
con la palabra «siempre»,
una primera puerta se cerraba
en mi azulada infancia.*

LA MUERTE

Después de aquella puerta, del estruendo
de su golpe primero,
un viento pertinaz y sucesivo
me ha sembrado de aldabas la memoria.
Y el silencio va siendo un ejercicio
vulgar y cotidiano, como la propia sombra
dibujada en un muro,
y los hondos espejos ya no saben
qué hacer con tanta huella,
con tanto gesto inmóvil,
con tanto desamparo fugitivo,
y nunca conocemos
qué remotos designios, qué mandatos
dirigen esta siega interminable,
y jamás descubrimos
adónde van las voces, las miradas,
el calor de las manos, los secretos
archivos de las frentes,
y quizás están cerca, nos escuchan,
nos llaman, acarician
nuestra pobre intemperie,
y la ausencia va siendo una costumbre
que ya no nos extraña,
a pesar de su incendio,
y la rueda terrible va girando
y en su torvo engranaje se perfila
el dictado voraz de nuestro nombre,
y cada nuevo día,
detrás de su bonanza pasajera,
acecha un vendaval definitivo
que batirá los últimos portales,

y hay un niño asomado a la ventana
con los ojos abiertos y asustados,
y ese niño, que ya sabe estar solo,
sigue sin comprender qué es lo que ocurre.

LA MÚSICA

*De la casa dormida sólo queda
memoria de la música.*

*Era su manantial
aquella hermosa caja de caoba
de nobleza bruñida y serenísima
que todos respetaban.*

*Cada día,
con un amor solemne, con el cuidado
de quien oficia un rito,
mi padre despertaba sus secretos
manejando despacio los resortes
prohibidos. Y el silencio
se llenaba de lumbre,
y era todo fragante y luminoso
como una buena lluvia.*

*Gustav, Amadeus, Ludwig, Franz... eran
los nombres cotidianos, los amigos
de la sangre cercana. Escuchando
sus altísimas voces,
mi padre, como un árbol
sensible y poderoso,
agitaba sus ramas en el aire
dibujando el sonido.*

*Yo escondía
mi niñez en su sombra, compartiendo
el fuego emocionado de sus manos,
y era todo un prodigio
sonoro y perdurable.*

*En su rincón, inmóviles,
mis juguetes vivían
su olvidada inocencia,
con una rara mezcla de envidia y esperanza.*

EL SILENCIO

Ya no existe el sonido:

las entrañas
de la vieja gramola,
se han cubierto de grama, polvorientas
yacen las mudas voces en un sueño
de redondos espejos. Nadie quiere
recuperar el brillo de los dioses
ni alzarse hacia las cumbres
desde sus pentagramas.

La caoba
es tan sólo madera funeraria
que un vendaval cetrino ha derrocado.
Y aquel árbol,
aquel hermoso nido de campanas
que yo creyera indemne pedernal,
muro de luz, eterno manantío,
es un parvo jilguero
cuyos dedos ya tientan los alcores
de la oscura frontera.
Quizás en la ceniza
de su frente lejana
rebullan como insectos los violines
salvando de su exilio algún adagio,
algún cansado allegro, algún maestoso
andante. Pero nunca
fructifica el milagro en su palabra
ni en sus manos renace
el aire dibujado.

Y ya todo es silencio.
Y una herida lentísima
avanza por la casa, quedamente,

como el largo finale
de algunas sinfonías.
Hasta que llegue el triunfo de la noche
y en la memoria caigan derrumbadas
las últimas infancias.

De

LOS SIGILOS VIOLADOS

«Premio VIII Bienal de Poesía
Provincia de León»

«**Premio Fastenrath**»

(1985)

HISTORIA DEL HOMBRE

1

A Cammen Conde

¿Y qué decir del hombre,
cómo cantar su llanto,
su tempestad callada que me ahoga?
Ese montón oscuro de temblores
que lanza desde el frío
su mirada de arbusto
dueño fue de un imperio de mañanas,
dominador de ventisqueros.

Nunca
pudo ponerse el sol en su oceanía
ni doblegó la lluvia
la altivez de su nombre.

A su paso
las selvas despertaban
con un clamor de musgo,
rendíanle los montes sus cinturas,
desplegaban los ríos
su larga mansedumbre,
y las gemas ocultas en la entraña
alzaban a su frente destellos lejanísimos.
¡Ah, el hombre inmenso, encerrando en sus brazos
una constelación de avispas y jilgueros,
bronco señor del trueno y de la aurora
ensordeciendo el mundo
con sus himnos de cíclope!
Bastaba un breve gesto de sus dedos
para que bronce y pluma se hermanaran,

y el volcán derruyera sus presagios,
y reclinara el templo sus ojivas,
y el corazón se abriera
en cárcavas profundas.

A su voz poderosa

un huracán de sangre
deslumbraba los cielos,
y el tigre más soberbio
besaba entre la hierba sus espuelas,
mientras trémulos astros entonaban
una coral doméstica

de tímidas cantatas.

¡Qué digno frente al mar
numerando sus islas en los ocasos rojos,
apretando en sus manos las galernas,
dormida entre sus dientes
la llave que amordaza
la libertad del viento y sus espumas!...

Pero el hombre tenía
 vocación de alimaña.
 Con sus uñas de jade iba cavando un fosco
 entramado de sombras,
 pozos interminables,
 secretas galerías,
 oquedades remotas
 donde jamás la luz le descubriera
 ni florecieran pájaros o espigas.
 Lentamente
 la noche fue dejando sus amargas raíces
 en el pecho del hombre,
 minando su memoria,
 recubriendo su lengua de una cansada herrumbre.
 Aquella hermosa imagen del héroe coronado
 de luna y madre selvas
 pulverizó su mármol
 dispersando su gloria y su ceniza
 sobre el yermo dominio de la ruina.
 ¡Ah, su lenta ceguera,
 su diminuta voz
 que ya no escucha nadie,
 sus garras convertidas
 en manos humildísimas!
 Cayeron las columnas. Un verdín infamante
 eclipsó los metales. Los topacios sirvieron
 de pasto a las cornejas.
 Tocaron los clarines
 un larguísimo canto funerario.
 Y una seda invisible
 que tejieron arañas implacables

LA VIEJA DAMA

A Santiago Castelo

Hay una vieja dama
que llama suavemente a nuestra puerta
con el leve marfil de sus nudillos.
Conoce bien la casa:

 nos saluda
con su hermoso silencio
y deja en el vestíbulo sus guantes,
su sombrero, el cansado paraguas
de las lluvias de otoño.

 Luego entra
en la sala, derramando a su paso
una luz somnolienta de quinqués,
un remoto perfume de magnolios.
Se sienta en la penumbra:

 siempre ocupa
el callado rincón de la ventana,
y desde allí nos mira
con sus ojos de sándalo,
mientras brota en sus dedos
el mínimo huracán del abanico.
No necesita hablar:

 la vieja dama,
con su tenue presencia,
nos descubre un paisaje de hondos universos,
nos hace recorrer caminos muy lejanos,
dibuja en nuestra frente escenas y palabras
aromadas de olvido.

 En las horas del llanto
se acerca al clavecín, y canta quedamente
una alegre balada que enamora,

hasta que vuelve el sol a nuestros labios,
¡Qué remansado mar,
 qué lluvia generosa
nos da su compañía!
¡Cuánta vida renace
 con su silente bruma!
Cuando llega el momento, se despide
con un breve ademán:
 quizás vuelva mañana.
La vemos alejarse, rodeada de pájaros,
atemporal y serena.
El frágil camafeo
 que cuelga de su cuello
guarda la miniatura
de nuestra propia vida.
Porque esa vieja dama es la nostalgia.

LAS PALABRAS

Llegan puras, calladas,
invadiendo mi frente,
portando ente sus alas
que estallan en mi sangre
Me adivinan cansado
de pulsar el espacio
y entonan en mis labios
en los que sólo crecen
Algunas traen la noche
y derraman su acíbar
otras son manantiales,
que anidan en mis huesos
Palabras como huellas,
un lacre enamorado,
saltimbanquis del alma
palabras como astros,
como dulces insectos
con su zumbido leve,
esos frágiles fuegos
sus cascadas de vida.
de caminar el aire,
que me conduce a ellas,
sus cánticos de polen
espejos y almenaras.
ardiendo entre sus dedos
en mis pobres asombros;
fulgurantes prodigios
sus entrañas de azogue.
dejando en los alféizares
vivísimas palabras,
sobre una red de sombras,
como madres sonoras,

diminutas palabras,
palabras generosas
de un trigo inagotable,
palabras desplegando
Vosotras sois mi patria,
sólo con vuestro aliento
esta vieja intemperie,
Vosotras me hacéis libre:

que juegan como pájaros,
que nos llenan los ojos
doloridas palabras,
tormentas y paisajes.
mi único universo:
puedo habitar sin llanto
esta piel fatigada.
en vosotras renazco.

TEORÍA DEL TIEMPO

A Rosario Hiriart y Jorge Valladares

Ese polen oscuro que implacable
va cubriendo de injurias nuestra frente,
esa hiedra taimada que incesante
va sembrando distancia en nuestros ojos,
esa lluvia de sombra que insensible
va inundando de lodo nuestra sangre,
ese hielo, esa herrumbre, ese derribo,
son las garras del tiempo trabajando
despacio.

Nadie ve
su figura felina y transparente,
ni se escucha el temblor de sus pisadas,
su respiro lentísimo
poderoso y oculto entre los días.
Pero existe, y acecha, y torvamente
va arañando las horas,
siempre abiertas las fauces
para su larga y honda mordedura.
A veces lame nuestras pobres manos
candoroso y alegre como un río,
y anilla nuestros dedos
de hermosas caracolas.

Jubilosos,
acogemos al tierno arrepentido,
de su lealtad seguros. Pero pronto
vemos que su saliva se convierte
en un musgo de llanto
y que en los dedos sólo
nos crece la tristeza.
Nada queda detrás de sus crepúsculos,

nada escapa a su nieve.

Impasible,

él sigue su camino
al trote lento de su fiel ceniza:
nunca vuelve la vista ni sonríe
a la vida que canta confiada.
Sabe que en su clepsidra de rencores
siempre el agua abrirá secretos cauces,
y vigila en la orilla, quedamente,
con la calma tenaz del invencible.

EL NIÑO

Hay un niño que llega cada día
ofreciendo su mínima intemperie
sobre el claro mantel del desayuno.
Levemente se asoma
por la ventana gris de algún periódico,
sin lágrimas ni risas en su rostro:
sólo pura mirada
y un humilde cansancio de terrores
derramado en sus labios.
Viene desde muy lejos:
de las tierras del fuego y la tristeza,
de selvas y arrozales,
de campos arrasados, de montañas perdidas,
de ciudades sin nombre ni memoria
donde la muerte es sólo
una muda costumbre cotidiana.
Tal vez trae en sus manos
algún pobre juguete:
el fusil que encontró en aquella zanja
junto a un hombre dormido,
las inútiles botas de su padre,
el arrugado casco de aluminio
del hermano más alto y más valiente,
el trozo de metralla
que derrumbó su infancia en un instante.
Se sienta en nuestra mesa, quedamente,
como si no estuviera,
y contempla asombrado los terrones
de azúcar, las galletas,
la alegre redondez de las naranjas,
la taza de café, con su recuerdo

de humaredas oscuras.
Nunca nos pide nada: sólo mira
desde un viejo silencio,
con un largo paisaje de preguntas
remansado en sus párpados.
Y permanece inmóvil,
clavándonos el tiempo en su palabra
que nunca escucharemos.
Como si fuera un niño, simplemente.
Sin saber que en sus ojos
lleva la herida grande
de todo el universo.

EL ESCLAVO

Todo su mundo era
una enorme sandalia de cuero repujado
y el poderoso pie que la habitaba.
Del aire conocía
el vuelo de las togas en su frente sumisa
y alguna voz de rostro impenetrable
llegada de la altura.

Escuchaba

las más bellas historias de bosques y caminos,
de gentes y paisajes más allá de los muros,
de pájaros lejanos como el sueño.
Y un rumor luminoso fue creciendo en su sangre
ante el mudo prestigio de las puertas prohibidas.
Cuando llegó el momento,
sólo la noche supo su destino
en una jadeante madrugada
de sombras como fauces...
Fácil fue su captura:
la guardia fidelísima del César
lo encontró al mediodía
frente al mar, en silencio,
hermosamente inmóvil,
como un dios asombrado entre la arena.
Después de los castigos,
regresó a la blancura de los mármoles,
al callado universo de sus horas.
Pero en su pecho ardía
aquel estigma azul, aquella claridad,
aquel hondo secreto desvelado.
Y ya siempre sus ojos
se alzaron acechantes desde el suelo
con la lenta esperanza de los tigres.

LA ALMOHADA

A Carmen Monske

Si guardáis en la almohada, tiernamente,
un lento colibrí, una humareda,
un diminuto río,
una brújula loca señalando
siempre al sur, una pobre
colección de campanas,
un cincel, una voz, una silueta
de cúpulas o espigas, los maderos
de algún viejo naufragio,
o unas gotas de lluvia disecadas
en la hojas de un libro,
vuestra será la luz:
no hay mejor talismán contra la noche
que esas breves semillas
creciendo en la penumbra. Alentadlas,
hacedlas prosperar entre los párpados,
que intenso será el fruto.
duradero.

Mas si la almohada es, sencillamente,
una cosa muy blanda
bien rellena de espuma y de costumbre,
tan sólo dormiréis.
Quizás logréis un cuerpo descansado,
pero un silencio gris y sensitivo
brotará en vuestra sangre.
Más tarde o más temprano, ese silencio
será llaga tenaz, cegada lumbre,
implacable universo de lo oscuro.
Advertidos quedáis.
Y prevenidos.

FUGIT TEMPUS

Si el tiempo quiere huir,
pues su vieja costumbre
 es el paso fugaz,
abridle las ventanas,
mostradle los senderos
de la alondra, y buscad algún ángel
que pueda construïros sin demora
un bellissimo puente de plata repujada.
No debéis derramar
 ni siquiera una lágrima,
aunque la herida humille
vuestros claros espejos
y todos los relojes
 caminen como huérfanos.
No se puede olvidar que estas ausencias
entran dentro del juego:
 respetemos
sus reglas venerables.
Pero si el tiempo quiere
reclinar su cabeza en vuestro hombro,
entrecerrar sus párpados de bronce
y dobligar sus vuelos
en la tibieza azul de vuestra casa,
hacedle con ternura
una cuna de luz en la memoria,
una almohada de plumas invisibles
y un tenue camisón
de nanas serenísimas.
Que nada le interrumpa:
 hay que hacer de su sueño

una hermosa pradera, un rumor de raíces,
un lento manantío.

Vigíladle:
mientras el tiempo duerma
seremos inmortales.

LA MEMORIA

Si la memoria es sólo vuestro archivo
de cálculos y datos,
el álbum familiar de vuestra vida,
de amarillas imágenes y espejos,
el cansado cuaderno de bitácora
de viejas singladuras por océanos
que el tiempo ha derrumbado,
el fichero que encierra una avaricia
de nombres y paisajes, de lejanas
historias que en la niebla
perdieron su fragancia,
la agenda, el secreter, el calendario...
dueños sois de una máquina perfecta
que cumple su misión acostumbrada:
engrasadla y tenedla siempre al día,
pues útil os será para la triste
práctica cotidiana,
para el torpe manejo del hastío.

Mas si vuestra memoria es semillero
de voces y rumores,
de cúpulas, de lluvias, de azaleas,
de carbunclos, de islas, de alboradas,
de escenas y figuras tan remotas
que nunca han existido,
dueños sois del sigilo: el universo
se acercará a vosotros como un pájaro
cordial y campanero
y os dejará en la frente
el luminoso polen de sus alas.
En ese manantial, en ese hondo

venero de prodigios,
hallaréis la verdad, el limpio origen
de vuestro propio fuego,
el llanto y la canción, la sangre entera.
Y seréis como dioses diminutos
manejando su arcilla,
encarcelando asombros y palabras.

LA HERIDA

A Leopoldo de Luis

Si vuestra herida es, sencillamente,
una simple lesión de los tejidos
penetrante o contusa,
una ofensa a la piel originada
por violencia exterior,
más o menos extensa o lacerante,
más o menos profunda,
la solución es fácil: una cura
con la asepsia debida,
una limpia sutura realizada
por un buen terapeuta,
y sólo os quedará la cicatriz.
O ni siquiera eso: puro olvido.
Mas si la herida oculta su amenaza
en hondos laberintos,
y extiende la espiral de su amargura
por secretas regiones, invadiendo
los huecos intangibles, las calladas
raíces de lo humano,
lenta será la lucha, imposible
su exacta curación.
Habitará en vosotros como un huésped
cercano y duradero,
sangre será de vuestra propia sangre,
testimonio implacable del latido.
Con el tiempo será la compañera
de tristes aventuras:
quizás lleguéis a amarla porque os ame
con su aterida voz, con la certeza
de su tenaz caricia.

Y algún día
despertaréis sin miedo respirando
por ella, y en su imperio
quedará encarcelada vuestra vida.
Aunque os ciegue su llanto, aunque os pese
su carga de dolor.
Porque sólo seréis lo que ella os duela.

De
TERRITORIO DEL FUEGO
(1988)

LOS POEMAS QUE COMPONEN ESTE LIBRO NO TIENEN UNA DESTINATARIA CONCRETA; POR ELLO, NO VAN DEDICADOS A NADIE. LA «AMADA» QUE LOS PROTAGONIZA ES UN COMPENDIO DE VARIAS REALIDADES QUE DEJARON HUELLA EN LA PIEL Y EN LA MEMORIA DE SU AUTOR.

INTROITO

Península del ámbar,
 colmenera región donde la vida ofrece
la plenitud ardiente de su vuelo.
Varadero, brocal,
 acantilado,
cítara que preludia
los más hondos estíos:
inagotable cuerpo de mujer,
 territorio del fuego.

DONDE SE DICE DEL PELO DE LA AMADA Y SE DESCRIBEN
LOS EFECTOS QUE PRODUCE SU CONTACTO.

Catarata de espigas, torrentera
de cobre o azabache,
revolución que triunfa sobre el viento
o que en la almohada inclina su derrota,
envidia de los álamos, insomnio
de nidos y juncales,

arenal que camina.

Qué eléctrica playura, qué mensaje
de isleños ofertorios
sentir entre mis dedos
tu delgada canción a borbotones,
trasladar a la piel esa liturgia
de grito y filamento,
ese leve anticipo de la llama,
ese quizás selvático que inunda
mi frágil cercanía.

Por tu múltiple voz
me revela la noche sus augurios,
descubro los caminos
del vidrio y de la médula,
el perfume del cuándo y su enramada,
el ardor del aún y su aventura.

Y me rindo quetzal y sobrevuelo
el imperio del siempre
ya marcadas mis alas con la huella
de tu fluvial derroche,
ya alentado mi sueño por el himno
de tu tacto invencible,
ya perdido mi rostro
en tu vivo esplendor,

en tu oleaje.

DONDE SE DICE DE LOS OJOS DE LA AMADA
Y DE SU EXTRAÑA PROXIMIDAD

Yo no sé que sucede, amiga mía,
con tus ojos:

los tengo siempre cerca,
tan lluviamente próximos,
que con ellos tropiezo a cada instante
como el viento tropieza con los pájaros.
No sé si es que los pierdes,

los dejas olvidados,
como olvidas y pierdes tantas cosas al día:
tu inocencia, el futuro,
el sabor de los miércoles...
o es que son, simplemente, derramados y múltiples,
de mirada plural y peregrina.
Los encuentro en mis libros
resumiendo en su azul la mar entera,
en el llanto cansado de los viejos retratos,
en la luz del quinqué, en los estuches
donde guardo tu ausencia,
en todos los espejos,
en todas las estatuas,

en todas las adelfas.

A veces me vigilan desde el techo
con su casta negrura,
o juegan con el gato en las alfombras,
o surgen de repente entre las teclas
de mi olympia portátil
y entonces ya no hay forma de acabar el poema.
Cuando voy por la calle me persiguen
con su verde milagro de arrayanes,
se posan en mi hombro,

saltan a las buhardillas,
o esperan escondidos detrás de las farolas
hasta que los descubro y se diluyen
en un vuelo de risas y pestañas.
Y en la noche, dormido, se me acercan
con su pardo color de miel antigua,
los noto acariciarme, meterse entre mis venas
y navegar mi cuerpo mansamente
en una singladura de párpados y sueños.
Ah, tus ojos tempranos que todo lo amanecen,
tus ojos caminantes que lo bautizan todo
con el agua más clara,
tus ojos unitivos
que atraviesan mi tiempo y lo reducen
a su doble universo,
tus ojos compañeros,
tus ojos: tantos ojos
que jamás me abandonan.

DONDE EL POETA MEDITA JUNTO A
LA NUCA DE LA AMADA

Silente y recoleto,
como un claustro olvidado,
hay un nido de cuco que se esconde
detrás de tus cabellos.
Ajeno a las cañadas donde el puma
campea su dominio,
resguardado del aire que navegan
las águilas caudales,
encierra en su humildad el más profundo
secreto de los dioses.
Un mínimo jaral, una campiña
levemente ondulada,
y por debajo el río de la vida
discurriendo
junto al oscuro río de la muerte.
Qué frágil vecindad,
qué distancia tan tenue
delimita sus márgenes,
qué murallas de vidrio sus fronteras.
Un ligero naufragio bastaría
para inundar de frío la memoria,
para colmar de fango y de sarmientos
la celeste verdad de la mirada...

Olvidemos la muerte, compañera,
la vida nos reclama, todo es vida
cuando estoy junto a ti:
vivos son estos labios que renacen
al calor de tu nuca,
vivas son estas águilas caudales

que en tu cuerpo se posan.
Y vivo es este puma que abandona
su lejana guarida
y avanza lentamente
con su tierna metralla.

DONDE SE DICE DE LA LENGUA Y DE SU
PÉRFIDA HECHICERÍA

Esta pequeña meiga de roja indumentaria,
de ademanes de azogue y gesto de jengibre,
conoce como nadie los secretos
de las artes angélicas, los filtros
de la vieja locura,
la cábala del éxtasis y el vuelo.
En los momentos áureos,
impulsada por furias ancestrales,
sale de su redoma
y con lento sigilo,
como un lince,
camina por la piel, arrebatada
de ensalmos y conjuros,
y siembra con cuidado, muy despacio,
sus caricias levísimas,
su tacto de mandrágora,
su almíbar de beleño y miel de caña.
Jamás tienen frontera sus audacias:
no hay repliegue, ni hueco, ni lisura
que escape a su perfidia.

Se desliza
sinuosa y errante, y a su paso
todo es fiebre, fragor, adormidera,
hondo nacer de brasas.

Vibra el cuerpo
embriagado por esa nigromancia,
y hasta el poro más gélido y lejano
en volcán se convierte.

Es inútil
luchar contra el empeño
de tan grata y letal hechicería:

lo sensato es yacer en un otoño
de lagos y maizales, en un duelo
de garzas y laúdes,
e implorar a los trasgos vorazmente
la delicia final de ese aquelarre.

morder su aroma,
hacer nuestra su brava timidez.
Hasta sentir ardiendo entre la sangre
cuánta dádiva encierra
ese doble y perfecto desafío.

DONDE LAS MANOS DE LA AMADA, CON SU DESTREZA,
PROTAGONIZAN UNA HERMOSA AVENTURA

Hablan, cantan, respiran,
amanecen.

Vuelan, indagan, dudan,
se cobijan.

Averiguan, descubren,
se apresuran.

Amurallan, acechan,
se confían.

Avanzan, acometen,
se detienen.

Disimulan, conspiran,
se deslizan.

Prosiguen, se demoran,
permanecen.

Acosan, se apoderan,
domesticán.

Dilapidan, incendian,
se enardecen.

Ya persiguen,
ya insisten,
ya arrecian,
ya se ensañan,

ya rinden,
ya derrocan.
Ya vendimian.

Ya desisten,
renuncian,
se someten.
Ya proclaman la noche y se serenan.
Ya conducen,
invitan,
acompañan.

DONDE SE DICE DE LAS CADERAS Y
DE ESA MAGIA QUE DERRAMAN

Tú nunca te das cuenta, pero todo
se vuelve casi loco
cuando te ve pasar, cuando caminas
con ese gesto tuyo
de tallo y violonchelo,
tan mezcla de jaguar y de abanico.
Vas pensando en tus cosas:
los peces que hacen punto en la jaula dorada,
los paraguas enanos, las anémonas
que no quieren dormir, o ese lápiz de labios
que en cuanto te descuidas escribe en las paredes
los versos más procaces.
Tú no tienes la culpa: el secreto
-no me llames antiguo-
lo llevan tus caderas,
su forma tan caribe de cantar y reírse,
de convertir en sol cada durazno
o de hacer que los álamos
sean siempre tus amigos.
Esta misma mañana: al pasar a mi lado
-tú nunca te das cuenta-
un vuelo de zorzales

ha inundado la casa
y un aroma a canela se ha extendido
por todos los rincones.

La caoba
de la cómoda antigua
ha echado unas hojitas
tan verdes como un himno,
el ficus se ha vestido
color de jacaranda,

y el aire andaba loco, como desguarnecido,
no sé si de alegría
o sólo por el llanto de verse derrotado.
Y es que no te das cuenta:
cada vez que caminas, tus caderas
van siempre convocando una fiesta mayor,
con su largo repique de campanas.

Por la noche es distinto:
se me ponen
solemnes y me ofrecen
su tañido de bronce,
su vértigo de pluma y torbellino,
su toque de rebato y de tormenta.
Te confieso una cosa:
desde hace mucho tiempo
sólo sueño espadañas,
sólo sueño espadañas y galernas.

DONDE EL POETA POSA SUS MANOS EN LA CINTURA
DE LA AMADA Y ABSORTO PERMANECE

Estas manos que saben de antiguos paraísos,
de patrias escondidas donde la brasa impera,
de volcanes que cantan coronados de púrpura,
de riberas sedientas y ardidadas oquedades.

Estas manos que habitan ensenadas de fiebre,
que recorren a ciegas los cubiles del tigre,
y descubren el pulso de los ritos prohibidos,
y llevan en su idioma el temblor de las islas.

Estas manos amigas de los astros sin sueño,
que levantan columnas y amansan unicornios,
que dominan la espuma del yunque y la colmena,
el milagro del prisma, la rebelión del mástil...

Estas manos se tornan alfareras y humildes
al posarse en el barro de tu exacta cintura,
y modelan despacio su curvo manantío,
su vuelo de gaviota, su respirar de nave.

Y ajenas permanecen a hogueras muy cercanas,
detenidas y absortas en esta geografía
donde tu cuerpo alcanza la plenitud más pura:
ese prodigio tuyo de un mayo perdurable.

DONDE EL POETA CONTEMPLA LA ESPALDA
DE LA AMADA Y MÁS TARDE DESCUBRE
UNA ESPERANZA

Esta casta pradera se me ofrece
en su puro abandono:
no hay alcores
ni lomas ni cañadas
ni valles luminosos donde nazca
el prodigio de un fruto,
ni selvas que atesoren
algún rojo rumor.
Todo es lisura aquí, horizontal
ausencia de caminos,
aunque la clara vecindad del riesgo
configure los límites
y su apacible vocación de olvido
a la aventura incite.
Mis dedos anacondas
levemente dibujan arabescos
sobre la piel, perfilan
bosques maravillosos,
desfiladeros altos como el viento,
catedrales, falúas, cifras, pámpanos
y pájaros antiguos que desgranán
su grito cenital...

Esta casta pradera se me ofrece
en su puro abandono,
pero pronto descubro la esperanza
de algún dulce pecado:
¡Ah, perfecta manzana,
luna llena,
universo partido y compartido!

HAI-KAIS DE LA LUNA LLENA

*Si a la luna
se le adosara un mango
¡Oh, qué abanico!*

(Hai-Kai de Sōkan, s. XV-XVI)

Una pradera,
después, la luna llena.
Cóndor que vuela.

Luna dormida,
lenta caricia: corto
será su sueño.

Un nido en llamas
rodeado de juncos
la luna guarda.

Luna sedienta:
dos palomas vendimian
la lluvia fresca.

Junto a mi pecho
cierne la luna llena
su doble fuego.

Ciegos mis ojos:
cubre la luna llena
todo mi rostro.

Al trote lento,
la luna cabalgando
mi cuerpo entero.

Entre la nieve
su cuévano de incendios
la luna ofrece.

Tiembla la luna:
una víbora hambrienta
busca su hondura.

¡Qué larga furia,
qué aluvión se derrama
sobre la luna!

Luna partida:
desde el fondo del cráter
la sed respira.

Oh, qué abanico
cuando la luna llena
juega conmigo.

DONDE SE DICE DE LAS PIERNAS DE LA AMADA
Y EL POETA EN HIEDRA SE CONVIERTE

Mástiles de la luz, arboladura
de asombros verticales, alambiques
donde bulle la mirra y se destila
un fragor de alamedas,
altísimos senderos, alminares
que avientan la proclama
de las trémulas horas,
mayos para esa pascua
de nardo y tamarindo
que tu cuerpo celebra.

Qué despliegue,
qué danza de delfines,
de mercurio, de sol, de surtidores,
cuando erguidas se enfrentan al espacio
y el tiempo se convierte en maravilla.
Qué lección triangular, si horizontales
me ofrecen sus elásticas figuras:
retadores isósceles, rectángulos
de fugaz equilibrio,
equiláteros prestos a la entrega,
vibrantes escalenos...

Como hiedra,
como hiedra mis ojos,
como hiedra mis manos,
mis labios como hiedra, se agavillan
en esa abrazadora geometría,
en ese dulce ahogo,
en ese bulevar de la locura.
Y ascienden ebriamente,
lentamente,

DONDE EL SEXO RECIBE LA MÁS ARDIENTE
DÁDIVA Y CORRESPONDE CON IGUAL
GENEROSIDAD

Cúspide del incendio:
un edicto de fiebre nos reclama
con su sed de amapolas
el óbolo final de este preludio
tan largamente hermoso.

Ya se abren

tus pétalos, ya escucho
tu rojo palpar,
la balada candente
que surge de tu hondura.

Qué respiro,

qué aliento inagotable
en este fontanar,
en esta alegre herida:

no hay camino

que no conduzca a ti, ni singladura
que no rinda sus naves
en tu ardiente bahía.

Con la urgente liturgia de los dioses
me invitas al banquete:
qué impaciente rubor,

qué madrugada

se desata en mis labios
al ver ese verano,

ese intenso verano

que en ti se despereza.

Ya se arquea

la cumbre de tu ojiva,
y tu umbral se me brinda enardecido,
y se agita en sus ascuas

tu vivo campanil, el diminuto
crisol de tu arcoiris.

Ya te acercas
voraz cuando te ofrezco
mi altivo pedernal, mi masculino
resumen de la brasa:

Muy despacio
mi furia se sumerge
en la dulce penumbra,
va llenando tus huecos,
recorriendo tus pliegues,
habitando
tus lentos terciopelos,
las sedas y damascos de tu cauce.
Qué fluvial acogida, qué refugio,
qué olvido en este algar,
en este tibio infierno que me ofrece
su abrazo y su dominio.

Da comienzo
la danza ritual,
la felina pavana que nos funde
en un secreto antiguo,
y crece su fervor, y se reitera
su mórbido vaivén,
y se convierte
en un tenso galope,
en un rítmico vuelo sucesivo.
Desde lejos,
desde el puro linaje de la sangre,
un huracán de fuego se aproxima,
avanza, nos rodea, nos invade
con su veraz augurio.
Qué tierna combustión, qué llamarada,
qué horizonte de polen su premura:
ya está junto a nosotros,
ya nos roza, nos prende,

NARRATIVA

MI ÁNGEL DE LA GUARDA

(Hucha de Plata en el XIX Concurso «Hucha de Oro»,
Madrid, 1985)

Al principio todo iba bien, como tienen que ir las cosas. El cumplía sus obligaciones, en su papel de Ángel de la Guarda honesto, responsable y, sobre todo, muy profesional. No es que se extralimitara, que tampoco se trata de eso, pero iba cumpliendo; me avisaba con antelación de pequeños accidentes, de mínimas catástrofes cotidianas: la llave del gas, que no cerraba bien del todo, la cisterna del baño que goteaba, los geranios de la terraza que se habían llenado de pulgón... Su ayuda era particularmente útil al hacer crucigramas, pues siempre tenía a punto «el afluyente del Yang-Tsé-Kiang que divide en dos la provincia de Kuogh-Liing», o la «planta crucífera, de hojas lanceoladas, cuya semilla se emplea como pienso para animales domésticos en las granjas bolivianas». Era un Ángel de la Guarda servicial, sencillo, diría que incluso afectuoso. Procuraba, en lo posible, pasar desapercibido, y siempre tuvo el tacto suficiente para no causarme ningún tipo de inquietudes con su protectora presencia.

Como mi vida es bastante tranquila, pues mi oficio de escritor me obliga a pasar muchas horas en casa encerrado en mi despacho frente a la máquina o jugando con mis melancolías, no puede decirse que tuviera un exceso de trabajo conmigo. En realidad, era un Ángel de la Guarda sin demasiados problemas, salvo algunas intervenciones aisladas, chapucillas de nada, nimiedades como las que ya he contado. No es que él se abandonara, no, estaba al tanto, incluso aseguraría que dispuesto a cualquier cosa; pero es que, verdaderamente, mi vida no daba más de sí. Esta forzosa falta de actividad llegó a preocuparme, pues nadie sabe las torpezas que puede cometer un Ángel de la Guarda anquilosado por falta de entrenamiento, o la ausencia de reflejos que puede presentar en

un momento determinado. Yo creo que él se dio cuenta de mi preocupación, pues, a partir de entonces, multiplicó, dentro de lo que cabe, su actividad: repasaba la casa antes de acostarse, por si me hubiera dejado alguna luz encendida, me avisaba con antelación del vencimiento de alguna letra, incluso me ayudaba, muy eficazmente por cierto, a clasificar mis fichas y a poner en orden mis anotaciones.

Un día, de manera fortuita, pude comprobar que era aficionado a la lectura. Bueno, yo no sé si ya traía consigo esa afición cuando me lo destinaron, o bien la adquirió después, para matar las horas de aburrimiento. Entré inesperadamente en mi despacho y lo sorprendí subido en una silla, junto a la biblioteca, buscando algo por los estantes más altos. Se puso rojo como la grana, y casi estuvo a punto de caerse: en sus ojos, una opaca vergüenza por haber sido descubierto. Es difícil reaccionar ante un caso así, y yo dudé unos instantes. Pero enseguida supe hacerme cargo de la situación y, creyendo interpretar sus preferencias, le alcancé lo que supuse que estaba buscando, un ejemplar de la Biblia con preciosas ilustraciones, que mis padres me regalaron el día de la terminación de mi Bachillerato. Ante mi sorpresa, rechazó cortésmente mi ofrecimiento y, cogiendo con suavidad un tomito encuadernado en piel de las «Doloras» de Campoamor, se marchó a su rincón preferido, el sillón de orejas junto al balcón.

A partir de entonces, ya se consideró plenamente autorizado para disponer de mis libros con absoluta libertad. Leía con bastante rapidez, aunque ví que no seguía método alguno para sus lecturas: lo mismo se enzarzaba con las Obras Completas de Rafael Montesinos, que devoraba con avidez las Leyes de Indias, o se deleitaba con una biografía de Robespierre. En algún momento estuve a punto de llamarle la atención sobre ese desorden, especialmente el día en que me lo encontré con un Tratado de Álgebra en las manos. Pero pensé que, por mucha confianza que hubiera, yo no tenía derecho a meterme en sus cosas, que un Ángel de la Guarda debe saber lo que se hace y que, a fin de cuentas, allá él con sus lecturas, que ya era mayorcito para discernir lo que le convenía o no.

Nuestras relaciones eran, como se ve, francamente buenas: un mutuo respeto, no carente de cierta cordialidad, y cada uno en su sitio. El tenía sus manías, yo las mías, y aquí paz y después gloria, que mejor es lo malo conocido que lo bueno por conocer. Además, como es sabido, el Ángel de la Guarda no se puede elegir, que te ponen el que más a mano tienen. Y, tal como están las cosas, mejor es aceptar lo que te caiga que andar por ahí desamparado y sin poder contar con nadie en un momento de apuro, que conoce uno cada historia...

Las cosas empezaron a torcerse el día en que conocí a Enriqueta. Fue en el Atenco, en una lectura poética de un amigo chileno. Ella estaba allí, con todo el mar dentro de sus ojos, con su perfil de garza solitaria, tiernamente ajena a todo lo que no fuera los versos que mi amigo iba diciendo. No la había visto jamás, pero enseguida comprendí que en aquel instante yo estrenaba una vida nueva, que, desde entonces, todo sería para mí como una inmensa pradera recién mojada por la lluvia. Al salir, procuré entablar conversación con ella, comentamos la lectura, fuimos a tomar una copa en la plaza de Santa Ana, y terminé acompañándola al autobús, con la promesa de volver a vernos enseguida, lo más pronto posible. Luego pude saber que ella también estrenó vida aquella noche.

Al regresar a casa, ya lo noté algo raro: distanciado, huraño, incluso poco amable. Se diría que tenía algún motivo de preocupación o de disgusto, aunque yo no supe relacionar en aquellos momentos su extraña actitud con el hecho de mi primer encuentro con Enriqueta. No le di mayor importancia al asunto, convencido de que se trataría de problemas personales que acabarían resolviéndose en poco tiempo.

Pero la situación fue haciéndose más grave a medida que mi amistad con Enriqueta iba afianzándose, haciéndose más íntima y segura, cuajando en un sincero amor. No sólo su postura iba haciéndose progresivamente antipática, sino que descuidaba, yo creo que adrede, sus obligaciones más elementales como Ángel de la Guarda: un día no tuvo el detalle de avisarme de que me olvidaba en casa la llave de la puerta, y ese descuido me causó los

trastornos correspondientes; otra vez, en pleno verano, no me recordó que tenía que poner a la sombra la jaula del canario, y el pobre animalito amaneció al día siguiente completamente achicharrado, inmóvil, como si fuera un dramático monumento al color amarillo. Deambulaba por las habitaciones con mirada errabunda, indiferente a todo, con claros síntomas de dignidad ofendida. El ambiente hogareño, antes apacible, se iba haciendo cada vez más tenso, más difícil de soportar.

Llegó incluso a insultarme, cosa que nunca podré olvidar. Fue precisamente el día en que Enriqueta y yo fijamos la fecha de nuestra boda. Regresaba yo a casa, un poco tarde, ilusionado y feliz, y lo encontré en la sala de estar, acurrucado en un rincón, completamente a oscuras. Me miró largamente, con la paradoja de un brillo diabólico en sus ojos y, sin venir a cuento, me espetó con una voz gutural rebosante de rencor: «¡Canalla, no eres más que un despreciable canalla!». Fue todo tan inesperado, que no supe qué hacer. Pero comprendí que, desde aquel instante, algo se había terminado para siempre entre nosotros. No le contesté. Me encerré en mi alcoba, y desde allí le oí llorar durante mucho tiempo, envuelto en la oscuridad.

Desde entonces, las cosas fueron de mal en peor. No sólo dejó de prestarme todo tipo de protección y ayuda, sino que se complacía en hacerme pequeños atropellos, desastres domésticos que, a pesar de su poca importancia, no dejaban de amargarme la vida: fundía con frecuencia las bombillas, destrozaba figuritas de porcelana, salpicaba tinta en las alfombras, desordenaba los libros, me adelantaba el despertador... El colmo fue el día de mi boda, pues en el último instante, minutos antes de salir para la ceremonia, me escondió los zapatos negros y no hubo forma de encontrarlos. Un novio vestido de riguroso chaquet, aunque fuera alquilado, pero calzado con sandalias playeras, es algo que la novia y la familia de la novia no podrán olvidar fácilmente.

Los primeros días de nuestra vida matrimonial fueron verdaderamente críticos, pues se empeñaba en que le dejáramos dormir con nosotros, en medio de la cama, entre Enriqueta y yo. Como puede suponerse, me negué en rotundo y tuve que ponerme serio,

incluso llegué a encerrarlo más de una noche en el cuarto de baño, aun a sabiendas de que me haría alguna trastada. Por lo visto, acabó convenciéndose de que su idea era absurda, o de que, ante mi firme actitud, no lograría su propósito, porque, después de algún tiempo, dejó de intentarlo y volvió a ocupar el cuarto de los huéspedes, como siempre.

Envejeció mucho desde que nos casamos. Ya no era el que fue: se le veía ausente, vacilante, sin ganas de hacer nada, ni siquiera de leer un rato, absolutamente apartado de sus obligaciones profesionales. Se pasaba las horas sentado en el sillón de orejas, junto al balcón, mirando los árboles del parque, o siguiendo el ir y venir de los pájaros con una larga nostalgia remansada en sus ojos...

Hoy ha sido un día amargo, muy amargo para mí. Esta mañana, al llevarle el desayuno a su habitación, la he encontrado vacía. El balcón, abierto de par en par. He temido lo peor, un accidente, una locura, cualquier cosa, y me he precipitado para tratar de averiguarlo, para prestarle ayuda si fuera posible...

Estaba allí, en el aire. Y volaba. Torpemente, como si se le hubiera olvidado, pero volaba.

Tropezó primero con una antena de televisión. Luego tuvo dificultades con la torre de la catedral, incluso perdió altura, creí que se mataba. Ascendió al fin, no sin esfuerzo, y después de enredarse con una nube y evitar al sesgo un encontronazo con un helicóptero militar, pudo proseguir su vuelo, ya con cierta soltura.

Y poco a poco se ha ido difuminando, perdiéndose en el horizonte, hecho ya un puntito muy lejano, pequeño, muy pequeño, casi como una lágrima. Casi como esta lágrima. Hasta no verlo más. Nunca, nunca más.

LA LECCIÓN DE ANATOMÍA

—«Bien. Ya tenemos ante nosotros el cerebro, la pieza clave del organismo humano, su centro vital de información, el Alto Estado Mayor de todas sus decisiones.

Como verán ustedes, se trata de una amalgama de sustancia celular, irrigada por una infinidad de venillas y arteriolas, y entrecruzada por múltiples nervaduras que conectan entre sí las diferentes secciones de sus dos lóbulos. Cada una de estas secciones, aparentemente similares, tiene encomendada una misión muy definida y perfectamente delimitada.

Frente a las viejas teorías de la escuela vienesa, que otorgaban un carácter unitario a la masa cerebral, como un todo inseparable, Grünwald y Casagni demostraron de forma definitiva su división funcional en departamentos estancos, claramente separados aunque dependientes unos de otros, a la manera de la organización departamental de un gran centro ejecutivo.

La memoria, los sentimientos, las diversas formas de comunicación, la capacidad creadora, la transformación de sensaciones externas en reacciones químicas internas, las diferentes manifestaciones de la actividad física, la elaboración intelectual de datos recibidos por observación o estudio, etc., etc., son otras tantas misiones encomendadas a cada uno de estos departamentos cerebrales.

Veamos, si ustedes quieren, la sección dedicada a la memoria: Cortemos un poquito por aquí... así... despacio, con cuidado... ya está. Ni el ingeniero electrónico más capacitado podría siquiera imaginar un almacén de datos más completo ni con una mejor organización. Todo, absolutamente todo el pasado de este hombre se encierra aquí, en este pequeño conjunto de neuronas, con sus

fechas, sus circunstancias, su carga de alegría o de tristeza, hasta con sus detalles más lejanos o insignificantes.

Y fíjense ustedes ahí, a la derecha, debajo de esa ligera membrana, ¿lo observan?, ¿me siguen?: Un agrupamiento celular de características muy distintas a las del resto de esta sección. Es lo que podríamos denominar "el rincón del olvido". Creo que un poeta hablaba de "donde habita el olvido", sin saber que ese "donde" existe efectivamente en nuestro cerebro. El hombre, de una forma consciente o inconsciente, y mediante un mecanismo no explicado hasta ahora por la ciencia, va separando de su memoria una serie de neuronas cuyas impresiones o posibilidades recordatorias no quiere volver a utilizar. Podríamos decir que a lo largo de su vida va retirando de su extensísimo fichero general las fichas que contienen datos que le resultan particularmente dolorosos o bien indiferentes por su propia irrelevancia, archivándolos en ese apartado especial para no encontrarse jamás con ellos. Estas microcélulas, desde luego, siguen vivas, pero diríamos que con una vitalidad amortiguada, como hibernando en esa especie de exilio a que se las obliga, aunque a veces, de forma espontánea, irrumpen en la zona memorística recobrando su actividad.

Entremos ahora, si quieren, en el área de los sentimientos: Vean la zona ahí, a la izquierda, muy cerca de esa protuberancia. Como pueden observar, el aspecto morfológico de este conjunto es radicalmente distinto del que hemos visto antes.... ¿Cómo?... No, no, ni mucho menos: el amor no tiene nada que ver con el corazón. El corazón es, simplemente, una pieza más dentro de la gran máquina. Una pieza fundamental, desde luego, pero con una misión bien prosaica: la de bombeo. Una sencilla bomba, nada más. El amor, como tal sentimiento, está sometido a una serie de dependencias nerviosas que se originan precisamente aquí, en esta zona. Vamos a separarla: Seccionemos primero la parte inferior, la más densa... despacio... así... eso es... Aquí está. ¿Ven ustedes las diferencias celulares a que me refería? Comprueben que la zona está especialmente vascularizada y que su estructura anatómica se caracteriza por...

La raíz del viejo ciprés continuó con sus explicaciones, mientras las tiernas raíces del rosal escuchaban con asombro tanta maravilla.

Arriba, una paz azulada se extendía sobre los mármoles, sobre las cruces, sobre las antiguas inscripciones.

Todo era silencio, un limpio y hermoso silencio.

Aunque algunos pájaros cantaran.

PALMIRA

(Hucha de Oro, 3^{er} Premio, en el XXIII Concurso
«Hucha de Oro», Madrid, 1987)

—Tiene cara de llamarse Palmira, dijo Ana mientras contemplaba su mínima silueta tras el escaparate de la pajarería. Además, ya te empieza a querer: no hace más que mirarte y hacerte cucamonas para que la lloves contigo. Y nos la llevamos.

Efectivamente, Palmira manifestó una clara predilección por mí desde el primer día. Sus ojos azules de pura gata siamesa no se apartaban ni un instante de los míos, como si quisiera retenerme siempre a su lado. Me seguía por todas partes y demostraba un especial sentido para saber que era yo quien subía en el ascensor o que mi voz estaba al otro lado del teléfono. Ana comentaba con humor este cariño, sin importarle que a ella le hiciera muy poco caso, salvo en el momento de ponerle su comida, en que se mostraba un poquito más afectuosa. Pero tan pronto la había engullido, corría a buscarme hasta que daba conmigo y se dormía cerca de mí.

A veces se ponía bastante pesada, con sus lametones, su refregarse contra mis piernas, su ronronco sensual y casi pecaminoso, sus maullidos de placer cuando yo, distraídamente, le acariciaba el lomo o jugaba con ella haciendo como si mi mano fuera una araña que quisiera poner a prueba su indudable intrepidez. Cansado de tanto mimo, la apartaba de mi lado o la depositaba suavemente en el suelo; y entonces siempre aparecía en sus ojos un brillo extraño, como un pequeño relámpago de decepción mezclado con una rápida, pero penetrante, sensación de reproche.

—¿Te has fijado? Siempre que nos besamos o nos hacemos alguna broma, Palmira desaparece, comentó Ana. Se ve que, con

ese amor loco que te tiene, no puede soportar la competencia, insistió riendo.

—Lo que pasa es que tienes celos de Palmira, le contesté. Tú eres quien no puedes soportar la competencia. Pero te quiero más a ti, te lo juro, le dije, mientras echaba mi brazo sobre sus hombros y la acercaba a mi lado. Palmira, que nos miraba atentamente desde un sillón, saltó al suelo con lentitud y abandonó la habitación con cierto aire de dignidad ofendida.

Me gusta escribir de noche: la noche me ayuda a la concentración no por su silencio, sino por ese cúmulo de ruidos apagados que tanta vida transpiran. El día, con toda su claridad, invita a la contemplación, a la entrega, a la visión extravertida del mundo y de sus cosas. Pero la noche facilita las indagaciones y aventuras a través de nuestro propio universo, reduce nuestro entorno, hace que todo lo exterior converja hacia nuestro yo, dando vía libre a ese profundo proceso de introspección que desemboca en la creación literaria, y más aún en la poética. Cada cual tiene sus horarios y sus métodos: por la noche es cuando, tanto física como anímicamente, yo alcanzo mis mayores niveles de lucidez.

Desde que Palmira llegó a casa, se convirtió en la compañera de mis horas nocturnas. Tan pronto adivinaba mis intenciones de subir a mi estudio para trabajar, me seguía quedamente y se instalaba en un rincón desde donde observaba con embeleso todos mis movimientos. Estoy seguro de que, con esa rara capacidad de percepción que caracteriza a su especie, ella sabía que yo estaba haciendo «algo importante» y que, por tanto, no debía interrumpirme con juegos ni arrumacos. Tampoco dormía, aunque a veces lo pareciera: su mirada permanecía vigilante, como cuidando de que nada ni nadie me perturbara.

De vez en cuando, como descanso, o para comprobar en voz alta como «sonaban», le leía algún párrafo de mi interminable novela o alguno de los poemas que, con frecuencia, escribo. Palmira escuchaba con atención, y digo «escuchaba» porque tanto su expresión como su actitud -orejas enhiestas, mirar inteligente, cierta tensión concentrada en su cuello y en su cabeza- denotaban que no se limitaba simplemente a oír. Y en cuanto terminaba mi

lectura, me expresaba su aprobación con una mezcla de cariño y alegría: su mirada se, hacía más brillante, como dos pequeños fuegos artificiales, abandonaba su quietud, se subía a mis hombros, y durante un rato me daba suaves trompicones con su hocico en la cara o lamía con delectación mis lóbulos intercalando minúsculos mordiscos. Pero aquello, que en verdad a mí me complacía y emocionaba, no duraba mucho; tras esas efusiones regresaba a su rincón, volvía a adoptar su postura preferida y, mirándome con satisfacción, parecía decirme: —Muy bien, eso está muy bien, pero tienes que hacer mucho más. Hala, a seguir escribiendo. Yo te acompaño.

Ana siente una especial debilidad por el parque del Retiro, entre otras razones porque nació muy cerca de él y para ella constituye su «paisaje de infancia», ese paisaje íntimo en el que comenzamos a descubrir la vida y que ya no nos abandona nunca, incorporado para siempre a lo más cálido de nuestra memoria. Por ello, siempre que tenemos un rato libre, nos perdemos por sus senderos, disfrutando de esa isla de hermosura tan ajena al insostenible tráfico de la ciudad. No hay vez que no descubramos algo nuevo: un rincón umbrío, un viejo árbol que no conocíamos, un macizo de flores oculto tras la hiedra... Ana es feliz con estos hallazgos y los comenta entusiasmada como si de algo propio se tratara, quizás porque, realmente, se trata de algo suyo.

Aquella mañana habíamos dado uno de esos paseos. Las primeras lluvias del otoño trajeron un festival de aromas y colores y el parque estaba como renacido, ya con leves toques dorados en los parterres y con reflejos de cobre en céspedes y musgos. Una profunda gama de verdes se extendía hasta el infinito y su centenario silencio vegetal se hacía más dialogante que nunca. Pensé que los ojos de Ana -casi dos vivas esmeraldas- resumían en su raro verdor todos los matices de los árboles y se multiplicaban en cada una de las hojas, derramando desde ellas la ternura plural de su mirada. Anoté mentalmente esa idea, como germen de un posible poema.

Por la noche, como siempre, me puse a trabajar. En su rincón, como siempre también, Palmira pendiente de mí, sin perder deta-

lle, transidas de amor sus pupilas azules, rodeándome de un ambiente de felina placidez.

Obsesionado con la imagen de los ojos de Ana y los inagotables verdes del Retiro, comencé a escribir un poema. Sus primeros versos me salieron casi de un tirón:

Yo no sé que sucede, amiga mía,
con tus ojos: los tengo siempre cerca,
tan lluviamente próximos,
que con ellos tropiezo a cada instante
como el viento tropieza con los pájaros...

Después, las cosas se complicaron -la poesía, a veces, se nos rebela y tarda más de lo debido en acudir a nuestra llamada- pero al cabo de dos horas puse punto final al poema. Quedé contento: había dicho en él cuanto quería decir y exactamente como quería decirlo. Estaba seguro de que a Ana, que ahora dormía tranquilamente, también le iba a gustar. Aunque no es mi costumbre, le puse una dedicatoria: «Para Ana, porque en su mirada crezco y me multiplico cada día». Sí, le iba a gustar. Era un buen poema.

Se lo leí a Palmira, que lo escuchó atentamente; pero, a diferencia de otras veces, cuando acabé de leerlo no hizo sus habituales manifestaciones de afecto y aprobación. Se me quedó mirando, como ensimismada o como sumida en un profundo meditar. No le di mayor importancia, y bajé a la cocina por un refresco, pues pensaba seguir escribiendo.

Un ruido extraño en mi estudio, acentuado por el silencio de esas horas, me hizo regresar rápidamente, cruzándome en las escaleras con Palmira, que bajaba dando bufidos, el pelo erizado, despavorida. Me pregunté qué había podido asustarla de esa forma, pero fui yo quien se asustó cuando vi en el suelo, junto a mi mesa, los restos del folio en que estaba escrito el poema: Palmira lo había destrozado concienzudamente, convirtiéndolo en un montón de tiritas retorcidas, de pequeñas virutas, como si en vez de uñas se hubiera valido de unas finísimas tijeras, con un ensaña-

miento que descartaba el juego o la casualidad. Desde luego, era totalmente imposible su reconstrucción.

Contemplaba yo aquello absolutamente perplejo, tratando de encontrarle alguna explicación, cuando unos gritos terribles me hicieron dar un respingo: venían de abajo, de nuestro dormitorio, y se repetían con más fuerza y con un espantoso dramatismo. Bajé atropelladamente, lo más deprisa que pude, apoyando mis manos en las paredes para imprimir más y más rapidez a mi cuerpo en su carrera... La puerta estaba abierta. Encendí la luz, y quedé petrificado. Nunca podré olvidarlo: Ana se retorció de dolor sobre la cama, sollozando patéticamente y casi exhausta. Su cara era una masa sanguinolenta, irreconocible, como la pulpa de una fruta roja por la que hubiera pasado un vendaval de espinos. Una visión espeluznante y desoladora ante la que me faltó muy poco para derrumbarme.

Al lado, sobre mi almohada, con las patas ensangrentadas, Palmira me miraba dulcemente con su impasible serenidad. Quedé aterrado al verla. Y más aún al fijarme en sus ojos, que ya no eran azules, sino verdes, intensamente verdes. Como dos vivas esmeraldas.

LA BIBLIOTECA

(Hucha de Oro, 2º Premio, en el XXV Concurso
«Hucha de Oro», Madrid, 1991)

Cuando nuestra hija mayor se casó, dejándonos libre su dormitorio, no pude menos que pensar: «He perdido una hija, pero he ganado cuatro paredes para mi biblioteca». Porque el problema de los libros, como sucede a casi todos los escritores, había llegado ya a su límite: a lo largo de los años, entre las propias adquisiciones, los obsequios editoriales, los envíos de autores y algún que otro legado familiar, los libros habían ido invadiéndonos como una lenta marea, como un huracán interminable, imponiendo una dictadura espacial de difícil solución.

Ellos eran los dueños absolutos de la casa, hasta el punto de que no quedaba un rincón que no ocuparan. No sólo llenaban a rebosar las muchas librerías que habíamos ido comprando para aprovechar cualquier espacio más o menos adecuado -mi despacho, naturalmente, la sala de estar, los pasillos, el recibidor- sino que se apilaban de mala manera en los sitios más inverosímiles: debajo de las camas y de los sillones, encima de los armarios, en la cocina, en el trastero, en la terraza, dentro de las maletas, en montones de cajas, en paquetes... Se diría que habían llegado a tener vida propia y se multiplicaban por generación espontánea.

Pero siendo grave el problema del espacio, lo peor era el desorden, pues entre aquella ingente cantidad de volúmenes repartidos por todas partes, no había nunca forma humana de encontrar nada. Cualquier necesidad de consulta o de lectura de un título determinado, se traducían en horas de búsqueda, en una irritante pérdida de tiempo desempaquetando, revolviendo, indagando, las más de las veces sin resultado. Hace algunos años sí sabía yo, más o menos, dónde podría encontrar lo que me hiciera

falta; pero llegó un momento en que cada nuevo libro que entraba se colocaba en el primer hueco disponible, con el consiguiente y absoluto descontrol.

Por ello, aquellas cuatro paredes del dormitorio de mi hija significaron la salvación, el respiro, la posibilidad de poner algo de orden en tan molesto mare magnun y de cambiar ese aspecto de almacén enloquecido que nuestra casa ofrecía.

Al mismo día siguiente de la boda, pusimos manos a la obra: vaciamos la habitación, buscamos las estanterías necesarias, las instalamos... y a colocar libros, tarea lenta y pesada si se quiere hacer como Dios manda pero, sin duda alguna, muy gratificante para quienes sentimos devoción por esos entrañables compañeros de papel. Decidí dedicar las nuevas librerías exclusivamente a literatura española e hispanoamericana.

Tras varios días de trabajo, de limpieza y clasificación, todo quedó completo y bastante ordenado. Seguí un criterio cronológico-alfabético, organizando los libros por épocas y, dentro de cada época, por autores. No era perfecto, pero me servía y, por supuesto, me permitía localizar en un instante cuanto necesitara.

Con la felicidad de haber conseguido, por fin, tener las cosas a mi gusto, y de ver la casa despejada y ya con cierto aire de normalidad, advertí a mis dos hijos menores -ambos estudiantes- que allí no se tocaba nada, que cualquier libro que necesitaran me lo pidieran a mí y que yo se lo facilitaría. Murmuraron no se qué sobre prepotencias e imposiciones por decreto-ley, pero mis órdenes fueron estrictas: de allí no se tocaba nada sin mi permiso. ¿Estaba claro?

Pocos días después de esta advertencia sobrevino el primer disgusto.

Entré a coger una obra de Lope para comprobar una cita, cuando vi, con asombro, que muy cerca de lo que buscaba había un hueco libre. Hice memoria: Sí, allí faltaba un tomo de Quevedo, las «Obras en verso completas», una buena edición encuadernada en piel a la que siempre tuve gran aprecio. Me indigné, como es lógico, pues no me gusta que mis hijos me desobedezcan, y menos en lo que a mi biblioteca se refiere, algo sagrado para mí.

Lo extraño fue que ellos me aseguraron -incluso me lo juraron ante mi insistencia- que no habían cogido ni ese libro ni ninguno, que ya conocían mis manías, que me lo hubieran pedido, como quedamos, es más, que ni siquiera habían entrado allí. Mi mujer tampoco sabía nada del asunto. Y la asistente, ni pensarlo, era un modelo de honradez incapaz de llevarse un botón, y no digamos un tomo de Quevedo. Nadie ajeno a la familia había estado en casa recientemente... Ya empezaba a dudar de mí mismo, no sé, algún despiste al organizar la biblioteca, o que lo hubiera puesto en otro lugar por alguna razón... Pero no, no era posible. Estaba seguro. El libro, simplemente, había desaparecido. Podía verse su sitio vacío. Un misterio. Algo sin razonable explicación.

—«¡Pero mira, papá, si está aquí!», exclamó de pronto uno de los chicos, añadiendo por lo bajo a su hermano: «El viejo ya delira».

En efecto, el tomo estaba allí, pero tres estantes a la izquierda, en un extremo, escondido detrás de otros libros, colocado de cualquier manera, como si lo hubieran lanzado allá violentamente.

Lo saqué con la alegría del hallazgo y feliz de haberlo recuperado, aunque sin dejar de pensar que alguien me había mentido y dispuesto a aclarar las cosas de inmediato, pero me quedé de una pieza al ver el estado que presentaba: la piel del lomo, raída; algunas hojas arrugadas; y en la tapa, junto a unos largos rasguños que parecían arañazos, una inscripción manuscrita, como hecha con una uña muy puntiaguda o con una finísima navaja. No se leía bien, pero tras varios intentos pude descifrarla. Decía: *Pata-coja, cabrón*.

—«¡Yo no he sido!», gritaron al unísono mis hijos.

No hacía falta que me lo dijeran, estaba absolutamente convencido de que ellos eran incapaces de hacer semejante barbaridad. Imposible. Pero quién, ¿quién habría tenido el valor de hacer aquella salvajada?

—«¿No habréis prestado este libro a ningún amigo, verdad?», les pregunté con muy poca convicción, pues tan sólo unos días antes yo mismo lo había colocado en la biblioteca sin notar nada anormal.

Negativas rotundas, protestas, más juramentos... No, esa posibilidad, la única que se me ocurría, quedaba descartada. Traté de encontrar alguna otra justificación: quizás no me había dado cuenta, y el libro estuviera así desde hace mucho tiempo sin que yo me fijara... No, no, era un libro que yo manejaba con cierta frecuencia, y una cosa así no me habría pasado desapercibida.

Todavía perplejo, hecho un lío, volví a poner el tomo en su sitio, sin saber qué hacer ni qué pensar.

Dormí muy mal aquella noche. No hice más que darle vueltas a la cosa, imaginando las hipótesis más descabelladas, sin llegar a ninguna conclusión. Pero a la mañana siguiente iba a tener la oportunidad de ver claro, dentro de lo que cabe, y de comprender -es un decir- las causas de aquel desastre.

Tan pronto me levanté, fui a la biblioteca, no sin cierta aprensión y un algo de indefinible temor. Pronto pude tranquilizarme: el tomo de Quevedo estaba allí, en su sitio, como yo lo había dejado. Di un respiro: no sé por qué, me esperaba alguna sorpresa desagradable. Pero mi tranquilidad duró tan sólo unos instantes, los justos hasta que mis pies tropezaron con algo. Era un libro caído en el suelo. Lo recogí -mis manos, temblando- y pude ver su título: «La verdad sospechosa», de Ruiz de Alarcón. Tenía una hoja arrancada, que sobresalía de entre las demás; otras, con unas hendiduras que bien podrían ser huellas de mordiscos; y en la tapa, en la que abundaban incisiones y rozaduras diversas, una inscripción manuscrita, como grabada con un alfiler, en perfecta graffía del siglo XVII. Decía así: *Corcovilla, hideputa*.

Mi mujer me encontró sentado en un sillón, blanco como el papel, los ojos desorbitados fijos en el libro, sin poder articular palabra. Tardé mucho en reaccionar.

Desde entonces, raro es el día en que no se ha producido algún fenómeno similar en mi biblioteca, hasta el punto de que ya he llegado a acostumbrarme y a no darle mayor importancia, salvo las molestias de la recolocación de los libros y los desperfectos que en ellos aparecen, que es lo que más me duele.

Así, por ejemplo, hace una semana, «El gran galeoto», de Echegaray, amaneció, también tirado en el suelo, con la inscripción

Viejo idiota, mientras que muy cerca de él yacía «Romance de lobos» de Valle-Inclán, ostentando en su tapa un infamante *Manco de mierda*. En otra ocasión, el estante donde tengo algunas obras de Benavente apareció casi vacío; todos los libros que allí estaban, a excepción de los de D. Jacinto, se habían dispersado por otras partes de la biblioteca, en un desorden total, como si hubieran salido huyendo precipitadamente y en tropel. Ya son varios los encontronazos que he podido detectar entre el «Canto general» de Neruda y la «Segunda antología poética» de Juan Ramón, libro, por cierto, al que otros volúmenes de algunos poetas del 27 están trayendo por la calle de la amargura. «Azul» de Rubén, y «Poesías» de Unamuno, también han tenido sus diferencias, aunque de menor entidad.

Expresiones como *Miserable*, *Indio maldito*, *Cabeza sin sexo*, *Señorito andaluz*, *Plagiario*, *Muerto de hambre*, etc., son corrientes. Hasta al pobre Berceo, en su «Vida de Sancta Oria», le han puesto *Borrachuzo*, aunque no he podido descubrir al autor de tamaña ignominia. Es indignante.

Como digo, había yo terminado por acostumbrarme a estas cosas, admitiéndolas y soportándolas resignadamente y casi con naturalidad. Pero lo de hoy ya ha sido demasiado, y ha hecho que mi paciencia se agotara, hasta el punto de tomar una drástica determinación.

Nada más entrar en la biblioteca, a primera vista, he echado en falta dos volúmenes, aunque de momento no supe de qué títulos se trataba. Tomándolo con filosofía, he buscado por diferentes estantes, he remirado por los rincones, en los altillos de las librerías, en los huecos... Nada. Por fin, y cuando ya me iba a dar por vencido, se me ha ocurrido probar suerte bajo la mesa camilla: y allí estaban los dos libros, ocultos bajo las faldas. Uno de ellos, un ejemplar en rústica de «Genio y figura», de D. Juan Valera, aparatosamente abierto, con las cubiertas hacia arriba, extendidas sus hojas hasta todo lo que el lomo daba de sí, a punto de desencuadernarse, en una postura a todas luces obscena. Debajo, tiernamente agazapado, un grueso tomito en vitela: «La cuestión palpitante», de la Pardo Bazán. Al sorprenderlos, me ha parecido ver

que la blanca encuadernación de doña Emilia se ponía un poco rosácea. No ha sido nada especial, no una intensa rojez de vergüenza, no: tan sólo un leve rubor. Y me ha costado lo suyo separarlos, que no había manera, de verdad.

Ante este bochornoso espectáculo, me he dicho tajantemente: Hasta aquí. Esto se ha terminado. Paso por que muchos de mis libros hayan quedado hechos trizas. Paso, que ya es pasar, porque mi biblioteca se haya convertido en un nido de rencores, en un terreno de venganzas, en un lamentable vaivén de viejos odios y de viejas rencillas. Pero que esto acabe siendo una casa de citas o una tapadera de inconfesables pasiones, no. Por ahí no, se acabó.

Mañana mismo desmonto todo esto, vuelvo a colocar los libros por toda la casa, bien desordenados, como estaban antes, y se acabó. Vaya que se acabó. ¡Faltaría más!

EL REGRESO

La estancia era amplia, confortable, sobriamente amueblada. Un gran ventanal dejaba entrar la luz de la tarde, que tamizaban lo estores, aunque algún rayo del último sol se filtrara débilmente esparciendo su delgado fulgor en las alfombras. Se oía, a lo lejos, muy diluida en el espacio y la distancia, una música, Mozart quizás. Un reloj antiguo, desde su caja de maderas nobles, acunaba el tiempo con la incansable oscilación del péndulo. Todo era allí sosiego, armónico devenir, serenidad. Afuera, entre un claro silencio, las copas de los árboles se balanceaban como si asintieran en un diálogo sin fin. Algún pájaro aleteaba, ajeno a cualquier temor. El cielo, radiante y magnífico, esplendorosamente azul.

En un sillón de orejas, junto a la ancha redondez de la mesa camilla, el anciano señor -cabeza blanca, ojos fatigados, lentos ademanes- leía un viejo libro. Sus labios se iban moviendo imperceptiblemente con la lectura, a medida que su mirada transcurría por las hojas amarillentas. De vez en cuando, se tomaba un descanso y levantaba la vista hacia el ventanal con un gesto entre desilusionado y melancólico. Otras veces, reposaba sus manos traslúcidas en la manta que cubría sus piernas y dejaba caer los párpados como dormitando, quizás sumido en una intensa meditación. Nada interrumpía aquella inmóvil placidez.

Una puerta se abrió con suavidad dando paso a un hombre. Era joven, de noble presencia, de afable y mesurada actitud. Sus profundas ojeras subrayaban un rostro demacrado en el que la fatiga había dejado lívidas huellas. Pero sus ojos permanecían ágiles, decidores, llenos de asombros y de luz.

El anciano señor miró al recién llegado, mientras en su cara se despertaba una recóndita alegría. El hombre se acercó lentamente,

y ambos se fundieron en un largo abrazo sin palabras. Después se sentaron muy cerca uno del otro.

—Hijo mío, por fin, por fin has regresado. Qué feliz soy teniéndote otra vez aquí.

—Yo también estoy contento, padre. Te he echado mucho de menos todo este tiempo.

—Tantos años esperándote, tantos... ¿Cómo te encuentras, hijo, estás bien? Tienes mala cara, ¿estás enfermo?

—No, no, estoy bien. Sólo cansado, muy cansado.

—Ha sido un largo viaje, demasiado largo.

—Sí, pero era necesario.

—Lo sé, lo sé. Era necesario. Pero, ¿te ha ido bien? ¿Hiciste todo lo que tenía que hacer?

—No sé si todo, pero traté de hacerlo lo mejor posible.

—Claro, hijo, claro. Ha sido un esfuerzo muy grande para ti. ¿Tuviste problemas? ¿Te resultó muy difícil?

—No más de lo que suponíamos. Pero teníamos que intentarlo, padre.

—Por supuesto, teníamos que intentarlo. Pero me he preguntado muchas veces si hice bien empujándote a esta aventura, si no podíamos haber buscado otros medios. De verdad, ¿crees que ha merecido la pena?

—Yo creo que sí, a pesar de todo. Pero hay que esperar. Sólo el tiempo podrá decirnos si ha merecido la pena o no.

—El tiempo... siempre el tiempo... Pero ya estás aquí conmigo, juntos otra vez. No dejaré que vuelvas a marcharte, nunca te lo permitiré.

—No, padre, no te preocupes. Si he regresado ha sido para quedarme aquí contigo. Para siempre.

—Muy bien, hijo, muy bien. Pero... ¿tienes hambre? ¿Quieres que te traigan algo? Si quieres...

—No, no. Tan sólo estoy cansado. Me hace falta dormir. Si no te importa...

—Claro, hijo, claro, lo comprendo. Mañana hablaremos tranquilamente y me lo contarás todo con detalle. Ahora debes acostarte: lo necesitas.

El hombre tomó las manos del anciano señor y se quedó un momento mirándolo con ternura. Después, salió pausadamente hacia su habitación.

Ya estaba casi dormido cuando notó la presencia cercana de su padre. Había entrado muy despacio, sin hacer ruido, como temiendo molestarle. Se sentó levemente en la cama y apoyó su cálida mano en la cabeza del hijo.

—¿Duermes ya?, musitó.

—Estaba a punto de dormirme.

—Perdona, hijo... pero... me hacía falta... no... no me hubiera quedado tranquilo... si no te dijera una cosa... algo importante...

—¿Qué cosa?

—No... nada... Bueno... que me dolió mucho aquello que dijiste. Me dolió más de lo que puedes suponer.

—¿Qué dije?

—Aquello... aquello que gritaste... aquello de *Padre, ¿por qué me has abandonado?*

Callaron ambos en un silencio hondo, desolador.

El hijo no pudo evitar las lágrimas. A través de ellas veía la expresión tristísima del padre.

—No sabía lo que decía, no lo podía saber.... murmuró con voz lenta y lejana.

Después cerró los ojos, a la espera del sueño. Estaba cansado, muy cansado. Necesitaba dormir profundamente.

Necesitaba, también, olvidar.

EL DÍA «D»

(Capítulo 6 de *MANUAL DE SUPERVIVENCIA
PARA TURISTAS ESPAÑOLES*)

Bien, ha llegado el día «D», la anhelada fecha en la que usted va a comenzar su viaje. ¡Cuánto ha esperado este momento y con qué ilusión ha hecho los últimos preparativos! ¿No olvida nada? ¿Cámara fotográfica o videocámara? ¿Pasajes y bonos? ¿Dinero? Estupendo. En marcha.

El folleto decía: «Deberá presentarse en el mostrador de la Compañía Tal con dos horas de antelación a la hora señalada para la salida del vuelo». Y allí va a estar usted, como un clavo, dispuesto a lo que sea.

Su primera impresión al llegar al aeropuerto será de susto: vaya mare mágnum, vaya gentío y vaya caos. Parece mentira que algo pueda funcionar allí medianamente bien. Miles y miles de personas que van de un sitio para otro como enloquecidas, portando miles y miles de maletas en sus manos o en los carritos metálicos; interminables colas ante los mostradores de las distintas compañías; conversaciones y gritos en todos los idiomas imaginables; continuos avisos por la megafonía -que casi nadie entiende por el barullo- de salidas y entradas de vuelos y llamadas personales a los rezagados; nervios y discusiones; racimos de «moros» (para nosotros cualquier árabe es «moro», ya sabe) con aspecto de poca higiene, cargados de los bultos más inverosímiles; racimos de «chinos» (para nosotros cualquier oriental es «chino», ya se sabe también) con cara de absoluto despiste; gente que llega; gente que se va; gente que despide a los que se van; gente que recibe a los que llegan; gente que saluda a los que están en tránsito; vestimentas veraniegas para todos los gustos y pelajes; inquietud, vacilaciones, protestas; ancianos impedidos en sillitas de ruedas; niños que no paran; ado-

lescentes que se besan; matrimonios que discuten; viejos que re-funfunan; un relajo veraniego, a pesar de todo, en este denso panorama de incertidumbre, angustia y alegría.

Dentro de tal batiburrillo, los únicos que permanecen serenos son los ejecutivos y las monjas.

A los ejecutivos se les distingue por ir impecablemente vestidos, corbata incluida, por su maletín -casi siempre negro, aunque algún que otro cursi lo lleve de piel de cocodrilo-, y por su cara de «ir a reunirse». Los ejecutivos siempre van a reunirse y vienen de reunirse, donde sea, como sea, con quien sea. Es su signo fatal. Como se pasan la vida viajando, se conocen los aeropuertos y sus miserias igual que la palma de la mano, y no se inmutan por nada. Esperan su vuelo ajenos a todo y a todos, abriendo de vez en cuando sus maletines, ordenando su contenido y tomando alguna que otra nota, seguramente para la próxima reunión. Si hay demora, sacan su novelita «best-seller» de moda y se culturizan. Los de más alta graduación sólo leen prensa de información económica. Son felices, a pesar de su triste destino: directa o indirectamente, vender cosas, comprar cosas o vender y comprar cosas al mismo tiempo.

A las monjas se las distingue por sus hábitos, por ir casi siempre de dos en dos, y por esa mezcla de temor y placidez que hay en sus caras. Una de ellas, por lo general, es más despierta que la otra o «manda» más, según sus reglas. Llevan pequeños bultos consigo, que nunca abandonan, seguramente repletos de oraciones y proyectos de salvación. Nunca se impacientan por nada y contemplan el ajetreo que les rodea con una dulce expresión de curiosidad y benevolencia.

Siempre me ha llamado la atención la presencia de las monjas en los aeropuertos, pues no hay ninguno de ellos en los que no me las haya encontrado. A veces pienso si no pertenecerán a la plantilla del personal de tierra contratadas por la dirección para poner una nota de paz y serenidad en el crispado ambiente de los viajes aéreos. Quién sabe; hoy en día los modernos sistemas de relaciones humanas afinan muchísimo, y no sería de extrañar.

Tras esta primera impresión, se encontrará usted metido de

lleno en el jaleo, y ya formando parte de él; buscará infructuosamente durante un rato el dichoso mostrador y al fin, cuando ya empezaba a preocuparse, lo encontrará, con una larga cola de turistas -como usted-, todos con la misma impaciente ilusión de comenzar sus vacaciones -como usted también-. No tardará en identificar a los de su grupo por un detalle que los distingue: el bolso de plástico en bandolera con el letrerito «Viajes Cual». Es el primer indicio de uniformidad, que ahora, seguramente, le hará cierta gracia. Más adelante, no tanta, ya verá.

Los primeros contactos con sus compañeros de grupo se caracterizarán más bien por la timidez: alguna mirada de soslayo, alguna sonrisita cortés, alguna frase suelta o comentario sin importancia... Todos son extraños en estos momentos iniciales: ya habrá tiempo de seleccionar amistades, buscar identidad de caracteres u opiniones, e incluso de hacer frente común, si es necesario, ante alguna calamidad colectiva. La intimidad y las simpatías, o antipatías, personales vendrán después, a medida que vayan pasando los días del «tour» con su obligada convivencia y el largo rosario de horas y situaciones que van a tener que compartir. Como vendrá después la formación de subgrupos solidarios, con sus correspondientes, aunque solapadas, luchas intestinas. Pero todo esto lo estudiaremos más adelante. Ahora está usted ante el mostrador, con la natural impaciencia por dar comienzo a su viaje, y no es cuestión de distraerle con divagaciones sociológicas. Cuando llegue su turno, «chequéese» (aprenda bien este horrible término, porque va a tenerse que «chequear» en multitud de ocasiones), es decir, entregue su billete para que le proporcionen su tarjeta de embarque, y deposite su equipaje, excepto el de mano, para que se lo facturen. Y a esperar.

Lo de las esperas en el aeropuerto y en plena temporada turística puede ser dramático: nunca se sabe lo que va a pasar. Igual todo va bien y su vuelo sale a la hora establecida, o todo va mal y se le anuncia su retraso «por causas técnicas» durante minutos, horas o indefinidamente. Es inútil indagar: nadie da razón alguna para justificar las demoras o anticipar con exactitud su duración. No hay más remedio que echarle paciencia a la cosa y permanecer

atento cada vez que suene la musiquita de los altavoces para ver si, por fin, anuncia la salida de nuestro vuelo.

Entre los usuarios trotamundos hay auténticos especialistas en esperas: en cuanto oyen la desalentadora frase «por tiempo indefinido», buscan un rinconcito tranquilo, se acurrucan o se tumban a lo largo como pueden, y a dormir tan contentos. Algunos llevan meses esperando y ya se han acostumbrado a ese género de vida: si algún día, Dios no lo quiera, dieran salida a sus vuelos, no podrían resistir la emoción y caerían fulminados. Puede usted descubrirlos en cualquier aeropuerto, agazapados en los sitios más inverosímiles, con barba de varias semanas, junto a sus pertenencias y una lata de refresco, con cierto aspecto mendicante, totalmente ajenos al tráfico y al griterío. Yo creo que son bastante felices, pues no hacen otra cosa que esperar.

Vamos a suponer, en su caso, que ha habido suertecilla y que todo va a funcionar como estaba previsto: a pasar el control de pasaportes, a superar el control de seguridad, y a volver a «chequearse» en la salita de espera designada para su vuelo.

El control de pasaportes no presenta mayores dificultades, siempre que, claro, lleve usted el pasaporte o el documento de identidad, y además los lleve en regla. Un vistazo rápido, una comprobación facial con mirada levemente inquisitiva y marchando.

El control de seguridad tampoco suele tener problemas, aunque es muy posible que el pitidito del paso detector de metales se dispare, precisamente, cuando usted lo esté atravesando. Entonces, a colocar en un mostrador monedas, encendedor, llaves y todo lo metálico que lleve encima, y volver a pasar. Puede suceder que el pitidito se repita amenazadoramente, con la consiguiente preocupación por su parte y la contenida desconfianza de los demás viajeros. Ante la reiteración, un amable policía le apartará a un lado y le recorrerá el cuerpo con un detector manual. No se asuste si el aparatito emite unos penetrantes bip-bip-bip de vez en cuando, incluso cuando se lo acerquen a sus partes pudendas: son instrumentos de altísima precisión y reaccionan ante cualquier cosa. Lo importante es que no sucederá nada, que el funcionario comprobará que usted no lleva armas de fuego, bombas de fabri-

cación casera ni otras malas intenciones, y podrá seguir su camino, libre y sin cargos, a la búsqueda de su sala de espera.

Por favor, no se me ponga nervioso si, con las prisas, no da con ella a la primera: tiene tiempo de sobra, caramba, el avión no va a salir sin usted, que todo está previsto y bajo control, convéznase.

Una vez la haya encontrado, nuevo «chequeo», nueva espera, nuevo tiempo de incertidumbre hasta que le indiquen la salida de su vuelo y, al fin, el momento deseado: a embarcar.

Ante usted, una de las experiencias más apasionantes de su viaje. No se pierda ni un detalle: vívala en toda su hermosa intensidad.

AL AIRE

(Capítulo 7 de *MANUAL DE SUPERVIVENCIA PARA TURISTAS ESPAÑOLES*)

Si el vuelo es «regular» y la aeronave (qué bien suena esto, ¿verdad?) de cierta categoría, usted será conducido seguramente a una hermosa escalera, ancha y majestuosa como ella sola. ¡Qué emoción subirla despacito, recreándose en la suerte, aunque el japonés de delante se empeñe en subirla más lentamente de lo normal y la aguerrida walkiria que le sigue le vaya clavando en los riñones su raqueta de tenis! Paciencia. Disfrute del glorioso momento: ya casi, casi, es usted un verdadero cosmopolita. Disimule como pueda su bisonñez en estos trances, y siga hacia arriba como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Puede suceder, sin embargo, que en vez de la escalera le hagan utilizar una especie de túnel del tiempo, un tanto sombrío, que desemboca directamente en el avión. Son cosas de la modernidad aeroportuaria, quizás más prácticas, pero que privan al usuario del placer evangélico de la ascensión a los cielos por sus propios pies. Qué le vamos a hacer.

De una forma u otra, ya ha llegado usted a la aeronave. ¡Qué momento!: dos bronceados pilotos (ahora creerá que son pilotos, pero más tarde se convencerá de que no lo son) y alguna bellísima azafata le darán los buenos días/buenas tardes sonriéndole cordialmente. ¡Qué acogida, qué finura! Contésteles con naturalidad, como quien domina el secreto de la cortesía internacional.

Al entrar, a la izquierda, es probable que vea un amplio espacio de comodísimas butacas y ¡oh, maravilla! un atentísimo camarero, muy elegante, sosteniendo en sus manos una bandeja repleta de copitas de jerez. Esto empieza bien, pensará usted, vaya detalle. Pero pronto uno de los falsos pilotos le indicará muy amablemente que por ahí no, que siga hacia la derecha. Sumiso, como tiene que

ser el turista, seguirá hacia la derecha, echando de menos el rubio jerez que tan bien le hubiera caído. Pasará a un compartimento, no tan amplio como el otro, pero aceptable. Tampoco está mal: algo más estrechas las butacas, pero poquitas y con buena pinta; no señor, no está mal. Pues tampoco. No busque usted tampoco su asiento ahí: esa es la Clase Preferente (Clase «C» o «Confort Class», que le conviene ir manejando estos términos). Usted, como es turista, tiene que seguir más al fondo, a la Clase «Turista». Lógico, ¿no? Atienda las indicaciones de que no se entretenga, de que continúe.

Y al fin llega a su «clase». Como un autobús, ¿verdad?, poco más o menos. No sentirá claustrofobia ¿eh? Tranquilo. Y no empiece a murmurar: tampoco ha pagado tanto como para que le den, así, de entrada, una copichuela, o le coloquen en preferencia. Usted, convéznase, o empiece a convencerse, es un turista. Y punto.

De todas formas no hay que dramatizar. Si el vuelo no lleva asientos numerados, lo mejor es que coja una butaca lo más delantera posible. Mi teoría es que si las clases preferentes -y más caras- están en la parte delantera y no en la trasera, por algo será. Pues eso: cuanto más cerca de esas clases, mejor («quien a buen árbol se arrima...», ya sabe). Pero no cometa el error de ponerse en la primera fila: hacer un vuelo de dos o tres horas teniendo como único panorama frontal un trozo de tabique tapizado de moqueta es lamentable y no se lo aconsejo.

Si es usted fumador, atrás, atrás del todo, marginado, como un enfermo infeccioso. Mire bien los indicadores, pues no hay cosa más triste que no poder echarse un pitillo -que tan bien viene para los nervios en algunas ocasiones- por un tonto error en el momento de escoger su asiento.

Todo esto, como le decía al principio, si se trata de un vuelo «regular» y de un aparato de envergadura. Si el vuelo es de esos que llaman «charter», pues qué quiere que le diga: ni gran escalera (más bien una angosta y agobiante escalerita anal de tétrica ascensión), ni copita, ni preferencia, ni, si me apura, moqueta. Qué le vamos a hacer. Ya ve usted, por ahorrarse unas pesetillas...

Sea cual sea el vuelo, ojo con quién se sienta: escoja usted, en vez de dejarse escoger. Huya de los obesos -y más aún de las obesas- como del mismo diablo. Y cuidado con la apetecible rubita de los blue-jeans porque el novio, seguramente cinturón negro, ha podido retrasarse entre el tumulto y aparecer en el momento menos oportuno. Seleccione, si le es posible, primerizos o primerizas, cuya conversación siempre será un consuelo. Si los asientos van numerados, simplemente confíe en la providencia.

Ya en su butaca, tranquilo: el trasiego de gente desconcertada portando bultos de todo tipo y condición va a durar un buen rato. De manera que a esperar. Si quiere entretenerse, después de tratar de averiguar cómo demonios se abrocha el cinturón de seguridad, puede dedicarse a leer las «Instrucciones para caso de emergencia», enterándose de cuantas salidas de socorro tiene el avión o de cómo se inflan los chalecos salvavidas. Haga lo que quiera, aunque todo eso se lo van a enseñar, con una expresión de absoluto aburrimiento, las azafatas dentro de un rato. Además, es igual: en caso de auténtica emergencia, y entre el murmullo de las últimas oraciones, nadie se va a acordar de dónde están las malditas salidas ni de qué resortitos hay que tirar para que se infle el chisme flotador.

Bien. Ya tenemos el avión lleno a rebosar, y todo el mundo en sus asientos. Ahora llega un momento emocionante: el primer recuento. A lo largo de su viaje, usted y su grupo van a ser «recontados» en muchas ocasiones, con el mismo amor y cuidado con que el pastor en el aprisco recuenta sus ovejas. Es una medida de prudencia, pues siempre hay alguien que se despista -ya lo veremos más adelante, al hablar de las excursiones-, con el natural sobresalto de guías y responsables.

Este primer recuento lo efectúan las azafatas, unas veces a dedo, otras auxiliándose de un extraño relojito, que seguramente se llama «turistómetro» o «pasajómetro». Observe bien: nunca, nunca, salen las cuentas a la primera, lo que desencadena una serie de cuchicheos entre el personal de vuelo, consultas a la superioridad, minuciosos estudios de las listas de embarque, recuentos sucesivos... Francamente entretenido. Pueden pasar dos

cosas: o que los números no salgan como es debido por fallo humano en el momento de realizarlos; o porque realmente falte alguien. En este caso, es posible que ese «alguien» aparezca a última hora transportado individualmente desde la terminal, sudoroso, sin aliento, y pidiendo humildemente perdón con la mirada al resto del pasaje. Seamos benévolos en nuestros comentarios, que bastante habrá sufrido el pobre.

Ya estamos todos. Puertas cerradas, rampas subidas... Y al aire. Ahora es cuando, de verdad, comienzan sus vacaciones. Y para celebrarlo, dentro de un ratito, una vez estabilizados en el aire y tras comunicarle los datos del vuelo (velocidad, altura, tiempo de duración, etc.), le van a ofrecer una sorpresa: la naranjada.

Como usted sabe, la naranja es «el fruto del naranjo, de forma globosa, de seis a ocho centímetros de diámetro; corteza rugosa, color entre rojo y amarillo, como el de la pulpa, que está dividida en gajos, y es comestible, jugosa y de sabor agridulce muy agradable» (Diccionario de la R.A.E.). Y la «naranjada», el «agua de naranja». Pues bien, fíjese: nadie, absolutamente nadie hasta la fecha ha logrado averiguar de qué fruto proviene lo que las compañías aéreas denominan «naranjada». El color, mirándolo con buena voluntad, sí recuerda algo a la naranja. Pero el sabor... Adivina, adivinanza: ¿A qué sabe la «naranjada»?

Después de múltiples degustaciones -tan sólo llevado por mi curiosidad intelectual- he llegado a la conclusión de que debe tratarse de una mezcla de semillas exóticas desconocidas en occidente con un jarabe clarito de procedencia ignorada, levemente azucarado. Su deglución produce en la garganta un extraño cosquilleo que provoca de inmediato el deseo de no seguir bebiendo. Por supuesto, no es obligatorio que se la tome. En caso de irremediable rechazo, le aconsejo que pida a la azafata un vasito de agua, tan sencillamente incolora, inodora e insípida. Se lo traerán con mucho gusto, aunque con la reticencia de que haya gente tan rara a la que no le guste una «naranjada» gratuita amablemente servida en las alturas.

Si el vuelo es de cierta duración y coincide con las horas del mediodía o últimas de la tarde, es muy posible que no pueda usted

librarse de otra sorpresa, esta vez mucho más temible que la de la «naranjada» de marras. Me refiero al «almuerzo» o la «cena», y que sea lo que Dios quiera.

Si se trata de un «buffet» frío, como es posible que lo anuncie por los altavoces el Sobrecargo de la aeronave (pero qué bien suena todo esto, ¿verdad?), la cosa puede quedar medianamente bien, dentro de unos límites amplios de tolerancia gastronómica. Si se trata de algún plato caliente, espero que usted haya tenido la buena idea de desayunar fuerte -en el caso del «almuerzo»- o de merendar fuerte también -en el caso de la «cena»-. Pero vayamos por partes.

El primer problema es el espacio. En una bandejita de unos 900 centímetros cuadrados (algo más del tamaño de un folio, para entendernos), usted va a tener que bregar con lo siguiente: la mini-bandejita del «primer plato»; la mini-bandejita del «segundo plato»; la mini-bandejita del «postre»; el chusquito de pan; el vasito; la tacita para el café o el té; el paquetito de mantequilla; el triangulito de queso; el envoltorio de las galletitas saladas; y la bolsita con cucharas, tenedores, cuchillos, sobrecito del azúcar, sobrecito de la leche en polvo (o sucedáneo), sobrecito de la sal, sobrecito de la pimienta, sobrecito del mondadientes, servilleta, toallita perfumada y un folletito publicitario. Aunque parezca mentira, todo eso cabe en la bandeja. Pero claro, una cosa es que quepa, y otra que usted, así, de primeras, pueda manejarse holgadamente entre tanto cachivache. Todo es cuestión de práctica y de movimientos muy lentos, muy meditados, con la exquisitez de un relojero al desmontar las piezas de un reloj. Ya verá como consigue dominar la situación, llegando incluso a establecer una relación de profundo afecto con su bandeja (algo parecido al «síndrome de Estocolmo») y bendiciendo mentalmente al genio que la inventó.

Observará que las mini-bandejitas del primero y segundo plato vienen higiénicamente protegidas por un plástico o por un papel metálico. Estupendo ¿verdad? Pues ahí van a empezar sus problemas. Porque, por lo pronto, y cuando se lance a la operación de desempaquetado, le va a ser muy difícil averiguar dónde comienza y dónde termina la envoltura. Después de darle vueltas al asunto,

terminará decidiéndose por el desgarro directo y encontrándose en las manos con un gran trozo de plástico embadurnado de mayonesa, o con un rígido papel metálico rebosante de una extraña salsa.

En este preciso momento, la azafata, o alguno de aquellos falsos pilotos que usted saludó a la entrada (ahora sin uniformes de pilotos y convertidos en simpáticos camareros), preguntarán al señor -o a la señora- qué desea el señor -o la señora- para beber. Y el señor -o la señora- tendrá que abandonar sus trabajos y preocupaciones manuales para decidirlo, coger con los dedos pringosos la botellita de vino, cerveza o agua, darle la vuelta al vaso de plástico, encajarlo dentro de la tacita de café, que es el único sitio libre que queda, y servirse como pueda su dosis de bebida, con el problema posterior de dónde colocar la botella con el resto. Un lío.

Tras esa pausa, usted seguirá sin saber qué hacer con el trozo de plástico o con el papel metálico, porque no caben en ninguna parte, salvo que quiera embadurnar el postre, o el chusquito de pan o los cubiertos, o todo en general, con la mayonesa o la salsa, que ya gotean amenazadoramente. Y acabará de mala manera, dejándolos por imposibles en cualquier sitio, bien arrugaditos y hechos un asco. Nota: no se le ocurra depositarlos en la bolsa de la butaca delantera, pues podría manchar las «Instrucciones para caso de emergencia», tan útiles en ciertas ocasiones, como antes hemos comentado.

Y a propósito: si en ese preciso instante, el compañero turista de la butaca delantera tiene la ocurrencia de pulsar el botón y reclinarsse hacia atrás, verá usted con pavor que su bandeja se le incrusta en el estómago, que su bebida se vierte y que todo se desparrama de muy mala manera. En este caso, recoja como pueda las cosas del suelo y renuncie a su manutención. Otra vez será.

Pero dejemos los aspectos logísticos, y vayamos al contenido de las mini-bandejitas, es decir, a los alimentos propiamente dichos.

No puedo detallar aquí los diversos menús que le pueden ofrecer, pues la casuística es muy amplia y no acabaríamos nunca. Por ello, consideraremos un «menú-tipo», para que tenga una idea de lo que se va a encontrar.

El «primer plato» podría consistir en unos «huevos a la rusa». Los huevos (o mejor, las dos mitades del huevo) están ahí, no cabe duda, con su mayonesa de difícil clasificación, una hojita verde, que parece perejil pero que no es perejil, y quizás alguna otra sustancia alimenticia, por ejemplo, atún o arenque ahumado. Lo de «a la rusa» es por la bolita -con suerte, dos, e incluso tres, a veces- de sucedáneo de caviar que corona triunfalmente el conjunto. Cójala con su tenedor, introdúzcasela con cuidado en la boca, y mastíquela lentamente, muy lentamente, hasta su total deglución. No lo olvide: esa microscópica bolita va a ser el único, fíjese bien, el único detalle de lujo que usted se va a encontrar en todo su viaje turístico. Aproveche el momento y apure la belleza de ese instante excepcional, evocando las aguas heladas del Volga o los cánticos tristes de los pescadores del Báltico.

Hasta ahora, no podemos negarlo, la cosa no va mal del todo. Pero entremos en el «segundo plato», mucho más apasionante por las serias dudas y cavilaciones que le va a plantear.

Como decíamos antes, este plato puede ser frío o caliente. Si es frío, seguramente consistirá en tres o cuatro trozos de fiambre, todos de diferente color, diferente textura y diferente origen animal (pongamos, por ejemplo, pollo, vaca, cerdo y, quizás, algo parecido al paté). Pues bien, a pesar de tantas diferencias, usted comprobará que todos esos trozos de fiambre saben exactamente a lo mismo: a nada. Es increíble, pero es que no saben a nada. Un misterio, pero así es. Menos mal que estarán acompañados de medio pepinillo en vinagre o de un trocito de pimiento rojo, lo que da siempre cierta alegría y realirma la confianza en uno mismo, llevando a nuestro paladar la agradable sensación de que no hemos perdido la facultad de distinguir los sabores: esto es pepinillo en vinagre o, en su caso, esto es pimiento rojo, dirá usted tan complacido y seguro de sí, con el orgullo del que sabe a ciencia cierta lo que está diciendo.

El asunto se agrava cuando se trata de un plato caliente. Suele consistir en un trozo de carne asada de difícil clasificación, o una especie de pechuga de pollo, o algo parecido a una hamburguesa, siempre aderezados con una extraña salsa de color caramelo oscu-

ro que nos impide saber con exactitud qué estamos comiendo. Las guarniciones pueden ser: arroz blanco con guisantitos, pequeñas zanahorias hervidas o engrudillo de fideos gordos, con la nota colorista de algunas «finas hierbas». A veces, para mayor variedad, un poquito de cada, con lo que usted podrá comprobar, por el método de la comparación directa, que también todo sabe exactamente igual.

En algunas ocasiones, el menú es más sencillo, por ejemplo, una tortilla francesa. Entonces pueden suceder las cosas más raras, como aquella vez en que a mí me sirvieron una de esas tortillas con la sorpresa de que no era amarilla sino de un sospechoso y casi cadavérico color verde. Se lo hice saber a la azafata, quien a su vez llamó al Sobrecargo y éste, sin inmutarse, me dio unas prolifas explicaciones sobre el cambio de color de los alimentos en los aparatos calentadores dependiendo de la proximidad de las bandejas a los focos emisores de rayos infrarrojos. Le contesté que muy bien, pero que a mí me gustaban más las tortillas francesas con su color amarillo tradicional, a lo que me respondió, muy amablemente eso sí, que sobre gustos no había nada escrito. Ante esta falta de bibliografía, ni conseguí que me cambiaran aquella cosa verde, ni ellos consiguieron que yo me la comiera, con lo que quedamos en paz y tan amigos.

Una vez pasado el trago del «segundo plato» podrá usted dirigirse hacia la mini-bandejita del postre, en la que encontrará o bien un pastelito, o una especie de bizcochuelo borracho o una crema densa parecida a las natillas. Es mejor no entrar en profundidades: su sabor es, simplemente, dulce, sin que haya nada más que añadir.

Ante el panorama que le acabo de describir, y que usted comprobará personalmente durante su vuelo, sé que necesita ayuda y que, con todo derecho, me va a pedir un consejo para sobrevivir, porque por ello tiene en sus manos este Manual. No puedo recomendarle la cesta de provisiones, como en los antiguos viajes ferroviarios, pues la tortilla española o el bocata de chorizo están muy mal vistos en los vuelos internacionales (aunque la verdad, yo pude sobrevivir en un vuelo de Tokyo a Anchorage (Alaska) gra-

cias a un providencial lomo embuchado y unas botellas de Jumilla que, oportunamente, llevaba preparados un buen amigo mío, tan generoso como precavido y libre de prejuicios). Pero lo que sí puede hacer es echar mano de la lógica: si en la bandeja de un almuerzo o una cena, como hemos visto, casi todo es incierto, porque nunca va a tener la seguridad de qué es en concreto lo que le están ofreciendo para comer o cenar, céntrese en lo seguro, en lo que no tiene duda alguna. ¿Y qué es lo que le puede dar esa garantía? Pues muy sencillo: la mantequilla siempre es mantequilla y el queso fundido del triangulito siempre es queso fundido. Elemental, ¿verdad? Pues no se hable más: hala, a untar el panecillo y a reparar fuerzas como Dios manda. No es que sea una dieta muy abundante, pero algo es algo, ¿no? Como colofón, y para calentar el estómago, puede tomarse una tacita -sólo una, no tentemos a la suerte- de ese líquido oscuro que allá arriba denominan «café».

Finalmente, quisiera añadir algo para terminar este comentario sobre sus comidas a bordo: No le conozco a usted y, por lo tanto, no sé de sus gustos, sus exigencias, ni sus anteriores experiencias gastronómicas. Es posible que el almuerzo o la cena aéreos le hayan complacido -hasta cierto punto, por supuesto-, o no le hayan gustado nada, o le hayan dejado indiferente. Pero, en cualquier caso, sí me atrevo a garantizarle algo: tras el régimen alimenticio al que va a verse sometido durante su viaje turístico, a la vuelta, en su viaje de regreso, usted devorará con fruición este mismo almuerzo o esta misma cena. Y le sabrán a gloria bendita, como si hubieran salido de las mismísimas cocinas del Maxim's. Aunque no por ello deje de pensar intensamente en ese par de huevos con patatas fritas que su santa esposa o su santa madre le van a preparar en cuanto ponga el pie en su casa, como primera compensación a las pasadas hambres y penurias. Ya lo verá, mi querido lector -o lectora-, ya lo verá.

Una vez retirada su bandeja, es posible que usted tenga deseos de hacer pis, o de lavarse las manos. Muy bien, está en su derecho. Pero no se le ocurra ir a los lavabos de la parte delantera del avión, reservados para las clases Preferente y Primera, porque las

tripulaciones son muy estrictas en esta materia y sería invitado, amable pero inflexiblemente, a darse la vuelta y conformarse con su triste destino, es decir, a utilizar los servicios de su clase Turista.

Cuando llegue a ellos, allá, al fondo del aparato, ya habrá varias personas esperando con su misma idea o su misma necesidad, incluso alguna de ellas con claros indicios de perentoriedad a juzgar por su manifiesta impaciencia. Una vez los pelmas de turno hayan ido resolviendo sus problemas fisiológicos o higiénicos, alguno de los lavabos quedará libre y podrá, al fin, encerrarse en él.

El lavatorio de manos requiere su técnica: no se preocupe si en esta primera ocasión no da con ella, pues hace falta mucha práctica para dominarla por completo. Porque resulta que para que el agua salga por el grifito tendrá que pulsar un botón; pero, tan pronto como lo suelte, el agua dejará de salir. Si usted, como casi todo el mundo, quiere lavarse las manos «a chorro», tendrá que proceder de la siguiente manera: 1ª) Coja el jaboncillo (sin la envoltura de papel, claro) con la mano derecha; 2ª) Apriete con el dedo índice de la mano izquierda el botón del agua. 3ª) Mientras el agua sale, y sin dejar de apretar el botón, mójese la mano derecha y déle como pueda varias vueltas al jaboncillo; 4ª) Deje el jaboncillo en su sitio y enjuáguese esa mano, que ya tenemos resuelta; 6ª) Apriete el botón del agua con el dedo índice de la mano derecha; 7ª) Mójese la mano izquierda y déle las correspondientes vueltas al jaboncillo, como si se lavara de verdad; 8ª) Coloque el jaboncillo en su sitio y enjuáguese la mano izquierda, que también tenemos ya resuelta. Finalmente, séquese. Parece un poco complicado, pero después de unos cuantos vuelos ya no lo es tanto; aunque, por supuesto, requiere su habilidad. En caso de torpeza innata, pues no se lave las manos y ya está, que tampoco pasa nada, caramba. Utilice una toallita perfumada y tan feliz.

El resto del vuelo, probablemente, transcurrirá con toda normalidad, a excepción del numerito de las «ventas libres de impuestos» en el que le ofrecerán tabaco, perfumes, relojes, bolígrafos, corbatas y otras veleidades a precios medianamente asequibles, y de alguna otra «turbulencia», eufemismo aeronáutico con el que se designa el hecho de que el aparato se muestra algo reactivo a

obedecer las órdenes del comandante, generalmente por causas atmosféricas. No tiene mayor importancia, salvo los negros pensamientos que desata en el pasaje.

Ya estamos llegando, y ya vamos a tomar tierra: cinturones abrochados, cigarrillos fuera y respaldos de los asientos en posición vertical. Nada es eterno, aunque lo parezca. Todo tiene su fin.

Como fiesta final, observará que, inmediatamente después del aterrizaje, un grupito de seres gordos, risueños, rebosantes de salud, y vestidos con unas camisolas absolutamente impresentables, prorrumpe en un apretado aplauso, como si aquello fuera una función de circo y variedades. Son los americanos del norte, que manifiestan así su alegría de seguir viviendo. Es que son como niños, ¿verdad?

... Me conformo con la posibilidad de que un día, ahora o dentro de cien años, me es igual, «alguien», (ese «alguien» nebuloso para quien escribimos, y que no sabemos si existe o no) lea un poema mío, se emocione con él y comparta la emoción con que yo lo escribí.

Antonio Porpetta

Este libro,
ANTONIO PORPETTA:
MEMORIA Y PRESENCIA
de Salvador Pavía,
se terminó de imprimir el día
7 de mayo de 1993
en los talleres de
Gráficas Dehon,
Torrejón de Ardoz
(Madrid)

Para pedidos e intercambios de la
presente edición, dirigirse a:
CONCEJALÍA DE CULTURA DEL
AYUNTAMIENTO DE ELDA
Pza. de la Constitución, s/n
03600 ELDA

**Publicaciones del fondo
editorial del Ayuntamiento
de Elda:**

1. VIDA Y VERSOS DE «EL SERÁFICO», de Alberto Navarro Pastor.
2. LA PALABRA DE EMILIO CASTELAR, de José Ramón Valero Escandell.
3. LAS PLANTAS DEL VALLE DE VINALOPÓ, de Manuel Serrano González y Mariano Carretero Arranz.
4. EL POBLADO IBERO-ROMANO DE «EL MONASTIL», de Antonio M. Poveda Navarro.
5. DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL VALLE DE ELDA, 1356-1370, de José Vicente Cabezuelo Pliego.
6. ANTONIO PORPETTA: MEMORIA Y PRESENCIA, de Salvador Pavía.

Publicaciones extra:

ELDA, de Lamberto Amat y Sempere. Edición facsímil.
ELDA, 1832-1980. INDUSTRIA DEL CALZADO Y TRANSFORMACION SOCIAL, de José Ramón Valero Escandell, Alberto Navarro Pastor, Francisco Martínez Navarro y José María Amat Amer.



Sección de Publicaciones del
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ELDA



UNIVERSIDAD DE ALICANTE